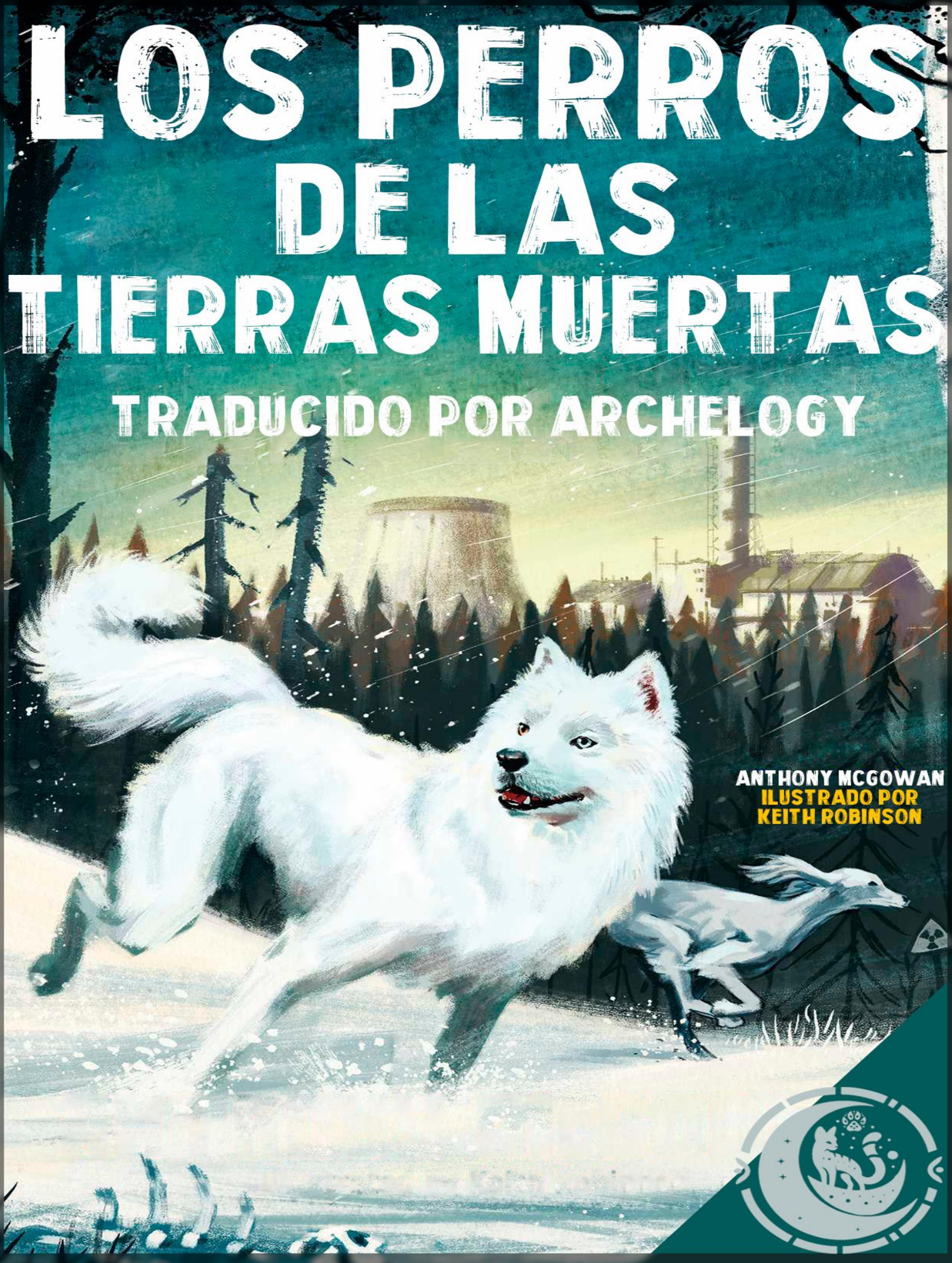
LOS PERROS DE LAS TIERRAS MUERTAS

TRADUCIDO POR ARCHELOGY



ANTHONY MCGOWAN
ILUSTRADO POR
KEITH ROBINSON

DEDICATORIA

Libro original: "DOGS OF THE DEADLANDS" por ANTHONY MCGOWAN.

Ilustrador: KEITH ROBINSON

Traducción: Archelogy

Última actualización: 17/03/24

Acá puedes buscar todas mis redes sociales

https://linktr.ee/archelogy

aquí se halla la página de traducciones

https://sites.google.com/view/tradulibr/inicio

DOGS OF THE DEADLANDS

ANTHONY McGOWAN

ILLUSTRATED BY
KEITH ROBINSON

Para mi amiga Nataliya Torlukova, 1959–2010

CONTENIDO

DEDICATORIA…….. 2
NOTA HISTORICA……. 8
PRÓLOGO……... 9
CAPÍTULO 1……... 12
CAPÍTULO 2……... 19
CAPÍTULO 3……... 25
CAPÍTULO 4……... 28
CAPÍTULO 5……... 33
CAPÍTULO 6……... 37
CAPÍTULO 7……... 42
CAPÍTULO 8……... 49
CAPÍTULO 9……... 53
CAPÍTULO 10……. 57
CAPÍTULO 11……. 62
CAPÍTULO 12……. 68
CAPÍTULO 13……. 72
CAPÍTULO 14……. 77
CAPÍTULO 15……. 83
CAPÍTULO 16……. 87

CAPÍTULO 17..... 91
CAPÍTULO 18..... 94
CAPÍTULO 19..... 96
CAPÍTULO 20..... 102
CAPÍTULO 21..... 108
CAPÍTULO 22..... 113
CAPÍTULO 23..... 116
CAPÍTULO 24..... 121
CAPÍTULO 25..... 127
CAPÍTULO 26..... 131
CAPÍTULO 27..... 135
CAPÍTULO 28..... 142
CAPÍTULO 29..... 146
CAPÍTULO 30..... 151
CAPÍTULO 31..... 154
CAPÍTULO 32..... 160
CAPÍTULO 33..... 168
CAPÍTULO 34..... 172
CAPÍTULO 35..... 178
CAPÍTULO 36..... 183
CAPÍTULO 37..... 191

CAPÍTULO 38..... 195
CAPÍTULO 39..... 199
CAPÍTULO 40..... 202
CAPÍTULO 41..... 205
CAPÍTULO 42..... 210
CAPÍTULO 43..... 215
CAPÍTULO 44..... 221
CAPÍTULO 45..... 229
CAPÍTULO 46..... 233
CAPÍTULO 47..... 238
CAPÍTULO 48..... 246
CAPÍTULO 49..... 254
CAPÍTULO 50..... 260
AGRADECIMIENTOS ESPECIALES..... 266

NOTA HISTORICA

La catástrofe de Chernóbil tuvo lugar el 26 de abril de 1986 cerca de la ciudad ucraniana de Pripyat, cuando explotó el reactor número 4 de la central nuclear. En los días siguientes, se estableció una zona de exclusión de 2.600 kilómetros cuadrados alrededor del lugar de la explosión debido al peligro que suponían las radiaciones nocivas. Todas las familias que se encontraban dentro de la zona fueron evacuadas y obligadas a abandonar a sus mascotas. Debido a la ausencia de actividad humana, la zona se convirtió en un próspero santuario de vida salvaje con una de las mayores biodiversidades y bosques más espesos del hemisferio norte. Aunque muchas de las mascotas abandonadas fueron abatidas por los soldados, los perros que sobrevivieron vivieron salvajes entre lobos, linces y osos. Esta es su historia.

PRÓLOGO

El joven lobo miró enfurruñado a la luna. No era aquella elegante garra plateada, una visión que siempre le había llenado de esperanza para las cacerías a la luz de la luna de las próximas semanas; tampoco era la cegadora luna llena que proyectaba sombras de árboles sobre la nieve, lo bastante nítidas como para contar las agujas de los pinos. Era una luna grumosa e insatisfactoria, como el cráneo roído de un bisonte muerto hacía tiempo. Pero aun así, sintió el deseo de aullarle en la cara su hambre, su rabia y su frustración.

Un deseo que se tragó.

Aullar no era propio de lobos que vagan solos por el mundo sin una manada ni una guarida que los proteja. Así que arrebató y chasqueó con frustración la nieve blanda con sus largos dientes.

Seis hambrientos meses antes, se había visto obligado a abandonar su manada natal, tras desafiar temerariamente al alfa, su padre. El alfa lo había aplastado como a un escarabajo y se sintió afortunado de haber escapado con vida. Fue perseguido por toda la manada, incluso por sus hermanos y hermanas, desgarrándole la cola y los flancos azul–negros.

Huyendo de su propia manada, pronto se encontró en el territorio de otros y esto era un peligro mortal. Un macho solitario como él podría ser asesinado en cuanto lo vieran, y no quedaría de él más que una mancha de sangre en la nieve. Así que cuando no corría, se escondía, y a la primera señal de los suyos se alejaba, como si le hubiera abrasado un incendio forestal.

Pero a medida que pasaba los días hambrientos y las semanas famélicas, se fue dando cuenta de los cambios. Lo primero que notó fue que la noche ya no estaba llena de aullidos de manadas rivales. Los lobos habían abandonado el bosque y él trotaba con más facilidad entre los árboles y los claros. Y entonces se dio cuenta de que no sólo los lobos estaban ausentes. No había olor a oso, ni señales de lince. De nuevo, esto fue un alivio. Cierto, sólo un lobo estúpido permitiría que un oso estuviera al alcance de sus patas, pero un lince mataría a un lobo antes de que supiera que estaba allí, y todos los lobos les temían.

A medida que los depredadores del bosque, y de hecho sus presas, abandonaban el bosque, su lugar era ocupado por la única otra criatura a la que

los lobos temían de verdad. Aquí había carreteras, con coches y camiones. Había granjas con perros grandes. Oyó golpes en el bosque e intuyó que era un sonido más peligroso incluso que el silbido del lince.

Aquí no había nada para un lobo. Lo supo al llegar a la cima de una colina y mirar más allá. No podía entender lo que estaba viendo: las grúas y las torres elevándose, los búnkeres de hormigón, las chimeneas de acero. Camiones que tocaban el claxon cargados de ladrillos y cemento y grandes tubos como árboles caídos. Y, por todas partes, gente, pululando como hormigas.

No, este no era lugar para un lobo. Era mejor volver al viejo bosque, donde conocía a sus enemigos y podría hacer nuevos amigos, nuevos aliados.

Así que se dio la vuelta y trotó de vuelta a la oscuridad.

Y más tarde, en lo profundo del bosque, se topó con una pequeña cabaña, con un jardín, iluminada por esa poco inspiradora luna de calavera. Una vacilante luz anaranjada se derramaba por la ventana, pero la luz no le interesaba. Llevaba tres días sin comer nada, y aun así sólo había comido un erizo, que apenas valía la nariz llena de espinas que le había costado. Pero aquí había algo mejor que un erizo. Grandes pájaros de un tipo que nunca había visto antes, cacareando detrás de una alambrada. Había encontrado vallas en su viaje, y descubierto que cualquier valla se puede saltar o cavar bajo ella, y ahora empezó a cavar, mientras los pájaros de más allá cacareaban y revoloteaban en un delicioso pánico.

Se oyó un ruido detrás de él y retrocedió rápidamente fuera del túnel poco profundo que había excavado.

Era el animal al que temen los lobos. Pero éste era pequeño y frágil. Ella lo miraba en silencio, y él le devolvía la mirada en silencio. Sería mejor comida incluso que los pájaros. Pero si era una presa, ¿por qué no estaba asustada? ¿Por qué no huía? ¿Qué era ese fuego que ardía en sus ojos? ¿Por qué caminaba ahora hacia él, sosteniendo aquel palo, con ramitas más pequeñas erizadas en su extremo?

Aun así, podía saltar y arrancarle la garganta.

Sería fácil.

Pero era imposible.

La maquinaria y los enormes edificios que había visto estaban más allá de su comprensión. Esta criatura no era así. Era del bosque, como él. Pero tenía un poder propio que le puso los pelos de punta. Volvió a mirarla, miró de nuevo, con nostalgia, a las gallinas, y luego se dio la vuelta y huyó hacia la noche.

Algún día volvería.

CAPÍTULO 1

LA LUNA Y LA ESTRELLA

Era tarde y la noche estaba oscura, pero Natasha Taranova no dormía.

¿Cómo podía dormir?

No podía dormir como no podía volar.

Dormir era imposible, porque hoy su sueño se había hecho realidad. Aquella misma mañana, la mañana de su séptimo cumpleaños, su madre le había atado un pañuelo alrededor de los ojos y la había llevado de la mano al salón de su pequeño piso. Y aunque Natasha lo había deseado y anhelado, aún no acababa de creerlo.

Entonces oyó el ronquido frenético y lo supo.

—Extiende las manos, —dijo su padre. Y entonces los brazos de Natasha se llenaron de suavidad cálida y retorcida, y la suavidad ladró. Mamá le quitó la bufanda y Natasha sintió la mayor felicidad jamás experimentada por ningún niño desde que el mundo es mundo.

El pelaje del cachorro era blanco puro, blanco como la primera caída de la nieve invernal. Tenía cara de zorro, el hocico largo y delgado, coronado por una nariz negra y húmeda. Y sus ojos tenían algo extraño y mágico. Uno era azul, un azul helado que complementaba su pelaje nevado. El otro era de un marrón suave, como la tierra bajo la nieve.

—¿Cómo se llama? —gritó Natasha.

Papá estaba a punto de hablar, pero mamá le tapó la boca con el dedo.

—Eso depende de ti, cariño. Y el cachorro no es un él sino una ella.

Natasha se quedó pensativa unos instantes. Entonces el nombre apareció en su mente y se abrió camino hasta sus labios.

—¡Zoya! Se llama Zoya.

—Un buen nombre, —dijo mamá, y papá asintió.

Más tarde, aquel mismo día, trajo un collar con una pequeña etiqueta de latón con su nombre.

—Toma, —dijo—. Z–O–Y–A. Y mira, hay una luna creciente y una estrella. La luna es para el amor y la estrella para la suerte. Este sera un perro afortunado y amado.

Ya entrada la noche, Natasha apenas podía creerse que tuviera un hermoso cachorro. Unas ondas de placer le recorrían el cuerpo de arriba abajo, desde los dedos de los pies hasta el cuero cabelludo.

También estaba un poco enfadada y disgustada. De algún modo, el enfado no ahuyentaba la emoción, sino que convivía con ella, como dos ancianas que se odian pero viven en la misma casa del bosque.

El problema había empezado cuando papá le dijo que el cachorro no podía dormir en su habitación.

—Ya es bastante malo que entre en el piso, —dijo, tirándose del bigote negro como hacía cuando estaba enfadado—. Cuando yo era niño, los perros vivían en el patio. Un perro tenía un trabajo: ladrar cuando venían los lobos.

—¿Los lobos venían a menudo?, —dijo Natasha, con voz entrecortada por la duda y el miedo.

—Si el invierno era malo, salían del bosque. Y el invierno siempre era malo en los viejos tiempos. ¡Con la nieve que hay ahora! ¡Pah! Un pedo decente se la llevaría.

Mamá le dio una palmada en la parte superior del brazo, pero no pudo contener una sonrisa. —¡Qué lenguaje delante de una niña pequeña!.

—Siete años no es poco, —dijo Natasha—. ¡Yo soy una niña grande!

Papá también sonrió y dijo: —Ja, así es, y así eres.

Pero Natasha seguía pensando en los lobos. —¿Y lucharon los perros contra los lobos?, preguntó.

—¿Luchar? Un perro no lucha contra un lobo. Un perro es la cena para un lobo. O algo peor.

Los ojos de Natasha se abrieron de par en par. —¿Qué es peor que ser la cena?

—Hay cosas peores, mi *niña* grande.

—Pero Zoya no es un perro para ladrar a los lobos. Es mi cachorrita.

—He hablado, —dijo papá.

Natasha se mordió el labio. Sabía que su padre era un hombre amable y con sentido del humor, pero no era prudente presionarle demasiado.

Por eso la pequeña Zoya dormía en una cesta en la cocina y no donde debía, en la cama de Natasha.

Natasha intentó pensar en lo bien que se lo pasarían mañana. Empezaría a adiestrar al cachorro. Eso le enseñaría a papá. Incluso él quedaría impresionado cuando Zoya aprendiera a sentarse, a tumbarse, a venir cuando la llamaran. Cuando papá viera lo buena canina que era, las dejaría dormir juntas, dándose calor la una a la otra en las noches frías, cuando los lobos merodearan fuera.

Justo cuando se estaba quedando dormida, Natasha oyó el timbre de la puerta, seguido de rugidos y gritos. Eran los amigos de papá, de su época en el ejército. Cada pocos meses venían, y eso significaba beber y contar historias hasta altas horas de la noche. Oyó la voz de papá pidiéndole que fuera a saludar y que no fuera grosera. Los chicos habían venido especialmente para desearle un feliz cumpleaños.

Corrió primero a la cocina y Zoya saltó a sus brazos, lamiéndole la cara y emitiendo un gracioso chillido que era lo más parecido a un ladrido. Entonces Natasha entró orgullosa en el salón, con su cachorro y una sonrisa tan amplia como su cara.

El salón estaba lleno de hombres, algunos anchos y grandes, como su padre; otros delgados y demacrados. Un hombre siempre la asustaba porque sólo tenía un muñón rosado donde debería estar su mano derecha. A Natasha no le gustaba mirarle, no quería pensar en lo terrible que debió de ocurrirle en la guerra.

Mamá trajo té negro y pastelitos, y con ella los hombres rudos fueron amables y corteses, como lo fueron con Natasha. El hombre de una mano le dio a Natasha una bolsita de bombones del Oso Torpe. Cada envoltorio tenía una hermosa pintura de una madre osa y tres oseznos jugando en el bosque. Natasha se avergonzó de su miedo y puso más empeño en su "gracias".

Pero se sintió aliviada cuando terminaron los deseos de cumpleaños, el último de los hombres le acarició el pelo y le dio unos rublos en la mano, y pudo volver a la cama.

—¡No, deja a ese perro!, —le ordenó papá mientras ella se acercaba a la puerta, todavía agarrada con fuerza al cachorro—. ¡Conozco sus trucos! Y a estos señores les gustaría echarle un vistazo, ¡para ver si algún día será un buen perro guardián, o un cazador, o un asesino de lobos!.

Natasha quería decir que su Zoya no sería nada de eso. Pero estaba demasiado cansada para discutir y le entregó a Zoya. El cachorro luchó un poco, luego se quedó inerte en las ásperas manos de papá, y Natasha se arrastró hasta la cama.

Volvió a tumbarse en la oscuridad, pero aún podía oír a papá y a los otros hombres, sus voces subían y bajaban como el sonido del mar. Las voces del mar casi la habían adormecido, cuando oyó a su padre pronunciar el nombre de Zoya.

Una vez más, estaba despierta.

—Sí, es una criatura bonita, —dijo un hombre.

—¿Un Samoyedo?, —preguntó otro.

—Sí y no, —dijo papá.

—Ach, —se rio el hombre—, nunca has dado una respuesta directa en tu vida. Si me estuviera ahogando y te pidiera una mano, responderías: "¿Izquierda o derecha?" y si yo dijera "izquierda", tú responderías: "¿Mi izquierda o tu izquierda?". —Todos los hombres se rieron de buena gana.

—Bien, bien, —dijo papá—. Pero eres un simplón, Dimitri, y la vida nunca es sencilla. El perro es un samoyedo con algo un poco más... salvaje también.

—¿Lobo?

—Tal vez, tal vez.

Otro hombre se rio. Natasha pensó que podría ser el hombre con una mano. —Eso no es un perro–lobo. Estos vendedores de perros, dicen cualquier cosa. Tienen un bonito Samoyedo, bonito como una princesa, y algún perro callejero local se le echa encima. En vez de ahogar a la camada, el criador te lleva a un lado y te dice que los cachorros tienen parte de lobo, así que te emocionas pensando que tienes algo especial.

—Puede, puede, —dijo papá—. Pero mira esos ojos: ¡un perro, un lobo!.

—Tonterías. Yo tuve un perro con uno marrón y otro azul, y no tenía más de lobo que de mono.

—Escucha, —dijo papá—, el criador no intentó estafarme. Dijo que no era samoyedo puro y que por eso me habían hecho un buen precio. Su historia fue que el lobo, si había uno, estaba de vuelta en algún lugar de la línea. Y eso es bueno. Un perro–lobo es un monstruo, no una cosa u otra. Pero aquí, con esta señorita, hay suficiente lobo para hacerla. . . *interesante*, pero no tanto como para que te arranque la garganta mientras duermes, ¡eh!.

Natasha dio un grito ahogado, pero el sonido se perdió en el estruendo de las risas de los hombres.

La conversación se alejó entonces de los perros y volvió a la política, la guerra y el dinero, y pronto llegó el sueño. Los sueños de Natasha estaban llenos de lobos: de lobos que venían del bosque a comérsela, de su valiente loba Zoya que la protegía. Soñó que los lobos arañaban su puerta, y entonces se despertó y oyó que era verdad. Durante unos segundos sintió que el pánico aumentaba y se apretó las mantas contra la cara. Pero al volver al mundo de la vigilia, supo de qué se trataba. Se arrastró hasta la puerta, la abrió y cogió a Zoya con un grito silencioso de alegría.

Cerró la puerta suavemente, llevó a la cachorrita a su cama y le susurró al oído. —Ahora, tranquila como un ratón, tranquila como dos ratones. Y nada de aullidos, mi lobito.

Zoya estaba embelesada con el nuevo mundo de la cama, manoseando las blancas mantas y metiendo su larga nariz bajo las almohadas. Pero pronto la excitación del día dio paso al cansancio y la cachorrita se acurrucó a los pies de Natasha.

—Ahora, amor mío, cariño mío, —dijo Natasha bostezando—, tenemos que dormir, porque mañana tengo que enseñarte todos los trucos, para que papá te quiera tanto como yo.

Poco antes de la 1.30 de la madrugada, durante las tareas rutinarias de mantenimiento y pruebas, explotó el reactor número 4 de la central nuclear de Chernóbil. Las dos altas torres metálicas y los enormes edificios del reactor, de planta cuadrada, brillaron en rojo, se apagaron al caer la ceniza y volvieron a brillar, como la lenta respiración de un dragón dormido.

La explosión se produjo a sólo diez kilómetros de la pulcra y ordenada ciudad de Pripyat, con sus elegantes edificios de apartamentos y sus quince escuelas primarias, a una de las cuales asistía Natasha y de la que su padre era el conserje. Y a las afueras de la ciudad estaba el nuevo parque de atracciones, aún sin inaugurar, con su tiovivo y sus coches de choque, y la alta noria, todo resplandeciente de esperanza en el futuro.

Sólo un miembro de la familia volvería a ver alguna de estas cosas.

CAPÍTULO 2

ABANDONADO

—¡VEN! AHORA!

Papá habló con una voz que Natasha nunca había oído antes. Ella había oído ira, así como risa, aburrimiento, irritación. Todas las emociones, de hecho, que un padre podría exponer ante su hija. Pero esto era diferente. Era una voz nueva, que crepitaba y chasqueaba como madera quemada.

Al mejor día de su vida le seguiría el peor.

El anuncio en la radio, luego la voz urgente del megáfono y finalmente los soldados aporreando la puerta. El miedo de sus padres, las prisas por hacer las maletas. La noticia de que su cachorro, el nuevo amor de su vida, tenía que quedarse en el piso cuando se marcharan a Kiev.

—¡NO!, —había gritado, con lágrimas en los ojos.

—Sólo serán tres días, —dijo papá. Aunque, años después, cuando Natasha recordó aquel día, pensó que incluso entonces su voz delataba su convicción de que nunca regresarían.

—Dejaremos mucha comida para Zoya, —dijo mamá—. Y sus juguetes.

Estará bien.

—¡Pero se sentirá sola!

—¡Ni una palabra más! —Papá ordenó—. Nos lo han dicho: nada de mascotas. Ya es bastante malo que haya porquería de perro por todo el suelo.

—Sólo tres días, —dijo mamá, más suavemente—. Luego han prometido que volveremos. O todo irá bien y estaremos aquí todos juntos... o, en el peor de los casos, recogeremos a Zoya y nos quedaremos todos juntos con la tía Valentina.

—¡La odio! Tiene un bigote y una verruga y puedes sentirlos cuando te besa. Quiero a mi Zoya.

Pero todos sus gritos y lágrimas fueron en vano. Papá no se conmovió e incluso mamá perdió la paciencia al final. Encerraron a Zoya en el cuarto de baño, con periódicos esparcidos por el suelo, tres grandes cuencos de comida para perros y una sartén llena de agua. Arañaba la puerta en cuanto se cerraba y ladraba con su vocecita de cachorro. Cuando Natasha intentó volver al cuarto de baño por la fuerza, papá la cogió en sus fuertes e implacables brazos. La llevó hasta las escaleras, mientras mamá cerraba la puerta tras ellos.

—¡Por favor, déjame despedirme una vez más! —suplicó Natasha.

—¡Ya basta! —dijo papá.

Pero entonces su mamá miró a su papá, y la mirada fue tan elocuente, tan triste, tan desesperada, que él bajó a Natasha. Recordó, tal vez, un cachorro suyo. Su propia alegría, esperanza y tristeza.

Mamá le dio la llave a Natasha. —¡Un minuto!, —dijo—. Un minuto más y tu padre nos matará a las dos.

—Te lo prometo.

Natasha volvió corriendo. No vio que los ojos de papá estaban húmedos. Tampoco vio el apretón que mamá le dio en la mano.

Natasha cumplió su palabra y pronto los tres se abrieron paso entre la asustada multitud camino de la plaza donde les esperaba una flota de autobuses verdes que les llevarían a Kiev. Sólo llevaban una maleta cada uno: Papá una gran maleta negra, mamá una azul más pequeña y Natasha su mochila escolar. Había soldados y policías por todas partes, gritando y señalando.

—¡Natasha!, —gritó una voz, y ella se volvió para ver a su amiga del colegio, Olga, subida a hombros de su padre. Pero la multitud tiraba de ellas en distintas direcciones, y Natasha perdió de vista a Olga antes de que pudiera devolverle el grito.

A lo lejos, una nube negra procedente de la central nuclear en llamas flotaba en el aire, y había un olor extraño, metálico y penetrante, que le dejó un ligero sabor en la garganta.

La plaza era un caos. Había muchos autobuses, bocinazos, mucha gente, muchos gritos y empujones.

La familia de Natasha se puso al final de lo que podría haber sido una cola, aunque había tanto ajetreo y empujones que parecía más una multitud en un partido de fútbol. Los autobuses se detuvieron y la gente avanzó empujada por los soldados. No cundía el pánico, pero tampoco la calma. La sensación que recorría a la multitud era una mezcla de miedo e incertidumbre. Han empezado a correr rumores sobre la radiación de la central. Se hablaba de que muchos de los bomberos estaban enfermando. Natasha mira con asombro a una mujer, de la edad de su madre, que llora desconsoladamente. Nunca había visto llorar a un adulto. El sonido de la multitud era como el del bosque cuando sopla el viento, las voces individuales se perdían en el ruido general.

—Tendríamos que haber venido antes, —refunfuñó papá—. Ya os lo dije. Nos quedaremos atrapados aquí, con el veneno, todo por culpa de esa estúpida. . .

Más autobuses iban y venían, cada uno echando un humo negro que hacía juego con el del cielo.

A pesar de los temores de papá, no se quedaron atrás. La cola se redujo, el último autobús se detuvo ante ellos y sus puertas se abrieron con un suspiro. Dos soldados estaban en la acera, guiando, incitando, una mano firme en cada hombro que subía al autobús.

—¡Rápido! —dijeron—. ¡Rápido!

Los soldados eran jóvenes y parecían nerviosos, a pesar de sus armas. Uno llevaba un pañuelo en la cara para filtrar los venenos del aire.

Una anciana tropezó al intentar subir el escalón. El soldado del pañuelo la cogió del brazo y la guió hasta un asiento. La multitud murmuró su aprobación.

Natasha y sus padres fueron los últimos en subir al autobús. Mamá fue la primera. Cuando Natasha fue a seguirla, el soldado le dijo —No tengas miedo, jovencita. Todo irá bien.

Pero entonces miró su mochila, colgada de un hombro, y Natasha supo que estaba condenada.

—Dame tu mochila, —le dijo, sin la amabilidad de su voz.

—¿Qué pasa, camarada?, —dijo papá.

El soldado le ignoró. Sacó la mochila del hombro de Natasha. Estaba viva. Se retorcía y gemía. El soldado aflojó la cuerda que sujetaba la boca de la bolsa y asomó una naricilla negra y un hocico blanco. Metió la mano dentro y sacó a Zoya por el cuello.

Natasha gritó e intentó coger a la cachorrita. Pero papá se acercó, cogió a su hija en brazos y la llevó, llorando, gritando, escaleras arriba hasta el último asiento de la parte trasera del autobús.

Mirando por encima del hombro de papá, Natasha vio cómo el soldado dejaba a Zoya en el arcén. No fue brusco. Incluso le acarició la preciosa cara y le alisó las orejas con la mano. Pero luego la apartó con la bota y el autobús se alejó.

Todos los ojos del autobús siguieron cada paso de la tragedia. Era gente corriente, con rostros duros y curtidos. Habían vivido tiempos difíciles, tiempos de hambre y miseria, y de peligro. Muchos de ellos se habían criado en las granjas de los alrededores y tenían la costumbre de tratar a los animales como si fueran herramientas vivas. Pero incluso estas personas se sintieron conmovidas por la escena, y salieron de sus propias preocupaciones y temores para emitir sonidos bajos y suaves de pena por el perrito, y de simpatía por la niña.

Entonces ocurrió algo terrible. El convoy de autobuses se arrastró por las calles, con el autobús de Natasha en la parte trasera, y el cachorro lo siguió, esperanzado, ansioso, como si se tratara de un juego. Natasha pegó la cara a la ventanilla trasera y miró horrorizada.

Los autobuses, lentos al principio, ganaron velocidad a medida que se alejaban del pueblo, de modo que Zoya tuvo que correr todo lo rápido que pudo para mantener el ritmo.

—Volveremos y la encontraremos, —dijo papá—. Te lo prometo. Se pondrá bien. Los soldados le darán comida. Son buenos chicos, ya lo has visto. Serán amables.

Pero Natasha sabía que sus palabras eran vacías.

Y ahora el camino estaba bordeado de árboles: abedules, fresnos y sauces, resplandecientes con las nuevas hojas verdes de la primavera. La perrita se las arreglaba para seguirle, pero poco a poco se iba quedando atrás.

Las lágrimas corrían por el rostro de Natasha, pero ahora eran lágrimas silenciosas de una pena infinita. Entonces vio los árboles y, al sentir la oscuridad que había más allá, su dolor volvió a hacerse oír. Pensó en las historias que le habían contado sobre los terrores de los bosques profundos.

—Papá, el bosque. ¡Hay brujas! Hay lobos!

—No hay brujas, —respondió en voz baja—. Y los lobos se han ido todos.

Natasha vio como Zoya desaparecía en la distancia. Al poco tiempo, ni siquiera sus agudos ojos, empañados por las lágrimas, pudieron ver al cachorro. Entonces supo que nunca volvería a ser feliz y enterró la cara en el ancho hombro de papá.

¿Y la pequeña Zoya?

Al principio era un juego. Era divertido correr detrás de la gran cosa verde. Podía ver la cara de su amiga especial a través de la ventanilla. Sabía que pronto la cosa se detendría y estarían juntas.

Cuando sus piernas se cansaron, quiso que el juego se detuviera. Quería que su amiga saliera de aquella cosa odiosa y volviera a estar con ella. Pero la cosa con su amiga dentro no se detuvo, y se hizo más y más pequeña. Finalmente, Zoya no pudo correr más. El día se había vuelto caluroso y tenía sed. Abandonó el duro camino y se adentró en la sombra de los árboles, donde se desplomó y cerró los ojos.

Algún tiempo después, se oyó un ruido silencioso. No del todo sigiloso o sigiloso, sólo el de un pie ligero en el bosque.

—¿Y quién eres tú, pequeña?, —dijo una voz antigua, la voz de Baba Yaga, la bruja del bosque, que podía matar o curar a capricho. Cuya choza, iluminada por faroles hechos de cráneos humanos, caminaba con los pies de una gallina monstruosa.

Unas manos estriadas y venosas, con la piel fina como el papel de arroz, se agacharon y levantaron a la perrita, que estaba sumida en un sueño tan profundo que nada podía despertarla.

CAPÍTULO 3

LOS HERMANOS

Primero fue el calor de mamá y su dulce leche. Los cuerpos de sus hermanos y hermanas retorciéndose encima, debajo, a su lado. Aún no había abierto los ojos, así que sólo podía oler, sentir y saborear. A veces mamá no estaba, y eso era malo, porque tenía frío y hambre. Pero luego estaba ella y todo iba bien.

Luego, uno a uno, sus hermanos y hermanas se fueron quedando quietos y fríos. Mamá hizo ruidos largos, lentos y tristes y se los llevó. Ahora sólo quedaban dos.

Debido a la oscuridad de la guarida, no podía recordar con claridad cuándo se le abrieron los ojos. Pero al cabo de un rato se dio cuenta de que había momentos en los que una luz gris se filtraba en el mundo y podía ver la forma de Madre, negra contra el gris.

La madre les dio un codazo a los dos.

Misha, este es tu hermano, Bratan. Vosotros dos debéis ser uno.

Lamió la cara de su hermano y se sintió mal. Sus ojos no estaban abiertos. No sólo eso. Un ojo no era un ojo. Y había otras cosas. Sus patas delanteras eran buenas y lo suficientemente fuertes como para inmovilizarlo cuando tenían sus peleas de juego, pero sus patas traseras estaban torcidas y débiles. Misha sabía que siempre tendría que tener cuidado con Bratan. Y siempre lo haría.

La luz gris y la oscuridad se alternaban en la guarida. Madre venía y los alimentaba, y a veces tenía un olor que era fuerte y bueno, pero también inquietante. Cuando Misha le lamía la cara, tenía un sabor extraño, pero el tipo de extrañeza del que querías más. Y cuando mamá tenía el olor y el sabor extraños y excitantes, era feliz y producía buena leche.

Misha empezó a explorar todos los rincones de la guarida, la negrura en las partes profundas y la luz, hacia la entrada. Pero aún le daba un poco de miedo la luz y pronto volvió al calor de su hermano, soñando en la oscuridad.

Y una vez, cuando mamá no estaba, llegó un mal olor, como su propio olor pero más fuerte. Una voz suave ronroneaba en la guarida.

¿Dónde estáis, pequeños? Venid a mí. Dejad que os sienta. Dejadme saborearos.

Bratan gimoteó, su miedo era palpable, y Misha se interpuso entre él y la entrada. Sin quererlo, se dio cuenta de que estaba gruñendo. Sintió que se le erizaba el vello del cuello y de la espalda.

Pero su gruñido no era más que un estímulo para el intruso. Misha vio la luz amarilla de sus ojos, el destello blanco de sus dientes, el brillo rojo de su pelaje. Y sintió que algo se agitaba en su interior. Había estado asustado, pero

ahora el nuevo sentimiento anulaba el miedo. Lo que sintió fue rabia y una especie de alegría. Sabía que estaba hecho para esto. En lugar de acobardarse ante los dientes blancos, se lanzó hacia delante, con un gruñido cómico cada vez más intenso.

La zorra, que esperaba una muerte rápida y fácil, se detuvo un momento, desconcertada. No era lo que esperaba. Pero el insolente cachorro no era más que una cuarta parte de su tamaño y se preparó para saltar sobre él. Sus mandíbulas se cerrarían alrededor de su cuello y una rápida sacudida acabaría con el trabajo.

El coraje de Misha empezaba a fallar. Quería a su madre. Retrocedió un poco, hasta que sintió a Bratan detrás de él. Intentó gruñir, pero esta vez ni siquiera emitió un chillido.

Y entonces hubo furia y ruido. Los cuerpos se retorcían y giraban en el pequeño espacio, y Misha y Bratan fueron aplastados, arrojados y magullados. Silbidos, aullidos, ladridos rápidos y salvajes. Un sonido agudo, agónico y trágico, el último en salir de aquella garganta roja. Luego todo terminó. La guarida se llenó de olor a zorro muerto.

Misha encontró a su madre. Ella le acarició y él le lamió la cara. Estaba herida, con profundas mordeduras en los hombros y una oreja desgarrada. La sangre se veía roja en su pelaje blanco. Bratan salió nervioso de las profundidades.

Los tres se acurrucaron y los dos cachorros se alimentaron.

CAPÍTULO 4

LAS PRIMERAS AVENTURAS

Por fin había llegado el momento. Mamá lo llamó suavemente desde fuera y Misha, olfateando, deteniéndose, olfateando, correteando, tropezando, se abrió paso hacia la plena luz del día. El mundo estaba deslumbrante bajo el sol primaveral. Todo lo que había visto antes eran tonos grises, pero ahora había azul y blanco por encima, y alrededor los marrones arrugados, los plateados moteados y los verdes relucientes de los árboles. El brillo le lastimaba los ojos, pero su alma se hinchaba para recibirlo.

La guarida había sido excavada bajo un saliente de roca en la ladera de una colina en lo profundo del bosque. Delante del saliente había una terraza plana, lo bastante grande para que la familia se tumbara y jugara junta.

Más allá de la terraza, la colina se alejaba hacia un arroyo que se perdía de vista.

Miró hacia atrás y llamó a su hermano. Pero Bratan, más cauteloso que Misha, se quedó dónde estaba. Misha se acercó cautelosamente al borde de la terraza y observó su mundo. Desde allí podía ver el bosque que se extendía eternamente en todas direcciones.

No para siempre. Más allá de los árboles, se alzaba algo antinatural, enorme y ominoso: torres, cúpulas y grandes bloques de hormigón. A pesar de

su masa, la estructura estaba demasiado lejos para ser percibida por los cachorros o su madre. Era tan distante y remota como el cielo.

La madre acarició a Misha con el hocico y volvió a la madriguera. Salió unos segundos después con Bratan en la boca. Lo dejó caer, un poco bruscamente, junto a Misha. Bratan se acercó inmediatamente a Misha y trató de esconder la cara en su costado.

Está bien, Hermano. No hay nada que temer. Esto es el mundo. El sol calentaba y su madre se tumbó junto a ellos. Se puso boca arriba y mamaron felices.

A partir de entonces, cada día los cachorros podían salir a la terraza. Pronto incluso Bratan disfrutó de las expediciones fuera de la madriguera, que ahora se sentía sin aire y estrecha.

A medida que Misha ejercitaba sus crecientes miembros, empezó a sentir un nuevo tipo de hambre. Seguía siendo bueno beber la leche de mamá, sentirse cerca de ella y que su hermano se alimentara a su lado. Pero quería algo más, algo más.

Un día, mamá volvió de una de sus excursiones al bosque y él sintió que se acercaba lo nuevo. Había sido una excursión exitosa. Remando tranquilamente por la orilla del río, al pie de la colina, había molestado a una nutria que se estaba comiendo una gran carpa. La nutria ya se había comido la mitad del pez, así que, después de silbar y parlotear un poco y de unas cuantas embestidas poco entusiastas, volvió a sumergirse en el agua. La madre se tragó con avidez todo lo que quedaba: piel, espinas, cabeza y todo.

Trotando hacia la madriguera, con la barriga ya hinchada, oyó un crujido en un zarzal. Allí encontró un nido de ratones de campo y rápidamente trituró y se tragó las ocho crías. Y finalmente, en la ladera inferior de la colina, vio una enorme lombriz de tierra, arrastrada por la lluvia nocturna. Un extremo estaba anclado en el suelo y opuso una resistencia sorprendente antes de que ella tirara de él.

Era su mejor cacería en semanas. Le encantaba la sensación de saciedad en su vientre, aunque sabía que no duraría.

Llamó a sus cachorros desde la boca de la guarida y salieron. Misha primero, por supuesto, pero incluso Bratan salió ahora sin mucha persuasión.

Misha instintivamente sabía qué hacer. Se acercó y comenzó a lamer los labios de la madre. Cada vez que ella se daba la vuelta, él la seguía. Entonces ella se estremeció y apareció una sabrosa sopa de pescado, ratón y gusano. Misha no necesitó invitación ni estímulo, sino que hundió la cara en el cálido manjar, chupando y mordisqueando. Bratan se acercó olfateando. Entonces, por primera vez, Misha le gruñó, un gruñido bajo y amenazador, no muy distinto del que había dirigido a la zorra merodeadora. Bratan retrocedió, y Misha sintió una oleada de pena y vergüenza.

Ven, hermano. Está bueno.

Bratan volvió a acercarse tímidamente y empezó a comer el festín a medio digerir.

CAPÍTULO 5

AGUA

Los cachorros seguían tomando el pecho cuando podían, pero cada vez esperaban con más impaciencia el guiso caliente que salía a borbotones de la boca de su madre, deleitándose con los inesperados manjares que contenía. Algunos días no había nada. Otros días, sobre todo después de la lluvia, había una bola de gusanos, muchos de ellos todavía retorciéndose. Otros, sólo los duros caparazones de los escarabajos. Y una vez, la carne podrida y ennegrecida de una bestia innombrable que mamá había desenterrado en el bosque.

Algo la había matado. Algo la había enterrado. Tal vez el algo se había olvidado de la carne enterrada; tal vez el algo se había convertido en carne para un algo aún mayor. Misha se lo comió, arrugando la nariz de asco mientras tragaba. Pero Bratan lo olfateó y regresó a la guarida.

Entonces, una mañana, Madre salió de la guarida, observó el mundo verde y los llamó.

Vamos.

Misha supo por la urgencia de su ladrido que su vida estaba a punto de cambiar.

Ven, ladró a su vez a Bratan. Pero Bratan no vino, ni siquiera cuando Misha y Madre le llamaron a la vez.

Madre empezó a trotar decididamente colina abajo hacia el arroyo. Misha miró hacia atrás, esperando que su hermano la siguiera. Pero entonces el impulso de correr se apoderó de él y corrió tras Madre, estirando las piernas por primera vez.

Demasiado rápido.

Sólo había correteado alrededor de la pequeña terraza plana fuera de la guarida, pero ahora estaba corriendo salvajemente por la pendiente. Después de unas pocas zancadas, estaba completamente fuera de control. Sus patas traseras dieron una voltereta sobre las delanteras y se precipitó de cabeza entre los abedules plateados y los sauces. Finalmente, chocó contra su madre, que giró sobre sí misma y le dio un fuerte pellizco en el hombro. Cuando chilló por el dolor, le dio un mordisco en el otro.

El mensaje era claro: *¡Silencio! Esto no es un juego.*

Llegaron al arroyo al pie de la ladera. Madre bebió, lamiendo el agua con la lengua, y Misha la imitó. O lo intentaba. Era más difícil de lo que parecía. Beber era una habilidad que había que aprender. Pero el agua fresca estaba deliciosa.

Misha oyó a Bratan llorar débilmente en la guarida, y juntos él y su madre se dirigieron a casa. Bratan nunca se había quedado solo antes, y aunque sólo habían estado fuera unos minutos, saltó y brincó de emoción a su regreso. Mamá le dio un fuerte mordisco en la nariz.

Una vez más, el mensaje era claro: *Cállate cuando no esté aquí.*

A partir de ese momento, madre endureció cada vez más sus castigos. Tenían que aprender cosas nuevas. Cosas que hacer y cosas que no hacer. Hubo menos caricias suaves, y más esposas y pellizcos.

Al día siguiente, madre volvió a llevar a Misha de excursión al arroyo. Esta vez, cuando Misha llamó, su hermano le siguió. Las patas traseras de Bratan aún no se habían desarrollado correctamente. La derecha se torcía torpemente bajo su cuerpo, mientras que la izquierda se abría hacia fuera, como para compensar. Hacía lo que podía para seguirle el ritmo, arrastrándose a su manera, cojeando. Sus patas delanteras, su pecho y su cabeza se estaban fortaleciendo, lo que le ayudaba. De hecho, en las peleas en la guarida siempre triunfaba sobre Misha, siempre y cuando pudiera encajonarse en una esquina y no tuviera que moverse.

Pero éste era un nuevo reto y el esfuerzo le agotó. Madre se detuvo dos veces y volvió atrás, animándole con codazos, mordiscos y gruñidos. Cada vez que descansaba, le lamía las patas traseras y las ancas, como si su cachorro tuviera una herida que pudiera curarse con amor.

Por fin llegaron al arroyo y Bratan bebió por primera vez. Miró a Misha con los ojos desorbitados.

¿Por qué no me habías hablado de esto? ¡Me encanta!.

Los dos cachorros chapotearon en el arroyo, que ahora, a principios de verano, no era más que un hilillo. Demasiado pronto, mamá los empujó con la nariz y los persiguió de vuelta a casa.

A partir de entonces, esa fue la pauta: bajadas diarias a beber al arroyo. Los días eran cada vez más calurosos, así que el fresco arroyo era un buen lugar para estar. Bratan se volvió un poco menos rígido en sus movimientos, pero seguía sin poder andar mucho tiempo sin enredarse en sus propias extremidades. Parecía como si sus fuertes hombros arrastraran el resto de su cuerpo, como un trineo.

Mamá salía dos veces al día a cazar y a buscar comida, la primera justo antes del amanecer y la última al anochecer. Misha se emocionaba cada vez que salía y suplicaba que le dejasen ir.

Todavía no, decía siempre.

Hasta que, por fin, una mañana gris y brumosa, dijo: *"Sí"*.

Misha miró hacia Bratan, que dormitaba contra la pared del fondo de la guarida.

No.

Misha miró de Bratan a Madre, y viceversa.

Por favor.

No.

Bratan se despertó y se dio cuenta de que algo estaba pasando, algo que no le incluía. Se levantó y se tambaleó hacia la entrada. Madre se lanzó hacia delante y lo inmovilizó contra el suelo. Era la demostración definitiva de quién mandaba y nunca antes la había utilizado con sus cachorros. Bratan se sometió instantánea e instintivamente, rodando para presentar su vientre a la madre.

Satisfecha, se dio la vuelta y salió corriendo de la guarida. Con una última mirada hacia atrás, Misha la siguió.

CAPÍTULO 6

LA PRIMERA CACERÍA

Madre tomó el camino familiar hasta el arroyo y Misha sintió una punzada de decepción. Al fin y al cabo, sólo iba a por agua. Pero madre sólo se detuvo para beber un trago y luego saltó a la orilla. Misha la siguió y de repente se encontró en un mundo completamente nuevo.

Los bosques del otro lado eran más densos, más oscuros. Parecían llenos de misterio, maravillas y promesas. Madre y Misha siguieron un estrecho

sendero entre la maleza –quizás un antiguo sendero humano, o tal vez uno cortado por los animales a lo largo de los años–, un camino que encontraba el camino más fácil a través de los contornos de la tierra. Misha se desvió una vez, atraída por el sonido de un pájaro carpintero que martilleaba invisiblemente en algún lugar a un lado. La madre se detuvo, se volvió y gruñó, y Misha volvió a concentrarse. Poco después, cayó torpemente sobre sus propios pies. Esta vez, Madre volvió por el camino y le enseñó los dientes.

No hay ruido. Aquí hay peligro.

Le dio un rápido y fuerte mordisco en la grupa. Misha se tragó el aullido. Después de eso, hizo todo lo posible por seguir sigilosamente los pasos de su madre. Cada vez que pisaba demasiado fuerte una rama o tropezaba con un matojo, ella giraba y volvía a darle un mordisco.

No era divertido.

Miró hacia atrás a través de los árboles, pensando que podría encontrar el camino a casa. Pero no podía ver la guarida, no podía oír el arroyo, ni siquiera podía ver la colina donde había nacido. El cielo había desaparecido: sólo quedaban las copas de los árboles, de un verde oscuro, y las sombras grises de los troncos.

Así que siguió adelante y, con el tiempo, aprendió a imitar el paso fácil y silencioso de su madre. Poco a poco, empezó a disfrutar de la aventura. Su nariz se vio asaltada por nuevos olores: leves rastros de los seres vivos que habían recorrido este camino durante la noche. Algunos tentadores: olores que quería seguir. Algunos aterradores: olores de los que quería huir. Algunos desconcertantes: olores oscuros y rancios que le atraían y repelían a partes iguales.

A medida que sus movimientos se hacían menos torpes, empezó a oír los sonidos del bosque. El susurro del viento en las hojas, las llamadas de alarma de los pájaros, los crujidos y temblores de las criaturas entre la maleza. Cada vez que madre oía movimientos furtivos, se detenía en seco y miraba en la dirección de donde procedían. Sus orejas giraban hasta quedar orientadas en la misma dirección y su cuerpo se tensaba con energía controlada.

Dos veces saltó a la maleza, tratando de abalanzarse sobre la pequeña criatura que se había delatado: ratón de bosque o topillo. Las dos veces no consiguió nada.

Aunque se alegraba de intentar estas cacerías ocasionales, todo el tiempo parecía dirigirse a un destino concreto. Misha estaba acalorado y cansado cuando llegaron, pero sus ojos se abrieron de par en par de alegría cuando lo vio.

Era un claro en el bosque, formado cuando una tormenta derribó un viejo fresno, altísimo pero podrido, que a su vez había derribado los abedules plateados, saúcos y sauces más pequeños. Ciervos, alces y bisontes se habían acercado a ramonear los nuevos brotes, manteniendo el claro abierto. Sin los árboles, la luz del sol y el color llenaban el espacio. El suelo del claro estaba cubierto de hierbas y flores silvestres.

Misha se revolcaba y bailaba bajo el sol, pero no estaban aquí para jugar. Misha volvió a ver la intensa mirada y la postura agazapada de Madre, los ojos y oídos agudamente enfocados. Sintió la emoción de la caza y se preguntó qué gran presa era la que ella perseguía. Y entonces ella saltó y sus mandíbulas se cerraron alrededor de... ¿qué?

Nada.

Algo.

Misha se apresuró y la vio morder, una vez, dos veces, en el aire parecía. Entonces vio movimiento en su boca. Era un saltamontes verde brillante, como un juguete de relojería hecho de esmeraldas. Y ahora que había visto el primero, miró a su alrededor y se dio cuenta de que el claro estaba lleno de ellos, saltando y arrastrándose por la hierba.

Madre saltó de nuevo y otro saltamontes estaba en su boca.

Misha copió la técnica de Madre lo mejor que pudo: el acecho, la agachada, el salto. Se estrelló contra el suelo, con la nariz por delante.

Volvió a intentarlo.

Y otra vez.

Y otra vez.

Mamá lo había hecho parecer tan fácil, pero lo único que conseguía era coger aire y hierba. Desesperado, se tumbó y apoyó la barbilla en una mata de dientes de león.

Entonces, un saltamontes aterrizó tan cerca que casi podía alcanzarlo con la lengua. El saltamontes se arrastró hasta el extremo de una hoja de diente de león y Misha intuyó que estaba a punto de dar otro de sus saltos fortuitos. Sin pensarlo, su pata subió, salió y bajó, atrapando al insecto. Sintió cómo se retorcía, cómo luchaba, y la sensación le emocionó. Manteniendo la pata sobre el saltamontes, se levantó, dio un pequeño ladrido y mordió. Las alas, las patas y la dura piel crujieron, pero el cuerpo interior era dulce y jugoso.

Misha había matado por primera vez y sintió la triunfante emoción sanguínea del poderoso cazador.

Ahora sí que le gustaban los saltamontes. Empezó a parecerse a un enorme saltamontes gris y blanco, saltando al azar en todas direcciones. Incluso

consiguió atrapar unos cuantos: algunos golpeándolos con la pata, como había hecho con los primeros, y otros encajándolos en sus mandíbulas, igual que mamá.

Además de los saltamontes, había otras cosas que se arrastraban por la hierba. Misha probaba todo lo que se ponía a su alcance: un escarabajo negro (agrio y asqueroso); un grillo marrón (todo crujido y nada de jugo); una hilera de hormigas que le echaban un ácido amargo en la lengua cuando las chupaba. Una mariposa atrapada en una margarita, que apenas merecía la pena. Y por último, una mariquita, que fue lo único que escupió, de tan repugnante que era su sabor. A partir de entonces, desconfió del naranja y del negro. . .

A pesar de la mariquita, Misha se divirtió como nunca. De hecho, se divirtió tanto que no se dio cuenta cuando su madre volvió a tensarse, esta vez de una forma nueva y muy diferente.

CAPÍTULO 7

UN ENEMIGO ANCESTRAL

Madre miraba fijamente más allá del claro. Dio un pequeño ladrido ronco, tranquilo y ominoso.

Cuidado.

En el mismo momento, Misha oyó el sonido de algo que se estrellaba entre la maleza, el rítmico tamborileo de pesadas patas sobre el suelo del bosque.

Y lo olió.

Fuerte, caliente y peligroso.

Antiguos recuerdos –recuerdos que se remontaban a milenios antes de que él naciera– dispararon destellos de horror en su joven mente. No sabía lo que le esperaba, pero sabía que no era nada bueno. Sentimientos intensos le gritaban que huyera. Sentimientos igual de poderosos le pedían que se quedara quieto.

Y entonces llegó, irrumpiendo en el claro con una explosión de hojas y ramas: una bola de energía feroz, saltarina y saltarina. Un oso pardo juvenil, de un año de edad, mucho más grande que Madre, ya equipado con garras largas y curvadas y dientes que podían picar carne y tallar hueso.

Sin embargo, el oso no destilaba amenaza depredadora, sino alegría despreocupada. Galopó y cabalgó por el claro, tropezó con sus patas, rodó alegremente, volvió a ponerse en pie y se detuvo a mirar fascinado a los dos perros.

Sin pensarlo, Misha se puso a jugar. Las patas delanteras apoyadas en el suelo, el lomo levantado, la cola en alto, las orejas gachas, la boca abierta y la lengua fuera. Todo en el oso gritaba DIVERSIÓN y Misha quería participar.

La madre tenía otras ideas. Agarró bruscamente a Misha por el pescuezo y se lo llevó gritando y retorciéndose de frustración. En cuanto salieron del claro, algo enorme, casi monstruoso, se acercó desde la misma dirección que el joven oso. Este recién llegado no tenía nada de la alegría del osezno. Iba en serio. Y los negocios significaban peligro.

Era la madre osa.

Sus ojos, pequeños e inquietos en su enorme cabeza, observaron el espacio. Olfateó con desconfianza y enfado. Localizó el olor a perro y se volvió hacia la pareja, inadecuadamente oculta entre los arbustos al borde del claro. Misha había dejado de forcejear y colgaba flácida y aterrorizada en la boca de Madre. Si el oso joven significaba diversión, el padre significaba muerte. Incluso Madre, tan segura, tan inteligente, tan ingeniosa, parecía congelada, o bien esperando permanecer en silencio y sin ser vista, o simplemente demasiado asustada para moverse.

El osezno, enfadado por haber perdido a su nuevo compañero de juegos, se acercó a ellos correteando, seguido de su corpulento guardián. Eso bastó para sacar a mamá de su ensueño. Dejó caer a Misha bruscamente al suelo.

Corre.

Pero antes de que los perros tuvieran la oportunidad de huir, un nuevo actor entró en escena, por el mismo camino que habían seguido Misha y Madre. Esta nueva criatura venía con paso lento, irregular, inseguro. Sólo una voluntad ferozmente indomable la había arrastrado hasta aquí.

El bebé y la madre oso oyeron al recién llegado: en realidad, nada con oídos podría habérselo perdido. Se apartaron de Misha y Madre, y vieron. . .

¡Bratan!

Sí, era el hermano de Misha. Había empezado a seguir a los otros dos perros casi tan pronto como salieron de la guarida. Había sido capaz de seguirlos hasta el arroyo y luego captó su olor en la orilla más lejana. El pequeño cachorro cojo se había asustado del bosque, de sus extraños ruidos y olores, pero no se había detenido. Tampoco había sido tan tonto como para llorar o hacer alguno de los ruidos que atraerían a los depredadores.

Por fin había llegado.

Una vez más, Misha y su madre se quedaron quietas y en silencio.

El joven oso, encantado de haber encontrado un sustituto para su amigo perdido, saltó hacia Bratan. Bratan, más tímido y temeroso que Misha, no adoptó la misma postura de juego que su hermano: la espalda erguida, las patas delanteras planas y las orejas gachas. Al instante rodó sobre su espalda, presentando su vulnerable vientre al oso. Con un perro, o incluso con un lobo, este acto de sumisión suele disuadir de la violencia. *No soy un peligro, dice, por favor, por favor, no me hagas daño.* Y como los perros (y los lobos, a veces) se preocupan sobre todo por las jerarquías y el poder, eso será suficiente.

Pero un oso no es un perro.

En un segundo, el joven estaba sobre él. Misha vio con horror cómo el joven oso abría las mandíbulas y enterraba el hocico en el suave vientre del cachorro. Oyó a Bratan emitir un gemido resignado, casi un suspiro: el sonido de un animal de presa que sabe que su muerte es inevitable y que la lucha ha terminado.

Entonces el oso levantó la cabeza triunfante y retiró la pata: una pata que parecía casi tan grande como el cachorro. Le asestó un golpe nauseabundo que hizo caer a Bratan de lado.

Era la muerte para el perrito.

Pero, ¡no!

Bratan se levantó con dificultad. Cuando el oso se reincorporó a la lucha, el perro se levantó lo suficiente como para clavar sus dientes en el cuello del oso. A continuación, los dos rodaron juntos por el claro. La madre osa se acercó, dispuesta a terminar el trabajo que su osezno había empezado pero que no podía terminar. De repente se detuvo. Era bueno que un oso joven aprendiera a matar y no había peligro en este cachorro.

Y entonces Misha, ya liberado de su estado de horror helado, cruzó el claro hacia ellos. Si Bratan tenía que morir, moriría a su lado, y habría sangre de oso en la hierba, además de la de perro.

Pero cuando Misha alcanzó a su hermano, algo cambió en la lucha entre la vida y la muerte. O más bien, Misha comenzó a verlo bajo una luz diferente. El salvaje mordisco en el vientre de Bratan, el monstruoso puñetazo de la pata del oso: estas cosas deberían haber matado al cachorro. Sin embargo, Bratan seguía luchando con el oso, royéndole el grueso cuello. Finalmente, Bratan se liberó y retrocedió un poco. Se tumbó con las patas estiradas hacia delante, las orejas gachas y el rabo en alto. El oso se sentó frente a él sobre sus ancas, jadeando. Y tanto los jadeos del oso como los pantalones de Bratan sonaban a risa.

Fue entonces cuando Misha se dio cuenta de que el oso y el cachorro habían estado jugando, no peleándose. El mordisco fue suave, el zarpazo una caricia vigorosa.

El oso, recuperado el aliento, se abalanzó alegremente sobre Bratan y Bratan le devolvió la embestida como pudo. Y entonces el oso volvió a ver a Misha, su primer amigo. De repente, Misha se dio cuenta de que estaba luchando con el oso y con Bratan al mismo tiempo, los tres cuerpos formando una bola de pelo marrón, blanco y gris.

Madre había sido más vigilante. Moriría para proteger a sus hijos, pero sólo si morir sirviera de algo. Con Bratan en las garras del oso, con la corpulenta forma del adulto cerca, había perdido la esperanza. Su trabajo era proteger al superviviente y eso significaba seguir viva. Y entonces Misha se unió al grupo. Ahora se movía con cautela fuera de su cobertura, siempre consciente de esa imponente presencia. La osa gruñó y se metió entre los jóvenes que luchaban y

el perro adulto. Al mismo tiempo, Madre vio que la pelea era un juego y que no había peligro. Ella y la osa se miraron. Entonces la osa, comprendiendo que esta pequeña y débil casi loba y sus cachorros no eran una amenaza, empezó a picar y masticar las hierbas dulces y las flores silvestres, como una vaca peluda.

El juego de lucha duró unos minutos más, hasta que la madre llamó a su osezno. Juntos, se alejaron entre los árboles. La joven osa miró hacia atrás con tristeza cuando se marcharon.

Con el paso de los meses, a medida que el verano se volvía más caluroso y luego más fresco, los cachorros fueron a menudo al claro a atiborrarse de saltamontes. Tres veces se encontraron con la madre y el oso joven. En cada ocasión, se reconocieron con más alegría. Jugaron, lucharon y rieron juntos, y acecharon a los saltamontes como un equipo. El oso escarbaba con sus largas garras en el césped, dejando al descubierto jugosas lombrices y gordos gusanos blancos, así como amargos milpiés y mordaces ciempiés. Incluso algún que otro ratón o musaraña, a los que perseguían y se abalanzaban sobre ellos, pero nunca atrapaban.

Y con cada encuentro disminuía el recelo de la generación mayor. La madre perro y la madre oso se observaban durante un rato, mientras los jóvenes jugaban, y pronto se ponían manos a la obra para engordar antes de que cambiara el año.

Pero con cada encuentro se producía un cambio de estatus. El osezno siempre había sido mucho más grande que los perros, y esa diferencia aumentaba, hasta que Misha y Bratan empezaron a recelar un poco de la bestia corpulenta que tan fácilmente podía hacerles daño sin querer. Esos manotazos juguetones podían romperle una costilla a un perro. Aunque Misha siempre podía saltar o esquivar, Bratan era demasiado lento y a menudo caía de espaldas.

La última vez que se vieron, los tres parecían saber que eso no volvería a ocurrir. Que quizá no debería, ya que sus naturalezas adultas expulsaban a los jóvenes amantes del juego. Se separaron sin mirar atrás.

CAPÍTULO 8

TODO ES COMIDA

Misha y Bratan se unían a menudo a Madre en sus excursiones por el bosque. Poco a poco aumentaron su experiencia, sus conocimientos y sus habilidades. Aprendieron a buscar insectos y larvas: un recurso fiable cuando resultaba difícil conseguir otros alimentos. Mamá les enseñó los lugares donde podían encontrar bayas dulces y, cuando el año empezó a cambiar, frutos caídos. Y cuando les dolía la barriga de vacío, les había enseñado que, como los osos, podían comer hierba y flores.

Madre también era una hábil cazadora de ratones y topillos. Enseñó a sus cachorros a olfatear los túneles que hacían a través de la larga hierba. Se sentaba como una piedra, con las orejas agachadas y preparada. Si esperaban lo suficiente, llegaría el susurro. Tal vez vieran el movimiento de las esbeltas hojas, aunque casi nunca vislumbrarían a la criatura. Entonces Madre saltaba y aterrizaba. Al menos la mitad de las veces, atrapaba al roedor contra el suelo. Su cabeza emergía triunfante de la hierba, daba una última sacudida al gordo topillo y se lo tragaba entero, o lo dejaba caer para que Misha y Bratan se pelearan por él.

Pronto empezó a dejar caer a la víctima sin matarla. Y entonces empezaba la diversión, mientras intentaba escapar con Misha pisándole los talones. De este modo, Misha aprendió el arte de matar roedores y al final llegó a ser casi tan buena como mamá.

El pobre Bratan, por supuesto, no tenía ninguna oportunidad en estas mini cacerías, a menos que la pequeña criatura se le pusiera delante de las narices. Entonces embestía, crujía y tragaba, exultante por su pequeño triunfo sobre su hermano.

Pero los gusanos, los saltamontes y los ratones, aunque podían mantener vivo a un perro, nunca lo saciaban del todo. Siempre dejaban a los cachorros con la sensación de que había sitio para más.

Misha sabía que había animales más grandes en el bosque. Había visto ciervos escabulléndose entre los árboles, con el destello blanco de sus lomos burlándose de él. Madre, aunque claramente interesada en ellos, nunca se molestó en perseguirlos. Nunca los atraparía y, aunque lo hiciera, ¿qué pasaría? Los ciervos eran demasiado grandes, su cornamenta demasiado peligrosa. En esta época del año, incluso los cervatillos habían crecido demasiado para que ella pudiera enfrentarse a ellos.

A veces seguían el arroyo hasta una zona pantanosa que poco a poco se convertía en un pequeño lago. Allí vieron una vez la inmensa figura de un alce, vadeando el agua para alimentarse de las algas. Ningún perro se enfrentaría jamás a algo del tamaño de un alce, pero a menudo veían a un castor nadando resueltamente por el agua. Y si el castor los veía o los olía, se alejaba. Esto hizo pensar a Misha que aquí podría haber algo que valiera la pena investigar, si de alguna manera pudieran encontrarlo en tierra firme.

Luego estaban los jabalíes. Su olor y su acre estiércol estaban por todas partes. Los perros los oían gruñir y hozar, y a veces veían sus lomos negros y erizados. El mensaje de mamá era siempre: *¡Huye!* Una vez, los tres perros se dirigían a la Cañada del Oso cuando un enorme jabalí, con sus grandes colmillos curvados brillando en la oscuridad, apareció ante ellos.

La madre, que iba en cabeza, se congeló y los cachorros se congelaron con ella.

El jabalí los miró con sus pequeños ojos negros, resopló una vez, dos veces, y dio un paso adelante. Parecía a punto de cargar contra ellos. Detrás de él, una hembra más pequeña, pero aún formidable, cruzó el camino seguida de siete cerditos rayados. El gran jabalí se mantuvo firme hasta que todos hubieron cruzado y luego, con un último bufido de desprecio, se unió a su familia. Misha y Bratan comprendieron que no se podía jugar con los jabalíes. Pero Misha también pensó en lo sabrosos que parecían los pequeños. . .

En sus andanzas se encontraron de nuevo con un zorro. Era un gran perro zorro, aunque no lo bastante grande como para desafiar a su madre o molestar a los cachorros. Miró, olfateó y se escabulló, sacudiendo su tupida cola y dejando tras de sí ese hedor caliente a zorro. Recordando aquella primera batalla en la madriguera, Misha sintió una oleada de odio y ladró con rabia a la cola en retirada.

Misha no sentía ese odio por los tejones. Una familia de ellos vivía en la cima de la colina por encima de su guarida. La mayor parte del tiempo se ignoraban. Sólo se cruzaban muy temprano por la mañana, cuando los tejones regresaban a su madriguera tras una larga noche de búsqueda. Nada asusta a un tejón adulto, así que caminan arrastrando los pies, sin prestar atención a los perros. Ni amenaza ni alimento, los perros los miraban de la misma manera.

Una vez, mamá se detuvo y olfateó un árbol en lo profundo del bosque. Lo habían olfateado y el aroma agrio erizó el vello de la espalda y el cuello de Misha. Sintió que sus sentidos se agudizaban. De repente, podía oír cada respiración, el crujido de cada rama, el susurro de cada hoja. Más arriba, en el tronco del árbol, vio que la corteza había sido perforada con profundas marcas de garras, dejando al descubierto el rojo pálido de la carne que había debajo.

Miró a su madre. Nunca la había visto tan agitada. Lo que había hecho esas marcas era mortal. Miró a su alrededor, se detuvo, escuchó, olfateó el aire. Y luego se los llevó. Aunque era de noche y era hora de volver a la guarida, fue por un camino indirecto. Cruzaron y volvieron a cruzar el arroyo dos veces. Fuera lo que fuera, no quería que siguiera a la familia hasta su casa.

El premio final de sus expediciones era la carroña: la carne en descomposición de los animales muertos. Mamá les enseñó a estar siempre a la caza de esta rara delicia. Era carne que no se resistía. Aunque, por supuesto, era el olor –rico, sabroso y denso– y no la vista lo que les llevaba al festín.

Madre les enseñó a no mirar nada.

¿Una serpiente de hierba muerta?

Comida.

¿El cadáver seco de un jabalí, vaciado hasta que sólo quedaban las patas, algunos huesos y la piel?

Comida.

Misha sólo había visto a su madre así de angustiada una vez. Había sido un buen día. Siguiendo el arroyo, se habían topado con un nido de fochas volantonas, absurdamente desaliñadas en su mullida cubierta de plumón negro y color óxido. Los padres chillaron y aletearon, pero luego se fueron volando, dejando que los tres perros mataran y se comieran a los nueve polluelos de cara roja. Cayó todo: carne, plumas, patas, picos. Era su mejor comida en días y habían vuelto felices a su madriguera. Se habían sentado fuera, en la terraza, al sol de la tarde, un poco molestos por los mosquitos y un tábano persistente, pero felices con sus barrigas llenas y sus lomos calientes.

Entonces llegó el sonido.

Un aullido largo y grave, que se elevaba gradualmente hasta que sus notas altas desaparecieron en el éter. Volvió a sonar, y esta vez a la única voz se le unió otra y otra.

Misha sintió la emoción, sintió que cada célula de su cuerpo respondía. Miró a su madre. Se había quedado rígida, con una expresión de conmoción y terror en el rostro. Intentó levantar a Bratan, olvidando que ya era demasiado grande. Lo dejó en el suelo, retorciéndose y quejándose, y luego trató de llevarlos a los dos de vuelta a la guarida.

Mientras tanto, su cuerpo vibraba con una extraña energía. Se convulsionaba, casi como cuando regurgitaba comida para ellos. Excepto que en lugar de hacia abajo, su cabeza apuntaba hacia arriba.

Entonces llegó: su aullido de respuesta. O, al menos, un aullido ahogado, tragado, atrofiado. Y se revolcó en la tierra plana y desnuda, y emitió sonidos de miedo, sumisión y odio. Entonces entró en la guarida, y Bratan y Misha la siguieron, e intentaron, con lametones y hocicos, consolarla.

CAPÍTULO 9

DADURAS LECCIONES

En sus sueños, Natasha a menudo volvía a contemplar a través de la ventanilla trasera del autobús la diminuta forma blanca de su cachorro que se desvanecía en la invisibilidad. A veces se despertaba sabiendo que su amor se había perdido, y las lágrimas brotaban como la sangre de una vieja herida con costra. Y a veces se despertaba pensando que la pérdida había sido un sueño, y por un momento sentía el peso del perro dormido a su lado. Eso era peor. Entonces sus sollozos estallaban con un sonido crudo y animal.

¿Cuánto duraba para Natasha la agonía de la separación, de la pérdida? No ayudaba que el dolor fuera escalonado, cada paso dando, y luego quitando, esperanza.

Tres días. Ese fue el primer ciclo de esperanza y desolación.

Pasaron los días en el gimnasio de una escuela de las afueras de Kiev, donde las hileras de camas de acampada lo convertían en un albergue transitorio. La propia provisionalidad del alojamiento les hizo creer a todos que pronto volverían a sus casas, a sus camas.

Y entonces se llevaron a los adultos a un lado, y unos hombres con trajes grises les comunicaron la noticia de que la ciudad estaba contaminada. Que podrían pasar semanas antes de que pudieran volver. Papá le dijo suavemente a Natasha, mientras mamá permanecía demacrada y en silencio, que no podían volver.

—Los buenos soldados, se ocuparán de todo por ahora. Cuidarán de nuestra casa. Alimentarán a tu perrita, tu Zoya.

Al cabo de una semana, se fueron a vivir con la temida tía Valentina. La tía Valentina era la hermana mucho mayor de mamá y vivía sola en un piso a las afueras de la ciudad. Tenía chucherías y baratijas por todas partes: pajaritos de cerámica y pequeños cuencos lacados sin nada dentro.

Lo primero que le dijo a Natasha fue: —¡Tócalos sólo con los ojos!, —con un brillo siniestro en los suyos. Valentina trabajaba en correos y no tenía amigos. La única foto que había en las paredes era la de un viejo político soviético sin sonrisa, con las cejas como ratones muertos que le había dejado en la cara el gato del Kremlin.

Fue duro para todos, pero quizá más para papá. Los tres dormían en el salón, con mamá y Natasha compartiendo el sofá y papá en el suelo. Todas las mañanas Valentina entraba en la habitación, ponía mala cara y se pasaba la mano por delante de la nariz.

—Se pueden abrir las ventanas, —decía. Y papá, pensando en las escasas comidas de Valentina, refunfuñaba— Sí, y a veces se puede encender la estufa.

Papá pasaba la mayor parte del día, y gran parte de la noche, en el parque con unos hombres que conocía, jugando al ajedrez.

—Cualquier cosa es mejor que mirar la cara de Valentina, —decía—. Es como el culo de un gato. Y no uno de esos bonitos culos de gato. —Y luego ponía cara de culo de gato, que era lo único que aún hacía reír a Natasha.

De vez en cuando, corría el rumor de que estaban a punto de volver a casa, pero cada vez sus esperanzas se convertían en cenizas, como los restos del reactor número 4. Cada día, cada hora, cada minuto, Natasha se ponía a llorar.

Cada día, cada hora, cada minuto, Natasha pensaba en Zoya. A veces imaginaba cosas buenas. Los amables soldados jugando con ella, alimentándola con sabrosos bocados de sus propias raciones. Y a veces tenía pensamientos terribles, de su pobre cachorro solo en el bosque. Y las cosas con garras y dientes arrastrándose hacia ella...

Se quedaron con la tía Valentina durante tres meses. Después se mudaron a un pequeño apartamento propio, que era mejor. Había dos dormitorios, una cocina diminuta, un salón y un cuarto de baño con una ducha que a menudo tenía agua caliente. El piso era caluroso y sofocante en verano y helador en invierno.

Papá consiguió trabajo recogiendo basura. Cada día volvía a casa muy cansado y maloliente. Mamá también trabajó en la farmacia. Le gustaba su trabajo y a veces traía a casa dulces que vendían.

Aun así, mamá y papá discutían todo el tiempo, lo que entristecía, asustaba y enfadaba a Natasha. Discutían por tonterías, como dónde había puesto papá sus pantalones de trabajo o cuánto se había gastado mamá en unos zapatos nuevos para Natasha. Lo que Natasha no sabía entonces era que sus padres discutían en realidad por lo que habían perdido: su hogar y su esperanza.

En otoño, Natasha empezó su nuevo colegio. Algunos niños querían saber más sobre el accidente. Sobre cuánta gente había muerto y sobre las cosas terribles que les había hecho la radiación.

—¿Es verdad que se les cayó toda la piel?

—He oído que a la gente le crecían dedos de más, y que a veces los dedos ni siquiera estaban en las manos ni en los pies, sino en la espalda o en el pecho.

—He oído que si tienes un bebé será un monstruo, como un cocodrilo o un oso.

Natasha dijo que no lo sabía. *Seguro que son todo mentiras,* se dijo a sí misma. Entonces se les ocurrió una canción:

Natasha Natasha,

Ella brilla rojo brillante.

Natasha Natasha, Pronto estará muerta. Natasha Natasha,

Ni siquiera toques su zapato. Natasha Natasha, O tú también morirás.

Cuando la maestra se enteró, castigó a los niños por burlarse de Natasha, pero eso la hizo aún más impopular. Lo único que significaba era que sus compañeros susurraban la rima cuando se cruzaban con ella en los pasillos o en el patio.

Natasha intentaba ignorar la canción y no daba muestras de que le hubiera hecho daño. Con el paso de los años, aprendió la lección más difícil para cualquier niña: a estar sola.

Y, con algún que otro devastador brote de esperanza, también aprendió que nunca volvería a Pripyat, a su pequeño piso y a su querido perro.

CAPÍTULO 10

MALOS TIEMPOS, BUENOS TIEMPOS

Pasó el año y los cachorros crecieron, hasta que dejaron de ser cachorros para convertirse en perros adolescentes. Estaba claro que Misha iba a ser grande, como mamá. Era fuerte y rápido, un hábil buscador de comida y un cazador entusiasta, aunque todavía no especialmente hábil. Además de ratones, había cazado conejos descuidados en la madriguera del otro lado de la colina. Una mañana sorprendió a un topo sacando la cabeza de una topera. Al topo le costó matarlo, pero estaba gordo y sabroso. Había comido huevos y crías de pájaros, y una vez cazó una perdiz saltando en el aire mientras ésta levantaba el vuelo.

Bratan era harina de otro costal. Aunque había seguido fortaleciéndose en los hombros y tenía una mordida más poderosa que su hermano o incluso que su madre, sus piernas le impedían ser un buen cazador. Lo que no quiere decir que no fuera útil para la pequeña manada. . . Podía abrir los huesos de los ciervos que encontraban y extraer la rica médula que había en su interior. Y era inteligente. Era experto en encontrar un olor, aunque no siempre podía perseguir a quienquiera que lo hubiera hecho.

Era incluso mejor detectando el peligro. Fue el ladrido de Bratan lo que salvó a Misha del águila real. Misha y mamá estaban en la orilla del pantano, cazando ranas (babosas pero deliciosas). Bratan, mientras tanto, descansaba a la sombra del bosque cercano cuando vio al águila, que se abalanzaba hacia su hermano desde su percha en lo alto de un roble muerto. Sus crueles garras de hierro estaban listas para atrapar a Misha y llevárselo para alimentar a los tres hambrientos polluelos que esperaban en su nido. El ladrido urgente de Bratan llegó justo a tiempo para advertir a Misha de que saliera corriendo hacia la seguridad de los árboles.

Aun así, Misha sabía que su hermano le necesitaba mucho más de lo que él necesitaba a su hermano. Pero su vínculo era estrecho, a pesar de este desequilibrio. Todas las noches dormían acurrucados el uno alrededor del otro para darse calor. A veces mamá se unía a ellos, pero solía estar lejos en misteriosos viajes nocturnos. De vez en cuando oían los aullidos de los lobos, y en esas noches madre primero se inquietaba y caminaba, y emitía sus propios aullidos guturales. Luego desaparecía.

El invierno debería haber sido una época de pruebas. Lo era para los ciervos, los alces y los demás comedores de hojas. Fue duro para los pájaros, una vez que se acabaron las nueces y las bayas. Para empezar, también fue duro para los perros. Primero llegó la lluvia. Llovía a cántaros todos los días: una lluvia torrencial que caía de un cielo gris. Parecía que nunca dejaba de llover.

La lluvia caía y el arroyo al pie de la colina se convertía en un torrente. Cruzarlo ya no era simplemente cuestión de pasar de piedra en piedra. Ahora cada cruce significaba empaparse, con el riesgo de ser arrastrado. Bratan consiguió encontrar un lugar por el que cruzar, más arriba del torrente, donde una maraña de ramas rotas y otros restos formaban una especie de puente hacia una pequeña isla. Desde allí era relativamente seguro vadear hasta el otro lado.

Una vez en el bosque, buscar comida era un ejercicio húmedo y, por lo general, inútil. La lluvia arrastraba los olores, mezclándolos y difuminándolos.

Y el constante golpeteo de las gotas sobre las hojas oscurecía los sonidos de susurros y correteos que les ayudaban a encontrar ratones y topillos. Sólo los gusanos parecían disfrutar de la lluvia y eran ellos los que los mantenían con vida.

Hacía tiempo que las hojas habían pasado del verde al marrón. Ahora, con la lluvia, caían y se convertían en baba. Finalmente, el bosque quedó desnudo y descarnado.

La lluvia cesó y, tras unos días de calma, comenzó la helada. Primero cayó una nieve suave y húmeda. Misha y Bratan se maravillaron e intentaron comérsela mientras caía. Hacían cabriolas y bailaban entre los copos como si volvieran a ser cachorros despreocupados.

Entonces la nieve se hizo más intensa, de modo que los perros tuvieron que cerrar los ojos si se enfrentaban a ella. El arroyo se congeló y los tres se acurrucaron en lo más profundo de la madriguera.

Eran tiempos duros, tiempos de escasez. Ya no había gusanos. Los frutos del otoño habían desaparecido. Encontraron un castor muerto junto al estanque, congelado, como su arroyo. El castor debería haber estado a salvo en sus cuarteles de invierno, pero había salido a hacer algún recado y había perecido de frío o de enfermedad. Tenía los labios contraídos en una mueca espantosa que dejaba ver sus grandes incisivos amarillos. Los perros gruñeron y se pelearon por el cadáver, sobre todo por la cola gorda y desnuda, pero había carne suficiente para aguantar el hambre durante unos días.

En otra ocasión, encontraron la enorme cornamenta de un alce. La madre la arrastró de vuelta a la madriguera y los tres la royeron hasta que no quedó nada.

Este fue el punto más bajo del año. Pero las cosas estaban a punto de mejorar. Mejor para los perros, mucho peor para muchos otros animales. Los viejos y los jóvenes comenzaron a perecer. Los perros encontraron un alce muerto –quizá el mismo cuya cornamenta les había quitado el hambre– cerca del lugar de cruce que había descubierto Bratan. La orilla era escarpada y el animal, famélico y exhausto, había intentado salir, pero había resbalado o retrocedido a trompicones, una y otra vez, hasta que simplemente se tendió sobre el hielo y la nieve y murió. Cuervos y cornejas ya estaban trabajando y un buitre intentaba desgarrarle el vientre. El alce había perdido los ojos y tenía los labios y la lengua destrozados.

Mientras los tres perros corrían hacia el alce, los pájaros volaban a una distancia segura y observaban. Madre trabajó apresuradamente y transmitió esta urgencia a los hermanos. Sabía que no les quedaría mucho tiempo. Todos los demás carnívoros del bosque estarían buscando la misma comida. Los más astutos buscarían a los cuervos, que siempre eran los primeros en encontrar a los muertos.

El alce estaba frío, pero aún no congelado. Si lo hubiera estado, las mandíbulas de los perros, mucho más débiles que las de un lobo, no habrían podido desgarrarlo. Así las cosas, fue un trabajo duro. Rasgaban, masticaban, tragaban, cogiendo trozos sueltos de piel y carne entre los dientes y retorciéndolos para liberarlos. Cada pocos segundos, Madre levantaba la cabeza, olfateaba el viento, escuchaba. Luego su cabeza, con el pelaje blanco teñido de carmesí, volvía al alce.

De repente, Bratan dejó de comer. Algo se acercaba. No estaba seguro de qué, ni de la magnitud de la amenaza. Se acercaba a sotavento, así que su olfato no le decía nada. Pero había algo más que sentía: un temblor en el aire. El mundo estaba tenso y escuchaba.

Ahora la cabeza de Madre estaba levantada de nuevo y pronto incluso Misha lo oyó. Algo se acercaba entre los árboles, con los pies crujiendo en la nieve. Algo demasiado grande para tener que preocuparse de ser oído. A esta criatura no le importaba.

Un último mordisco y Madre les ladró.

Váyanse.

Se alejaron a grandes zancadas y se dieron la vuelta.

Por un momento, Misha pensó que podrían haber sido su amigo el oso y su madre. El color era el mismo, y el tamaño de la criatura se vio brevemente oscurecido por la ráfaga de nieve levantada por sus anchas patas. Pero no era una cría de un año. No era una osa. Era un macho enorme, el mayor depredador del bosque. Si el bosque tenía un rey, era éste. Puso sus patas delanteras en el costado del alce y bramó. Los cuervos y las urracas revolotearon desde las ramas y los tocones a los que se habían subido y volvieron a posarse. Ya habían visto todo esto antes. Conocían el resultado. Sólo tenían que esperar su turno.

Al oso no le interesaban los pájaros. Podía oler a los perros e hizo una carga rápida y ciega en su dirección. Pero ya habían huido, con el estómago lleno.

A partir de entonces, casi siempre había carne muerta en el bosque, pues los ciervos jóvenes y los jabalíes viejos sucumbían al frío y a la falta de forraje. Por lo general, los perros llegaban tarde, cuando sólo había restos que rebuscar y huesos que hacer crujir. Pero se alimentaban, y las barrigas llenas significaban que estaban calientes en la guarida. Era el momento más feliz para Misha, Bratan y Madre.

CAPÍTULO 11

PAPÁ

Cuando Natasha empezó la secundaria se había convertido en una chica tranquila, decidida y trabajadora, que rara vez sonreía y nunca se reía. Era la mejor de la clase en matemáticas y ciencias, y casi la mejor en todo lo demás. Tenía dos amigas, Tanya y Ludmila, que también eran chicas serias, aunque no tanto como Natasha. Trabajaban juntas en la biblioteca después de clase, se despedían y volvían a verse al día siguiente.

A los trece años, Natasha ya sabía que quería ser científica. A los catorce, sabía que quería ser física. Encontraba cierta felicidad y cierto consuelo en la ciencia. Los números y las ecuaciones le llenaban la cabeza y le producían la misma sensación placentera que una buena comida en el estómago. Cuando trabajaba en problemas científicos y matemáticos, todo lo demás pasaba a un segundo plano. Podía olvidar su tristeza, su soledad, el doloroso agujero en su corazón que tenía la forma de un perrito blanco con nariz de zorro.

Por supuesto, imaginaba la vida que podría haber llevado su Zoya. A veces se obligaba a creer que una familia bondadosa la había acogido. Que ahora era feliz en algún lugar, con sus propios cachorros. Pero había oído historias terribles sobre el regreso del ejército a Pripyat y a los pueblos de los alrededores de la central nuclear, en lo más profundo de la zona de exclusión contaminada. Cómo habían cazado y matado a las mascotas que habían quedado... Así que lo mejor era no pensar en Zoya.

Echaba de menos el campo. Pero a medida que sus recuerdos de los bosques, campos y ríos que rodeaban Pripyat se desvanecían, empezó a cogerle cariño a la ciudad, con sus calles tan anchas que tu madre no te oiría si estuvieras al otro lado, por muy alto que llamaras. Le gustaba que pudieras pasear durante horas sin que nadie supiera quién eras. Ni le importaba.

Papá nunca se acostumbró a Kiev. Parecía encogerse en su inmensidad fría y concreta. Aunque, por supuesto, esa sensación de que papá se encogía podía deberse al hecho de que Natasha estaba creciendo. Siempre lo había considerado un gigante, pero a los dieciséis años ya era un poco más alta que él. Bebía, a veces, con sus viejos amigos que también estaban en la ciudad, pero la alegría había desaparecido para él. Se volvió más tranquilo, más callado.

Refunfuñaba sobre el declive y la caída de la antigua Unión Soviética —. Antes mandaba el pueblo. Ahora sólo los oligarcas. Multimillonarios. Ladrones, —murmuraba. Pero ya no se enfurecía por estas injusticias, como antes.

Y entonces empezó a encogerse de verdad. Sus padres se lo ocultaron, pero Natasha sabía que algo iba mal. Sus viejos pantalones le colgaban flojos y su rostro, antes rubicundo, palideció. Un día cogió la mano de Natasha mientras estaban sentados juntos en el sofá viendo una película, y ella vio que era la mano de un anciano: huesuda, con la piel estirada y casi translúcida.

Entonces empezó su quimioterapia. Se le cayó el pelo y se compró una gorra del ejército con orejeras. Intentó mostrarse alegre, pero pronto dejó de comer y Natasha supo que no le quedaba mucho tiempo. Durante ese tiempo le quiso más que nunca y se hicieron más íntimos que nunca.

Una noche, mientras Natasha hacía los deberes en la mesa de la cocina, él entró y se sentó a su lado. Mamá se había acostado temprano, como solía hacer.

—Deja el lápiz un momento, Natasha, —le dijo, con voz frágil—. Eres una chica lista. Más lista que yo, por supuesto, o incluso que tu madre. Y siempre fue la primera de la clase cuando era niña. ¿Lo sabías?

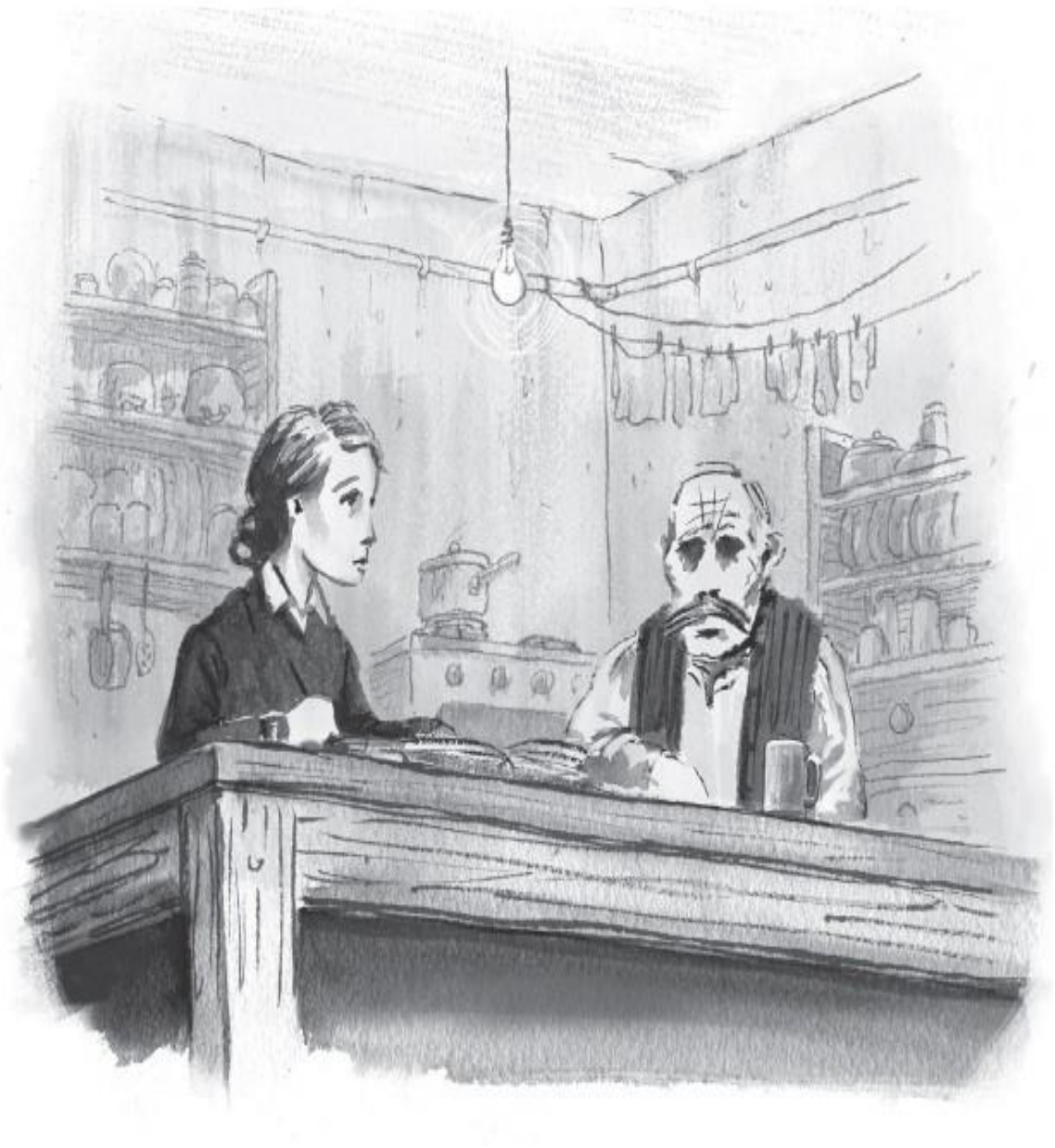
—No lo sabía, papá.

A Natasha le resultaba extraño pensar que su madre era brillante y estudiosa. Ella siempre había sido la persona que trabajaba todo el tiempo. Sus manos nunca estaban quietas. Siempre estaba limpiando, ordenando. Incluso mientras veían la televisión por la noche, cosía y remendaba.

—Chica lista, sí, lo eres. Así que ya sabes que estoy enferma. Probablemente por la radiación. Y que yo...

—¡No, papá! —Natasha gritó—. La medicina... ¡Te vas a poner mejor!

En el fondo, ella no lo creía. Pero tener la verdad al descubierto, sobre la mesa de la cocina barata, era insoportable.



Papá le sonrió y era una sonrisa hermosa, a pesar de sus dientes grises y torcidos, y le partió el corazón.

—Niña, eres una amante de la verdad y el conocimiento. Esta es tu vocación. Yo sólo soy un trabajador, sin más cerebro que el de una mula. Tú ves el mundo tal como es, su interior, quiero decir. La forma en que todo se une. Las moléculas y los átomos. Así que no te alejes de esas otras verdades, las verdades de la vida.

Natasha no estaba llorando, al menos no en el sentido de lágrimas cayendo de sus ojos. Hacía mucho tiempo que no lloraba. No desde que había llorado por su Zoya, hacía tantos años. Pero aunque no había lágrimas, sentía el mismo dolor hueco que indicaba la presencia de lágrimas. Era como si la pequeña Natasha de su interior llorara pero las lágrimas no llegaran a sus ojos.

—Quería decirte que siento no haberte ayudado a traer a tu perrita contigo. ¿Cómo se llamaba...?

—Zoya.

—Ah, sí, Zoya. Zoya con una pizca de lobo en ella, ¡eh! Mi cerebro es un colador. Son los químicos... La medicina, quiero decir. Podríamos haber encontrado una manera. Pero nadie pensó... Quiero decir, ¿cómo podíamos saber que nunca volveríamos?

—Está bien, papá.

De nuevo, se hizo el silencio. Pero era un silencio pleno, que resonaba con amor y dolor. Era el silencio estremecedor que se produce cuando termina una canción y su recuerdo aún agita el aire.

Papá le sonrió y era una sonrisa hermosa, a pesar de sus dientes grises y torcidos, y le partió el corazón.

—Niña, eres una amante de la verdad y el conocimiento. Esta es tu vocación. Yo sólo soy un trabajador, sin más cerebro que el de una mula. Tú ves el mundo tal como es, su interior, quiero decir. La forma en que todo se une. Las moléculas y los átomos. Así que no te alejes de esas otras verdades, las verdades de la vida.

Natasha no estaba llorando, al menos no en el sentido de lágrimas cayendo de sus ojos. Hacía mucho tiempo que no lloraba. No desde que había llorado por su Zoya, hacía tantos años. Pero aunque no había lágrimas, sentía el mismo dolor hueco que indicaba la presencia de lágrimas. Era como si la pequeña Natasha de su interior llorara pero las lágrimas no llegaran a sus ojos.

—Quería decirte que siento no haberte ayudado a traer a tu perrita contigo. ¿Cómo se llamaba...?

—Zoya.

—Ah, sí, Zoya. Zoya con una pizca de lobo en ella, ¡eh! Mi cerebro es un colador. Son los químicos... La medicina, quiero decir. Podríamos haber encontrado una manera. Pero nadie pensó... Quiero decir, ¿cómo podíamos saber que nunca volveríamos?

—Está bien, papá.

De nuevo, se hizo el silencio. Pero era un silencio pleno, que resonaba con amor y dolor. Era el silencio estremecedor que se produce cuando termina una canción y su recuerdo aún agita el aire.

CAPÍTULO 12

CRUZADO

Los tiempos felices no duraron para los perros.

Los aullidos se oían todas las noches y parecían venir de todas partes. Misha sintió el impulso de responder, sintió que se le abría la garganta y que su cabeza empezaba a inclinarse hacia atrás. Pero sabía, por la forma en que Madre luchaba, que aullar en la noche sería fatal.

En una larga caminata por el bosque aún nevado, se toparon con algo nuevo y ominoso. Era una criatura enorme, o al menos lo había sido alguna vez.

Su cabeza era como una gran roca, mucho mayor que la de cualquier ciervo o alce, y sus cuernos cortos y ganchudos no se parecían a ninguno que Misha hubiera visto jamás.

No era la bestia desconocida lo que llenaba de temor a los tres perros, sino lo que había sido de ella. Detrás de la gran cabeza no quedaba casi nada, aparte de los harapos de piel y las tres pezuñas desprendidas. Todo lo demás había desaparecido.

Madre estaba inquieta. Corrió en un amplio círculo alrededor de los restos, olfateando, deteniéndose, buscando problemas. Las huellas contaban una historia. Había muchas y de dos tipos. Una manada de bisontes había atravesado en estampida esta parte del bosque. En sus flancos había otras huellas. Misha las olfateó. Eran como las suyas, pero diferentes. Más grandes. Y el olor era fuerte, porque los lobos tienen glándulas odoríferas entre los dedos de los pies para decir quiénes son.

Los lobos habían separado a este viejo toro del resto de la manada. Lo habían corrido hasta el punto de agotamiento y luego lo mataron aquí, cuando hizo su última resistencia.

Los lobos siempre vuelven a una vieja presa y Madre sabía que tenían que ser rápidos. Royeron la piel y cada uno agarró una pezuña. Luego corrieron antes de que la manada regresara.

Las pezuñas aún tenían tendones y tendones adheridos, por lo que eran buenas para masticar en la guarida. Pero había sido un error visitar la presa. Madre lo sabía y estuvo inquieta durante toda la larga noche sin estrellas.

Al día siguiente, los dos hermanos estaban sentados fuera de la guarida, disfrutando de un raro momento de débil sol. Misha aún tenía los restos roídos de su pezuña, como un juguete para masticar. Practicaba acechándolo, saltando sobre él desde varias distancias.

Como siempre, fue Bratan el primero en percibir la amenaza que se avecinaba. Aguzó las orejas y miró hacia el arroyo, colina abajo. Misha lo ignoró y se llevó la pezuña a los dientes traseros, mordiéndolos. Entonces oyó a Bratan gruñir por lo bajo: un gruñido que no parecía salir de su garganta, sino de su corazón.

Misha se levantó y siguió la mirada de Bratan. Aún no podía ver nada, pero el bosque estaba extrañamente silencioso. Todos los árboles estaban en sombra y la luz de la tarde empezaba a desvanecerse. Pero entonces a Misha le pareció ver una sombra que se balanceaba y parpadeaba. Siguió el movimiento con sus agudos ojos. Había desaparecido. Luego volvió, danzando como una llama gris en la penumbra de los árboles.

Y entonces el lobo estaba aquí, a su lado del arroyo.

Ambos perros estaban juntos ahora, uno al lado del otro, erizados y nerviosos pero también excitados. Era el primer lobo que veían. Era una loba gris pálida, de ojos amarillos, grácil. Tenía una línea más oscura que le iba desde encima de los ojos casi hasta la nariz, y otra que le iba de lado a lado por debajo de los ojos, como una cruz en la cara. La loba se movía por la pendiente nevada hacia ellos, como el agua que fluye cuesta arriba. Sus anchas patas no se hundían en la nieve, como las de ellos, sino que flotaban por encima.

Misha sintió que algo se movía en su interior. No, no una cosa, muchas cosas. Había rabia porque esta criatura, tan parecida a ellos y tan diferente,

invadiera su territorio. También había miedo. La gracia del lobo estaba entrelazada con una sensación de poder y amenaza. Cara Cruzada era un asesino.

Pero Misha también sintió otra cosa. Sentía una fuerte atracción hacia ella. Sentía la necesidad de estar con ella, de correr bajo su sombra plateada, de tomar la garganta mientras ella tomaba el flanco de algún gran ciervo jadeante.

Bratan gruñó. Sus grandes dientes se mostraban detrás de sus labios oscuros. El sonido sacó a Misha de su sueño de ser la sombra de Cara Cruzada. Sus propios gritos se elevaron y sincronizó su gruñido con el de Bratan.

Cara–Cruz atravesó la ladera hacia ellos, totalmente despreocupado por su juvenil muestra de agresividad. Podrían haber sido dos conejos por todo el miedo que mostraba. Ahora Misha vio que era mucho más grande que ellos, más alta de hombros, más larga, más ancha, y su cabeza era ancha y pesada de músculos. Su camino había sido sinuoso, aunque nunca apartó sus ojos amarillos de ellos. Y entonces, a diez metros de distancia, cuando las narices de los perros estaban llenas de su olor a lobo, se detuvo y... se sentó. Los perros no se lo esperaban. Su desconcierto aumentó con lo que ocurrió a continuación. Cara Cruzada quería jugar. Tenía la cola levantada y meneándose, los ojos entornados y la boca abierta.

Misha sintió que la alegría aumentaba en su interior. Aparte del osezno, sólo había jugado con Bratan (mamá no era un perro de juegos). Ahora tenía una cosa extraña, seductora y hermosa con la que luchar y a la que perseguir. Se levantó de un salto e, ignorando los ladridos de su hermano, *¡No!* – corrió hacia Cara Cruzada. Ella le sonrió, con la lengua fuera, los labios abiertos y acogedores. A un metro de distancia, él se deslizó por la nieve compacta, imitando el lenguaje corporal de ella. En un segundo, ambos estarían forcejeando y rodando por la nieve. Pero justo antes de llegar a ella, se dio cuenta de nuevo de su poder latente, de lo mucho que superaba su propio peso y volumen. Cómo los tendones de hierro recorrían la línea de su mandíbula. Cómo brillaba el amarillo intenso y cruel de sus ojos almendrados.

En ese momento, Misha se dio cuenta de que estaba muerto.

CAPÍTULO 13

LA PRIMERA LUCHA

Golpeó sin previo aviso, y con tal velocidad y eficacia salvaje que a Misha le resultó imposible seguir la feroz coreografía. En un segundo, estaba a punto de tocar. Al siguiente, Cara Cruzada estaba encima de él, con las mandíbulas comenzando a cerrarse alrededor de su garganta. No había lucha, ni forcejeo. Simplemente estaba aquí, ahora, debajo de ella, derrotado.

Sin pensarlo, adoptó la postura de la sumisión absoluta, relajando todos sus músculos para caer indefenso, abriéndose completamente a ella.

No sirvió de nada. Cara Cruzada no buscaba sumisión, sino sangre. Estaba aquí para matar. Y luego a comer.

Misha oyó ladrar a Bratan, sintió que se acercaba cojeando lo más rápido que podía, pero también supo que su hermano había llegado demasiado tarde. Ya estaba atrapado en las fauces de la muerte.

Y entonces algo chocó contra ellos, enviando a Misha y a Cara Cruzada rodando por la nieve. Tras la colisión, oyó un gruñido gutural. Cuando se puso en pie, vio a su madre enfrentándose al lobo. Había olvidado que ella dormía en la guarida. El sonido del conflicto la había alcanzado a través de su sueño y había pasado directamente del sueño a la acción. Salió disparada de la guarida, cogió velocidad y se estrelló con todas sus fuerzas contra Cara Cruzada, justo cuando el lobo estaba a punto de arrancarle la garganta a Misha.

El impacto tiró a Cara Cruzada de espaldas, pero fue más la sorpresa que el peso o la fuerza lo que la desequilibró. Con apenas una pausa, la loba estaba de nuevo a cuatro patas, la ira ahora mezclada con su hambre.

Su plan había sido sencillo. Había comido muchos perros a lo largo de su vida: perros callejeros perdidos en el bosque o perros guardianes en las granjas de los límites de la nueva tierra salvaje. Eran fáciles. Eran débiles. No sabían luchar para matar. No tardaría más que unos segundos en agarrarlos por la garganta. Luego los ahogaba o les desgarraba la carne y las arterias, dejándolos desangrarse mientras ella esperaba pacientemente.

Dos perros siempre eran un reto mayor. Estaba segura de que dos perros significaban simplemente dos comidas, pero matar al primero la dejaría un poco vulnerable. Existía la posibilidad de que con sus dientes en la garganta de un perro, el otro se arriesgara a morderle los flancos o las patas traseras. No importaba mucho. Una mordedura de perro solía ser tan grave como un mordisco de uno de sus propios cachorros.

Pero había algo un poco diferente en estos dos cachorros. Algo no completamente perruno. Y la forma en que estaban hombro con hombro... Así que había decidido separarlos, usando su treta de *"soy amistoso".* Sabía que el ansioso vendría a jugar... Y el cojo, bueno, podía esperar.

De alguna manera se había perdido la tercera, la perra. La nueva nevada, el viento soplando detrás de ella. Pero aún así, debería haberlo sabido.

Misha se había puesto en pie tambaleándose y Bratan había conseguido por fin unirse a su hermano. Y ahora había tres perros frente a ella. Tres perros que conocían sus trucos. Tres perros que sabían que sus vidas estaban en juego. Tres juegos de dientes. . .

Un lobo siempre matará a dos perros.

Dos lobos podrían matar a cinco perros, seis. Uno para atacar, otro para cubrirse mientras el otro atacaba.

Pero un lobo contra tres perros era... incómodo.

Y esta perra, la madre de los cachorros, también era inusual. Grande, aunque no como un lobo. No grande como algunos de los perros que había matado, cuyo tamaño los hacía lentos. Cuyo tamaño los hacía estúpidos. Cuyo tamaño los hacía... deliciosos.

No, este perro no era así. Este perro era astuto. Este perro era peligroso.

Pero valía la pena intentarlo, ¿quizás? Si ella podía atraer a uno de nuevo, lograr una muerte rápida, entonces, bueno, ¿quién sabía?

Una vez más, Cara Cruzada se tumbó en posición de juego. Una vez más, su lengua se movió alegremente. *Todo había sido un malentendido. Un error. Era diversión y juegos. Seamos amigos.*

En un instante, Madre atacó. No fue el ataque de un lobo con intención de matar. Eso habría significado un enfrentamiento cercano y eso habría significado la muerte. Fue un rápido y salvaje chasquido que arrancó la oreja de Cara Cruzada casi por completo, dejándola colgando de un colgajo de piel. Asombrado, Cara Cruzada aulló de agonía. Por primera vez en muchos años, retrocedió y se dio la vuelta para huir.

Madre se abalanzó de nuevo, pensando en aprovechar su ventaja.

Fue un error.

Si Cara Cruzada se hubiera dado la vuelta del todo, Madre podría haberle mordido la cola o las ancas y haber escapado antes de que las mandíbulas chasqueantes volvieran para vengarse. Pero Cara Cruzada sólo se había girado a medias y aún conservaba su velocidad y su fuerza, aunque la sangre de su oreja desgarrada le llegara a los ojos. Giró sobre sí misma y se enfrentó a su madre con un salvaje chasquido.

Con su habitual precisión, sus dientes encontraron la garganta de Madre.

Pero esta garganta estaba... mal. Sus dientes no se hundieron, como debían. Encontraron la resistencia de una gruesa banda de cuero. La mordedura se deslizó lejos de la zona fatal y en su lugar se fijó en el lado del cuello de Madre. Un lobo tiene un pelaje denso allí y una piel dura. El pelo del cuello de Madre era más grueso que el de la mayoría de los perros, y más grueso aún en su abrigo de invierno, pero ella no era un lobo.

El cuello de la madre. Un lobo tiene un pelaje denso y una piel dura. El pelo del cuello de Madre era más grueso que el de la mayoría de los perros, y más grueso aún en su abrigo de invierno, pero no era un lobo.

Los dientes mordían y mordían con fuerza. Era piel y carne, más que venas y arterias lo que se desgarraba, pero el dolor era intenso, el peligro grave. Una vez que la loba tuviera al perro en sus garras, sería el fin para Madre. Ella simplemente no tenía la fuerza para luchar su camino fuera de esas mandíbulas.

Pero ella no estaba sola. Misha estaba lleno de odio por este lobo. Ladró y chasqueó a Cara Cruzada. Él nunca había luchado, aparte de contra Bratan, nunca había salvado nada más grande que una rata gorda. No sabía dónde ni cómo atacar. Pero era valiente y la pasión por luchar corría caliente dentro de él.

Cara Cruzada, sin embargo, era sabio en los caminos de la muerte. Sabía que este cachorro no era importante para determinar el resultado de la lucha. Mata a la Madre, mátalos a todos. Y eso no llevaría mucho tiempo.

Entonces sintió una terrible agonía. Era el otro, el perro cojo. Su mente había estado concentrada en agarrar mejor el cuello del adulto, con la leve distracción de los ladridos del cachorro. No había percibido la aproximación del perro cojo. Tenía la cara hundida en el cuello de Madre y una pata sobre el hombro, inmovilizándola. Era la pata que Bratan había mordido, con los dientes crujiendo a través del pelaje y la carne hasta el hueso. El hueso de la pata delantera era el punto débil del lobo. Si se rompía, el lobo moría, sobre todo si buscaba comida por su cuenta, lejos de la manada.

Cara Cruzada no tuvo más remedio que soltar su agarre para poder contraatacar a la coja. Pero el lobo tuvo que arrastrarse sobre Madre para alcanzarlo y eso significó que su vientre se deslizó justo sobre las mandíbulas que esperaban a Madre. Y Madre mordió tan fuerte como pudo. Cara Cruzada

aulló y saltó fuera del camino. El salto arrancó su pierna de la boca de Bratan, aunque el pelo y la piel quedaron atrás.

Ahora había sangre mezclada en la nieve, de Madre y Cara Cruzada. La loba retrocedió lentamente, jadeando, con la lengua fuera, moviendo los ojos de un perro a otro. Los tres estaban hombro con hombro de nuevo y avanzaban con paso firme, gruñendo.

Cara Cruzada sabía que estaba vencida. Por ahora.

Volveré. Volveremos. Y los mataremos a todos.

Antes de que los perros se acercaran lo suficiente para atacar, ella se había ido.

CAPÍTULO 14

EL BOSQUE ROJO

Partieron esa misma noche.

La nieve volvía a caer a borbotones y la madriguera estaba caliente, pero madre acosó y chasqueó a los hermanos hasta que se pusieron en marcha. Había luna llena, pero brillaba débilmente a través de las pesadas nubes cubiertas de nieve. Subieron la colina, atravesaron el territorio de los tejones y bajaron hacia el bosque.

No era su tierra. Las huellas y los caminos entre los árboles eran extraños. Los olores eran los mismos y a la vez diferentes, transformados por el terreno desconocido en algo nuevo y amenazador. Bratan, por supuesto, les hizo ir más despacio. Ahora tenía más resistencia y no necesitaba parar a descansar tanto como antes. Pero cada hora se detenía, daba tres vueltas, se hundía en la nieve y se hacía un ovillo. Misha, mirando hacia atrás, se daba cuenta de que tenía que descansar y se tumbaba a su lado para compartir su calor.

Mamá estaba agitada y ansiosa. Cada vez que se detenían, volvía sobre sus pasos y escuchaba. Sabía que la manada de lobos vendría. No sólo para vengar las heridas de Cara Cruzada, sino porque nunca tolerarían una guarida enemiga cerca de su territorio. Y los aullidos mostraban que el territorio de los lobos se estaba expandiendo.

También sabía que deberían haber matado a Cara Cruzada. Podrían haber sido capaces, los tres. Pero no los tres habrían sobrevivido. Y si la que hubiera muerto hubiera sido ella, entonces sus cachorros –aunque ya eran casi adultos– seguramente no habrían sobrevivido el resto del invierno.

Así que dejó que el lobo se escabullera, murmurando amenazas y maldiciones.

Ahora tenían que poner distancia real entre ellos y la manada de Cara Cruzada, así que después de cada breve descanso, los condujo de nuevo.

Por la noche, bordearon una pequeña manada de bisontes tumbados en un claro. Sus formas oscuras eran enormes contra la nieve, más parecidas a rocas marrones que a animales. El olor de los perros que pasaban hizo que un centinela gruñera y resoplara, y los perros vieron el aliento de la gran bestia vaporizarse a la luz de la luna. Misha sintió el impulso de investigar por si había crías o enfermos entre ellos, pero Madre no se detuvo, y él la siguió, de mala gana.

Un búho ululó. La ágil sombra lunar de un armiño correteó por su camino antes de desaparecer en alguna madriguera en la nieve. Pero aparte de eso, el bosque estaba en silencio.

Poco antes del amanecer, los tres perros se refugiaron bajo el tronco de un abeto caído. Los tres tenían frío, estaban hambrientos y cansados, e incluso mamá durmió, al final.

Al día siguiente, siguieron conduciendo a través de la nieve que caía. Madre no tenía ningún destino en mente, sólo la distancia. Sin embargo, después de un tiempo, los recuerdos se agitaron. Hacía mucho tiempo que había atravesado estos bosques. Y no había estado sola. Había corrido al lado de un gran lobo negro azulado, y habían cazado jabalíes juntos sin temer a nada.

Pero ahora, con estos dos adolescentes, le temía a todo. Todas sus otras camadas habían quedado en nada. Algunos cachorros habían nacido muertos. Algunos nacieron vivos y sin embargo mal, y ella había sabido desde el principio que tarde o temprano morirían. Ahora era vieja y estos eran los últimos cachorros que tendría. Su última oportunidad. Sólo una oportunidad, en realidad. Sentía un amor maternal feroz por los dos, pero sólo uno la llenaba de esperanza, la esperanza genética y biológica que un animal siente en el alma. El otro moriría, tarde o temprano, y por eso siempre había contenido parte de sus cuidados.

Sin embargo, cuando llegó su primer gran desafío, Bratan había luchado, y había luchado bien. Fueron sus fuertes mandíbulas las que la liberaron de las garras mortales de Cara Cruzada. Así que tal vez, tal vez...

Siguieron por el bosque hasta llegar a un arroyo helado. Siguieron el arroyo durante una hora, abandonándolo cuando empezó a curvarse hacia las tierras de los lobos. A veces se encontraban con chozas derruidas en el bosque. Los tejados se habían derrumbado y las paredes de madera estaban podridas y astilladas. Las ventanas estaban abiertas, con los cristales rotos o desaparecidos. Y el olor de los humanos no estaba en ninguna parte, no sólo oculto bajo la nieve, sino perdido para siempre. Aun así, aquellas ruinas traían recuerdos a Madre.

No había nada que comer. En su propia parte del bosque, conocían los buenos lugares, donde incluso en tiempos difíciles podían encontrar gusanos o larvas o ratones. Aquí sólo había nieve, tierra fría, árboles desnudos y el miedo que les empujaba a seguir adelante.

Pronto llegaron a lo que Misha pensó que era otro arroyo helado, pero no serpenteaba como un arroyo. Se movía en línea recta por el bosque. La madre lo había visto antes, pero los cachorros no. Misha corrió hacia el espacio despejado y sin árboles, extrañamente excitada por ello. Bratan se detuvo, olfateó la superficie. Había algo extraño bajo la nieve. Algo distinto a todo lo que había encontrado.

Pero Madre no se detendría, ni para que Misha jugara, ni para que Bratan se inquietara, ni para el viejo camino.

En el otro lado, un cambio se produjo en el bosque. La mayoría de las transiciones en la naturaleza son graduales, pero ésta fue casi tan repentina, tan antinatural, como el camino. Habían estado abriéndose paso entre una mezcla de abedules y pinos, los pinos aún verdes y la plata deslustrada de los abedules

mezclándose sutilmente con el blanco de la nieve. Pero, de repente, todos los árboles eran de un color óxido uniforme, casi rojo. Y aunque la vida vegetal del viejo bosque se había retirado o permanecía latente bajo los embates del invierno, *nunca* hubo duda de que el bosque estaba vivo.

Aquí sólo había muerte.

Algunos árboles habían caído, no por los aires ni por los aires, sino desplomados en su agonía. Ningún pájaro volaba por encima. Ni un cuervo, ni una paloma. No había nada. Ni siquiera la tierra tenía vida, sin milpiés ni lombrices.

El lugar era odioso y los tres querían escapar de la muerte roja. Bratan se volvió hacia el camino y Misha lo siguió rápidamente. No soportaba aquel lugar espantoso, donde ni siquiera un escarabajo arrastraba su caparazón negro entre los helechos esqueléticos.

Madre los llamó, con dureza. Comprendió que ningún lobo querría seguirlos a través del bosque rojo.

Los guió hasta que encontraron un viejo sendero humano a través de la desolación. Aquí y allá se habían clavado postes de madera en el suelo, con señales clavadas en la parte superior.

Misha se detuvo ante uno y estaba a punto de marcarlo con su olor, hasta que el gruñido de Madre le recordó que debían atravesar el terreno sin dejar un rastro demasiado evidente.

Poco después encontraron un tejón muerto, tieso en la nieve. Misha nunca había comido tejón, pero tenía tanta hambre que estaba dispuesto a intentarlo. Estaba congelado, por supuesto, lo que había impedido que se pudriera, pero eso también lo convertiría en una comida difícil de masticar. Sin embargo, era

extraño que ningún cuervo hubiera venido a por los ojos del tejón. Bratan se acercó a él y olfateó el cadáver. Era imposible averiguar qué había matado al tejón. No tenía marcas de un final violento, ni era un flaco saco de huesos que hubiera muerto de hambre en el largo invierno.

Madre se acercó cautelosamente y olfateó. Su labio se curvó.

No.

Los perros dejaron al tejón intacto.

Por la tarde, el bosque rojo volvió a ser verde. Pero los perros querían poner tanta distancia como pudieran entre ellos y las tierras muertas, y no se detuvieron.

CAPÍTULO 15

UN REFUGIO

Encontraron la casa justo cuando oscurecía. No era una casa de campo aislada ni una cabaña del bosque, sino una casa moderna, construida junto a una carretera estrecha. Al igual que en las otras chozas que habían visto, no había olor humano persistente.

Pero los perros seguían nerviosos. Olfatearon las paredes exteriores y mamá levantó las patas delanteras e intentó mirar por una ventana rota.

Habían tirado la puerta abajo. Los saqueadores habían asaltado el lugar mucho antes. Mientras Madre y Bratan se quedaban fuera, Misha se escabulló entre ellos y se adentró en la penumbra de la casa. Había sillas y mesas desparramadas por el suelo, y algunas habían sido rotas y astilladas para hacer leña. Abajo había una cocina, de la que habían arrancado todo lo útil. Junto a ella había una sala de estar, con una alfombra podrida y periódicos viejos esparcidos por todas partes. En el vestíbulo había un armario, todavía lleno de abrigos apolillados y chaquetas enmohecidas.

En algún lugar de la casa, Misha oyó un ruido: el inconfundible correteo de una rata. Las ratas nunca estaban solas. Misha metió la nariz en todo, intentando localizarlas. Bratan y Madre superaron su nerviosismo y se unieron a él. Subieron corriendo las escaleras de madera y saltaron sobre las camas. Había un cocodrilo de peluche en una habitación y una muñeca rota en otra, con un brazo y un ojo, perfectamente metida en la cama. Misha fue a investigar el cocodrilo y le dio un mordisco juguetón. El cocodrilo emitió un fuerte gemido y los tres perros se asustaron. Bajaron corriendo las escaleras, tropezando unos con otros en su huida precipitada. Cuando el monstruo no los persiguió, volvieron avergonzados a su exploración.

Finalmente, localizaron a las ratas. Junto a la cocina había una pequeña despensa. Los estantes aún estaban llenos de botes de encurtidos y conservas caseras, mientras que en el suelo había un viejo saco de arroz, muy mermado y mezclado con excrementos de rata. En un rincón de la despensa había un agujero del tamaño de una rata en el zócalo.

Así que había comida en potencia. Y lo que es más importante, había refugio. Ahora la nieve caía en copiosas ráfagas y la casa estaba seca y relativamente caliente. Los tres perros volvieron a subir las escaleras y durmieron en la cama que una vez perteneció a una niña que había dejado atrás su muñeca cuando su familia había huido.

Y mamá recordó, vagamente, a una niña. . .

Por la noche, Misha se despertó cuando Madre saltó de la cama. Pero luego volvió a cerrar los ojos cansados. La siguiente vez que se despertó, fue para ver cómo mamá dejaba caer al suelo, a la luz del amanecer, la tercera de tres jugosas ratas cebadas con arroz. Esa mañana desayunaron bien.

Ese día exploraron su nuevo barrio. La casa estaba en la linde del bosque. Más allá había una red de campos. El bosque iba ganando terreno a los campos, a medida que los sauces y abedules crecían lejos de la sombra de los viejos árboles.

Los campos estaban separados por canales y zanjas de drenaje. Los canales aún estaban helados y eran una forma fácil y rápida de viajar. Aquí también había buenos olores. Ciervos, conejos y gordos topillos acuáticos.

Pero también había un olor muy diferente que Misha recordaba de su antiguo territorio. Encontraron una mancha de nieve empapada de sangre. A su alrededor había huellas de patas, más redondas que las almohadillas de un lobo y curiosamente sin garras. Un poco más lejos, encontraron la cabeza de un conejo. Misha y Bratan estaban lo bastante hambrientos como para pelearse por la cabeza, a pesar del insidioso e inquietante olor de la criatura que lo había matado.

Después de encontrar la presa, madre estaba nerviosa y vigilante. Los condujo rápidamente de vuelta a la casa, pero no se instaló allí, inquieta y alborotada. A Misha le preocupaba que volviera a trasladarlos, a pesar de que aquí tenían una buena guarida con la promesa de abundante comida. Y sus temores se confirmaron cuando, a pesar de las quejas de Bratan, ella los llevó en una larga caminata, comenzando de nuevo en el bosque, luego bordeando el nuevo bosque y conduciéndolos a lo largo de los canales. Al final, no encontró nuevas señales de peligro y decidió que los beneficios de quedarse eran mayores que los riesgos.

Así que hicieron de la casa su guarida.

Los días siguientes fueron buenos. Las ratas aprendieron pronto que era peligroso asaltar la despensa, pero el invierno es duro para las ratas, y de vez en cuando alguna audaz lo intentaba.

Madre era la mejor cazadora, por supuesto, pero Misha consiguió atrapar a dos rezagadas, saltando sobre ellas desde más allá de la puerta, como un gato. Las dos ratas le habían costado probablemente cincuenta saltos semejantes, pero incluso cuando fallaba, la persecución era estimulante.

Bratan, por una vez, eclipsó a su hermano. Su método consistía en acechar, en silencio, junto al agujero del zócalo, y cuando una rata curiosa

asomaba la cabeza, él saltaba. Podía tener que esperar todo el día, pero nunca fallaba.

Su único intento de cazar ratas juntos no fue un éxito. Bratan llevaba horas esperando junto al agujero. Finalmente, al caer el crepúsculo, su rata empezó a tantear el aire, con la punta de la nariz y algunos bigotes asomando por el agujero. Y al igual que Bratan esperaba dentro de la despensa, Misha estaba al acecho fuera, decidido a robar la rata para sí mismo y adelantarse a su hermano.

Ocurrieron tres cosas casi simultáneamente. La rata corrió hacia el arroz. Bratan preparó su agarre. Misha saltó por la puerta.

El resultado fue un caos. Distraído, Bratan no vio a la rata, sus mandíbulas se cerraron en el aire. Intentó agarrar por segunda vez, girando el cuerpo para alcanzar a la rata, pero Misha cayó justo encima de él y ambos cayeron al suelo enredados. La rata aterrorizada encontró el camino de vuelta al agujero bloqueado. Las ratas nunca corren a través de espacios abiertos cuando pueden evitarlo, así que corrió a lo largo del zócalo, tratando de encontrar otra ruta hacia la seguridad. En la esquina de la despensa, un cable eléctrico le ofrecía suficiente agarre para trepar, y se deslizó rápidamente hacia arriba.

No lo bastante rápido.

Los dos perros volvieron a ponerse en pie, ladrando salvajemente el uno al otro, a la rata, por la alegría de la caza. Misha vio a la rata trepando hacia las estanterías, cargadas con sus antiguos tarros de encurtidos y mermelada. Saltó hacia ella, abandonando el suelo con las cuatro patas. Pero su salto fue irremediablemente mal dirigido y se estrelló contra una de las estanterías, haciéndola caer junto con otras dos sobre sus cabezas. Los tarros se hicieron añicos y la rata escapó de nuevo por el agujero, chillando de alivio.

Madre apareció en la puerta. Observó el caos con desdén.

Aquella noche cenaron mermelada de ciruelas, nueces en vinagre y chucrut. Más tarde, el dormitorio resonó con el sonido de las flatulencias caninas y a la mañana siguiente el aire estaba tan espeso como la salsa.

CAPÍTULO 16

EL BERUCO

Los perros se refugiaban en la casa, comiendo ratas hasta que las ratas ya no venían, y cogiendo el forraje que podían de los campos y bosques circundantes: un topo por aquí, un zorro muerto por allá. Madre mató a un conejo enfermo, que vagaba ciego y trastornado, pero los perros no quisieron comérselo, disuadidos por el hedor de la enfermedad y la locura. Pero el invierno fue largo y al final el hambre empezó a retorcerse en sus entrañas como un ser vivo, un ser que se los comía. Finalmente, volvieron al conejo y se lo comieron, sin dejar nada más que los dientes y los huesos de la mandíbula.

Fue entonces cuando Madre decidió que, fueran cuales fueran los peligros, tenían que buscar más comida. Sabía que necesitaban algo más que huesos secos y piel. Necesitaban carne fresca.

Durante tres días vagaron en círculos cada vez más amplios. Había olores tentadores y de vez en cuando veían una liebre que desaparecía por una cresta. Finalmente, encontraron una paloma, matada y desplumada por un azor. Trituraron y tragaron los huesos y las plumas restantes. Mala comida, pero mejor que nada.

Al cuarto día, salieron al amanecer como de costumbre, pero esta vez Madre se volvió y le lanzó un chasquido a Bratan. Él se detuvo en seco en la crujiente nieve. Misha y Madre continuaron, y Bratan les siguió, sólo para que Madre se volviera y gruñera de nuevo. Era demasiado lento. Necesitaban ir lejos. Él debía quedarse. Bratan se sentó en la nieve y observó a los demás desaparecer entre los árboles, con gemidos y quejidos escapando de sus labios. Y luego los siguió. Dos veces más Madre intentó hacerle retroceder, pero cada vez él aceptaba pasivamente sus mordiscos y golpes y seguía adelante.

Y así Bratan estaba allí cuando los perros, flacos y demacrados ahora, y salvajes por el hambre, hicieron su primera, y su última, verdadera matanza como manada.

Madre captó el olor de un corzo donde había cruzado un canal helado. Un corzo normalmente habría sido demasiado para ellos. Sus astas eran cortas pero afiladas, y podían herir gravemente o incluso matar a un perro, y sus pezuñas podían pisotear con un efecto igualmente letal. Pero Madre sabía por el olor que este ciervo estaba en malas condiciones. Podía sentir algo podrido, una herida infectada o alguna otra dolencia profunda que goteaba veneno.

El rastro no era ni viejo ni muy fresco, pero la promesa de una fuente de alimentos que bien podría durar una semana fue suficiente para mantenerlos en marcha. Entraron y salieron de los bosques más densos, luego regresaron al canal, siguiendo el camino serpenteante del gamo.

Ahora estaban en un territorio completamente desconocido. En un par de ocasiones perdieron el rastro y corretearon frenéticamente de un lado a otro hasta volver a encontrarlo, aterrorizados por si la larga cacería no había servido para nada. Pero, cada vez, recuperaban el rastro y cada redescubrimiento les daba nuevas energías. Se sentían aún más cerca de su presa que si nunca la

hubieran perdido. Y poco a poco el rastro de olor se hizo más rico y denso con la promesa de la sangre.

Salieron de entre los árboles y entraron en otro de los caminos rectos que atravesaban el bosque. El asfalto se había resquebrajado bajo la nieve, y la maleza y los arbolillos se abrían paso hacia la luz. Cuando Madre olfateó el arcén, se dio cuenta de que el ciervo se había resistido a entrar en aquel espacio extraño y ajeno, pero entonces, impulsado por alguna fuerza, el ciervo había cruzado, dejando tras de sí su fuerte y corrompido olor.

Siguieron adelante a través de los árboles del otro lado del camino. Bratan hacía todo lo posible por seguirle, pero los otros dos tuvieron que detenerse dos veces para esperarle. Incluso Misha, normalmente tan comprensivo con las necesidades de su hermano, se volvió inquieto e irritable, con el temperamento acortado por el miedo a que pudieran perder el premio. Madre se volvió más dura con él, gruñendo y mordisqueando cuando Bratan por fin le alcanzó.

Pero los tres sentían una creciente excitación. El olor del ciervo herido era ahora como un camino resplandeciente ante ellos. Madre ni siquiera necesitaba hundir la cabeza en la nieve para seguirlo.

Al principio, no vieron al ciervo y siguieron más allá de la zona de helechos. Pero a los pocos metros, Madre se detuvo, olfateó y dio media vuelta. Bratan y Misha se erizaron de alegría. Sabían lo que eso significaba.

Madre se movió silenciosamente hacia los helechos, cada pata levantada y luego bajada con infinito cuidado. A pesar de sí misma, un gruñido bajo salió de su garganta, respondido, emocionantemente, por un susurro en los helechos.

Madre se detuvo. Los hermanos se acercaron, Bratan a la izquierda y Misha a la derecha. En el corazón del helecho yacía el ciervo. Había aplastado los helechos allí en su angustia agonizante. Pero ahora estaba tranquilo, con las piernas dobladas delicadamente debajo de él. Sus cornamentas cortas aún estaban cubiertas del suave terciopelo que se habría vuelto raído y se habría desprendido en primavera, a tiempo para el celo estival. Su suave pelaje pardo grisáceo estaba desfigurado en la grupa por tres profundos cortes, cubiertos de sangre seca y moteados por una infección amarilla.

Sin levantar su hermosa cabeza, miró a los perros con ojos enormes. Bratan gruñó y empezó a acercarse al ciervo, con el cuerpo tenso y excitado por la lujuria de la matanza. Pero Madre lo bloqueó con el hombro, respondiendo a

su gruñido con uno propio. Y luego se tumbó con la nariz hacia el ciervo, y después de unos momentos de incertidumbre, sus cachorros se tumbaron a su lado, los tres compartiendo su calor mientras la tarde se convertía en crepúsculo.

Al cabo de un rato, las crías se durmieron y, cuando despertaron, había oscurecido y el ciervo estaba muerto.

CAPÍTULO 17

JUGUETES

Los tres perros comieron hasta que no pudieron moverse, ni siquiera se molestaron en ladrar a los cuervos y las urracas que picoteaban los restos del ciervo. Primero se dieron un festín con los órganos blandos y calientes, el hígado, los riñones y el corazón. Luego se alimentaron de lo que quedaba de grasa tras el largo invierno.

Misha nunca había estado tan llena ni tan contenta.

Había oscurecido cuando mamá los despertó. Pateó la nieve y la hojarasca congelada sobre el cadáver, y los cachorros se unieron, dispersando al azar el desorden.

El viaje de vuelta a la casa fue más corto sin las curvas del ciervo moribundo, pero los perros fueron más lentos, agobiados por la comida. Una vez, Madre se detuvo, con la nariz en alto. Misha y Bratan se detuvieron también y olfatearon, tratando de captar lo que ella había detectado, pero no había nada. Misha, sin embargo, pensó que había una quietud inusual en el bosque y sintió un escalofrío de inquietud.

Mamá se puso de nuevo en marcha, con un poco más de urgencia, y finalmente llegaron a casa. Los tres durmieron profundamente en la vieja cama y sólo una vez en la noche los sentidos de Madre se agitaron. Se despertó a medias, escuchó y, satisfecha, acarició con el hocico a sus cachorros.

Al día siguiente, los tres perros holgazaneaban, disfrutando de la sensación de saciedad en sus vientres aún distendidos. Bratan y Misha jugaron como hacía meses que no lo hacían, forcejeando y correteando por la casa, y luego corriendo por el exterior, mordisqueando la nieve. Mamá no se unió a ellos. Ya era vieja y le dolía la cadera tras la larga caminata del día anterior.

Se tumbó en una de las camas, con la nariz junto al cocodrilo de peluche que chirriaba al morderlo. Al caer la tarde, cogió el cocodrilo y se fue con él al otro dormitorio, con la muñeca. Allí se tumbó con el cuerpo curvado alrededor de los juguetes, que aún conservaban algo del olor de los niños que los habían amado. O si no el olor de ellos, la huella de su amor, que ni siquiera los largos años podían borrar.

Cuando Misha y Bratan se cansaron por fin de sus juegos, encontraron a Madre tumbada en la cama y, en lugar de saltar junto a ella, buscaron otros lugares de la casa para dormir. Por la noche, sin embargo, volvieron sigilosamente a la cama para acurrucarse junto a mamá. Pero la encontraron despierta y alerta, con la nariz en el aire y las orejas aguzadas, como si presintiera algo peligroso en el bosque cercano.

Al cabo de un rato, los tres se calmaron. O, no, los cinco: Misha, Bratan, Madre y los dos juguetes, perdidos pero ahora brevemente queridos de nuevo.

A la mañana siguiente, el hambre –no la molesta agonía de la inanición, sino simplemente el conocimiento rutinario de que era hora de comer– regresó. Así que los tres perros salieron una vez más en busca del cadáver del ciervo.

CAPÍTULO 18

EL ASESINATO

El lince no quería lo que quedaba del ciervo. Le gustaba matar para sí mismo, no hurgar en las sobras masticadas y manoseadas de otros. El gato era un comedor delicado. Un delicado asesino. El lobo era un asesino tosco y torpe comparado con él. Una manada de lobos perseguía a su presa, agotándola, separando a los débiles de los fuertes. Y la muerte por lobo rara vez era rápida. Un lobo agarraba una pata trasera y se aferraba. Otro intentaba agarrar la nariz. Un tercero se aferraría a la garganta. Un cuarto, un quinto, trataría de desgarrar el vientre. Con un corzo o una cría de bisonte, eso no llevaría más de unos

minutos. Pero si la víctima era un alce o un bisonte adulto, el drama podía durar una hora.

La muerte por lince era un asunto más rápido. Acechaba en silencio a través de la maleza, poniendo cada pata con infinito cuidado, hasta que estaba lo suficientemente cerca como para saltar. Su mordida asesina preferida, especialmente con presas más grandes, sería en la garganta. Los largos dientes se deslizaban fácilmente a través de la tráquea, y la muerte por asfixia o pérdida de sangre se producía rápidamente.

A veces se podía mirar a la criatura muerta y no ver signos de que su final hubiera sido violento en absoluto. El ciervo, o el cerdito jabalí, podían estar casi dormidos. . .

Así que no, no iba a comerse los restos del ciervo que los perros habían destrozado.

No estaba aquí por la presa, sino por los cazadores.

CAPÍTULO 19

PERROS Y GATOS

Había algo diferente por la mañana. El aire era más suave, sin la mordacidad y la brusquedad que había tenido durante todo el invierno. Y se veían algunas manchas verdes y marrones a través de la capa de nieve.

Se acercaba la primavera.

Misha lo notó, pero su mente estaba ocupada con la fiesta que se avecinaba.

Madre guiaba el camino, pero Misha y Bratan conocían el sendero tan bien como ella. Después de un rato, Misha notó algo extraño. Bratan les seguía el ritmo: no había ninguna de las frecuentes paradas para esperar a que lo alcanzara. Al principio Misha pensó que se debía a que su hermano se movía con más facilidad. Luego se dio cuenta de que no era que Bratan fuera más rápido: todos iban más despacio. Era extraño. Sabían adónde iban. El viejo olor del ciervo moribundo era más tenue pero aún detectable, y también había su propio aroma familiar entremezclándose con el del ciervo.

Era Madre quien les estaba frenando. Ese trote vivo, urgente y alerta que él había seguido durante tanto tiempo era... diferente. No cojeaba, pero tampoco se deslizaba. Pisaba con dificultad. Su cola, normalmente alta, había caído casi hasta el suelo del bosque.

Madre era vieja.

Fue bien entrada la tarde cuando llegaron al cadáver. Misha sintió al instante que había algo que no encajaba en la escena. Pasaron unos momentos antes de que se diera cuenta de lo que era.

Pájaros.

Debería haber pájaros. Los cuervos siempre eran los primeros en encontrar una presa, picoteando los ojos o los labios. Luego se les unían los cuervos carroñeros y las urracas.

Pero no había nada. No, no había nada. Arriba, en los árboles desnudos, Misha los vio esperando en silencio: urracas, cuervos, cuervas.

Madre ya estaba junto al cuerpo del ciervo, husmeándolo, raspando la nieve con las patas. Y Bratan la seguía.

Misha seguía desconfiando. Pero madre siempre había sido la cautelosa, la que olfateaba el aire, la que escuchaba el viento, la que los alejaba a toda prisa cuando no todo era seguro.

Misha observó a los otros dos comer durante un rato, tratando de oler y escuchar el peligro, desempeñando el papel que normalmente habría correspondido a Madre. Pero pronto la vista de los otros dos comiendo, sus cabezas ahora enterradas profundamente en el abdomen del gamo, fue demasiado para resistirse.

La primera señal fue un chillido de urraca que instantáneamente llenó la cabeza de Misha con el mensaje PELIGRO. Bratan y Madre también lo oyeron. Dejaron de comer y empezaron a alejarse de los ciervos.

Y entonces Misha percibió una caricia casi delicada a lo largo de su flanco, siguiendo la línea de los músculos desde el hombro hasta el muslo. Al mismo tiempo, sintió el ruido sordo de algo que aterrizaba cerca de él. Oyó un aullido de dolor, sorpresa y rabia, se encogió hacia un lado, miró hacia atrás y vio... un borrón. Demasiado rápido, demasiado para que su mente lo asimilara. Pero su mente no estaba al mando. Los músculos de su cara se contrajeron en un gruñido y se abalanzó, rompiendo.

El lince había estado esperando, en silencio, pacientemente, entre la maleza a que regresaran los perros. Y mientras ellos comían, él se había acercado más y más, hasta que estuvieron a su alcance. Su objetivo era el perro del medio, Bratan. Había sentido el poder en esos enormes hombros y quería incapacitarlo rápidamente. Pero dejó que sus garras como guadañas tocaran el flanco del otro perro joven. Ni siquiera fue un movimiento calculado. Lo hizo para experimentar la vertiginosa alegría de la laceración, el poder del dolor.

Fue un error, un exceso de elaboración que echó por tierra la precisión de su zarpazo. Debería haber aterrizado de lleno en la espalda de Bratan y entonces un rápido y duro mordisco en el cogote le habría dejado fuera de combate para siempre. Pero aterrizó en el hombro, no en la espalda, y se deslizó, golpeando piel y pelaje con sus garras.

Ese primer salto sorpresa debería haber significado que la batalla había terminado antes de empezar. Pero ahora tenía que luchar contra tres perros. Dos estaban heridos y uno era viejo y débil. Pero cada uno gruñía, se abalanzaba, mordía. La vieja hembra era hábil y astuta, se acercaba para morder y luego se alejaba antes de que el lince tuviera tiempo de arañarla.

Y ahora ambas partes retrocedieron, los perros jadeando, sangrando, el lince un poco alterado pero ileso.

Aunque el corte a lo largo del costado de Misha sangraba libremente, él no era consciente de ello. El hombro de Bratan estaba salpicado de profundas heridas punzantes de las garras, pero él también seguía lleno de lucha. Madre se había deshecho de su cansancio. Incluso parecía más grande, con los pelos de su pelaje blanco y puro de punta.

Poco a poco se fue alejando del gato. Bratan y Misha retrocedieron con ella, los tres gruñendo, con los labios negros despegados de sus dientes blancos. El lince se limitó a observarlos. Y luego, en un alarde de relajación desdeñosa, se lamió una pata y se alisó el pelaje siempre ligeramente erizado del cuello y la cabeza.

Los animales estaban ahora a tres metros de distancia: un salto fácil para un lince. Misha y Bratan gotearon sangre en la nieve, y Madre la olfateó rápidamente, sin apartar los ojos del gato.

Sabía lo que tenía que hacer.

Vamos.

Misha y Bratan miraron a Madre, perplejos. El lince empezó a merodear a un lado, dejando cada gran almohadilla en silencio.

¡Vamos! volvió a chasquear Madre. Fue un sonido tan agudo y doloroso como la rotura de un hueso.

Misha miró a Madre y vio que todo su ser estaba concentrado en el lince. Luego miró al gato salvaje y vio por primera vez que estaban condenados.

El lince se movía despacio todo el tiempo, dando vueltas tranquilamente. Sus ojos anaranjados los observaban, y Misha se llenó de una sensación de debilidad, de impotencia. Los ojos del lince le restaban fuerzas. Con cada paso lento se sentía menos como el perro casi adulto que era y más como un cachorro indefenso. Pero algo en él todavía quería luchar, estar junto a Madre, sus dientes contra el mundo.

Y luego miró a Bratan. Era fuerte pero lento. Él tampoco huiría, ni siquiera si la batalla estuviera perdida. Y esta batalla sólo podía perderse. Los tres eran un partido, justo, para la loba, pero el lince era un asesino en una liga diferente. Misha sabía que su hermano seguramente moriría a menos que pudieran escapar juntos, ahora.

De repente, supo qué hacer. O mejor dicho, sus músculos lo sabían. Gruñó, gruñó, ladró e hizo una rápida embestida contra el lince. Un segundo después, Madre hizo lo mismo. El lince estaba indeciso sobre hacia dónde lanzar sus garras. Misha hizo un contacto breve pero satisfactorio en la pata trasera del gato, y luego retrocedió al instante.

Ven, ladró a Bratan, que había sido demasiado lento para seguir el breve ataque. Bratan miró a Misha, luego a Madre y después al lince.

Una vez más Madre ladró, *¡Ve!* Entonces Misha saltó sobre la nieve, con Bratan detrás.

Así que no vieron que Madre también había asestado un buen mordisco en la cara del lince mientras su atención era captada por los perros que huían.

CAPÍTULO 20

LA LARGA PERSECUCIÓN

En sus cinco años de vida, el lince nunca había conocido el verdadero dolor. Mientras se tambaleaba hacia atrás, intentando comprender lo que había pasado, vio a los dos perros más jóvenes desaparecer entre los árboles. Sus músculos se tensaron listos para perseguirlos, pero entonces su mirada se volvió hacia la hembra, la que se había atrevido a morderle la cara. Primero la mataría a ella y luego iría a por los cachorros.

Y ella debería estar aterrorizada, debería estar huyendo también. Pero *esta vez* era ella la que giraba *lentamente* a su alrededor, ¡como si él fuera la presa!.

No soportaba semejante impertinencia. Prefería, como todos los gatos, el ataque sorpresa, el salto secreto, el mordisco sigiloso. Ahora eso no era posible. Tendría que enfrentarse a los dientes de este perro, y esos dientes ya habían demostrado que podían herirle. Pero él era un lince, y éste era un perro, y los linces matan perros. Se preparó para luchar, extendiendo al máximo sus garras retráctiles y mostrando los dientes en un silbido.

Entonces el perro hizo algo totalmente inesperado. Saltó antes que él. Y no se alejó. Ni siquiera hacía. Saltó por *encima* de él.

Cualquier otro curso de acción habría significado una muerte segura y rápida. Si hubiera huido, el lince la habría alcanzado en pocos pasos y le habría partido la columna entre los dientes. Si se hubiera abalanzado de nuevo sobre él, tal vez le habría dado un mordisco, pero el encuentro habría terminado en cuestión de segundos.

Cogido por sorpresa –y a un lince *nunca* se le coge por sorpresa–, se quedó confuso por un momento, con el cerebro luchando por ordenar la avalancha de información. Levantó la pata, sintiendo sólo aire, y retrocedió de un salto, intentando desesperadamente agarrar al perro por el vientre. Pero llegó demasiado tarde. Aterrizó torpemente –un lince *nunca* aterriza torpemente– de espaldas. Peor aún, su salto a ciegas le había llevado al centro de un zarzal que Madre había visto y pudo esquivar ágilmente. El lince quedó atrapado, arañado, enganchado, enredado, durante unos preciosos segundos.

Ahora estaba furioso. La fría y sigilosa inteligencia de lince había desaparecido. En su lugar estaba el ardiente deseo de venganza.

Hizo una pausa, escuchando. Entonces oyó al perro alejarse torpemente. Ningún lince había hecho nunca un ruido así. Incluso su caída en las zarzas había sido casi silenciosa.

Esperaba alcanzarla sin muchos problemas. Sin embargo, cada vez que salía de un matorral denso, pensando que ella estaría lo bastante cerca para el salto mortal, no encontraba nada. Tenía que detenerse una y otra vez, girando las orejas para captar el sonido del otro animal. Y cada vez el ruido venía de una dirección sutilmente diferente. Un lince no suele emprender una larga

persecución, pero estaba decidido a matar a su presa, así que se puso en marcha de nuevo.

Una, dos veces, vislumbró su pelaje blanco delante de él, luego el perro desaparecía de alguna manera. La blancura debería haber hecho fácil encontrarla, pero todavía había nieve entre los árboles. Parecía capaz de fundirse en ella, hasta que confundió la nieve con el perro y el perro con la nieve.

El lince se detuvo y reflexionó mientras jadeaba. El viejo perro era astuto. Pero los otros dos. . . Uno cojeando, ambos jóvenes. Él mataría este día y sería una doble matanza. Había planeado matar primero a la hembra y luego buscar a los cachorros, pero el camino inverso serviría igualmente.

Justo cuando se giró, oyó un ladrido agudo. Luego otro, y vio a la vieja perra mirándolo a través de los árboles.

¿Cómo podía estar tan tranquila?

Era intolerable. La persecución comenzó de nuevo.

Y madre, ¿en qué estaba pensando? Por un lado, simplemente estaba alejando al lince de sus cachorros. En el fondo sabía que esos dos eran su última esperanza y por eso tenía sentido que sacrificara su vida por ellos. Por otro lado, estaba huyendo por su propia vida y esa vida, que había estado menguando, se encendía ahora por última vez. Los viejos músculos sintieron una nueva fuerza, una nueva resistencia, aunque viniera de agotar lo último de su combustible, lo último de su espíritu.

Pero había un tercer aspecto.

El bosque le resultaba familiar. Un recuerdo lejano de los árboles y de los caminos entre ellos revivía en ella. Había estado aquí antes. A pesar del cansancio y del dolor de sus heridas, sabía que no *huía*, sino que se *dirigía* hacia ella.

Y aquello hacia lo que corría era... su hogar.

A medida que el bosque se volvía más familiar, ella rejuvenecía. Una cachorrita de nuevo, chasqueando las cabezas de las flores, ladrando a las hojas que caían, dándose la vuelta para que le hicieran cosquillas en la barriga. ¿Quién le hacía cosquillas? Un rostro volvió a ella. Un rostro profundamente marcado por las líneas de la edad. Y manos, de venas azules y grandes nudillos. Manos viejas pero fuertes.

¿Y había algo incluso antes de eso? ¿Otro rostro, otras manos?

Manos diminutas. Una cara redonda, suave y blanca como una campanilla de invierno.

Madre se detuvo, atrapada por aquel recuerdo como por un anzuelo. El amor desbordante de la pequeña. Amor que ella le había devuelto, de modo que vivían en una intensa y efímera llama de amor.

Y luego la agonía. La agonía entonces de la separación. Y ahora la agonía de las garras y los dientes.

El lince la había encontrado, la había atrapado. Las garras estaban en su espalda y los dientes en su cuello.

Debería haber sido el fin, pero una vez más aquel grueso collar de cuero retorcido la salvó. Cuando el lince apretó sus mandíbulas, en lugar de que la carne blanda cediera al crujido satisfactorio de la vértebra, había esta inesperada piel dura y nervuda para enganchar sus dientes. Esos dientes eran lo suficientemente largos como para atrapar la piel a ambos lados del cuello, pero el agarre era tenue, y cuando Madre se retorció y pataleó, los dientes cortaron el colgajo de piel y se soltaron. Liberada de su agarre, Madre pudo devolver el mordisco, golpeando de nuevo la cara herida. El lince retrocedió, lanzando un aullido que llenó el bosque. Nunca le habían herido así, y la rabia y el dolor hervían en su interior.

Madre comenzó de nuevo a correr, la sangre fluía libremente de su cuello y hombros. Lo único que la atraía era aquel recuerdo a medias, formado por una vaga sensación de familiaridad y un conocimiento más profundo de que la seguridad estaba más adelante, si lograba alcanzarla. Cada paso era una angustia, y su carrera era más bien un traspiés, pero no se detuvo.

El dolor de su cara arruinada reforzó el deseo del lince de matar a este animal, pero también lo hizo más cauteloso. Sabía que sus garras habían cortado

profundamente, que el corte en la nuca de la perra drenaría su fuerza. Pronto se desplomaría y él esperaría a ver cómo se desvanecía su última fuerza vital. Justo antes del final, se colocaría sobre su enemiga y la obligaría a mirarle a los ardientes ojos ámbar. Entonces le clavaría los dientes en el cuello y bebería su sangre mientras manaba, aún caliente.

Ahora era lo bastante lenta como para no perderla de vista. Avanzaba a trompicones entre la maleza, sacudiendo la nieve de los arbustos desnudos. Podría haberla alcanzado fácilmente con unos pocos pasos. Pero el dolor le hizo recelar. Pronto, pronto... . .

Pero ahora había algo más.

Un malestar comenzó a crecer en su mente. El débil olor de algo extraño y desconocido. No del todo desconocido. Había vivido incendios de verano en el bosque, y esto era definitivamente fuego. Pero también era diferente. Y había otro olor mezclado con el humo. Un olor animal, pero no un animal que él hubiera cazado.

El viejo perro apenas se movía. Se arrastraba por la nieve y los esqueletos secos de helechos y zarzas, más como un muerto que como un vivo. Pero aun así el lince no se arriesgó a otro ataque.

Madre podía oír al lince detrás de ella. Ni siquiera intentaba guardar silencio. El lince podía moverse por el bosque tan silenciosamente como un pensamiento, pero ahora Madre oía cada pesada almohadilla caer sobre el suelo firme.

Pensó en encontrar algún lugar donde hacer su última parada, de espaldas al tronco de un árbol. Moriría, pero esperaba al menos morir con un trozo del lince para siempre en la boca, así como sabiendo que había alejado al gato de sus hijos. Pero esa otra fuerza, ese recuerdo enterrado, seguía guiándola.

De repente, como en un sueño, en ese punto en el que la oscuridad deja paso a la luz, el bosque se abrió en un claro. Vio la casita de madera en su centro, el cuidado jardín que la rodeaba y el humo de la chimenea, y sintió una oleada de calor. Por fin, con las piernas exhaustas, se tumbó en la nieve y cerró los ojos.

El lince, que la seguía a unos latidos, se detuvo. Odiaba este claro, lo temía, y dudó un momento antes de acercarse al cuerpo del perro. Mientras observaba agazapado, la puerta de la cabaña se abrió y salió una figura diminuta y encorvada, envuelta en mantas. Tenía una pala en las manos. La figura se acercó al perro con calma, con lento cuidado. El lince estaba a sólo un par de metros, oculto en lo más profundo de la maraña de maleza cubierta de nieve.

Estaba tenso, enfadado, hambriento. Aquella criatura le daba miedo, pero ese miedo era seguramente irracional. Había abatido ciervos que pesaban el doble que esta figura. Y sin embargo, y sin embargo...

Parecía mirarle, sus ojos grises se cruzaban con los amarillos. Entonces sus labios se movieron y él oyó ruidos que no se parecían a nada que hubiera oído antes: murmullos encantadores. La anciana movió la mano con una forma extraña en el aire ante ella y, a sus ojos, se volvió monstruosa y enorme. Se hundió en la tierra, aterrorizado, y luego, al no encontrar refugio allí, retrocedió, dio media vuelta y huyó a través del bosque blanco. Siguió corriendo hasta que estuvo fuera del alcance de la bruja y sus hechizos.

CAPÍTULO 21

BIENVENIDA A CASA

Katerina Sobal se quedó mirando la oscuridad de los árboles. No sabía qué había acechado allí, sólo que era maligno y poderoso, y que ya se había ido.

Luego miró al viejo perro demacrado, con el pelaje cubierto de sangre y suciedad del bosque, que había entrado tambaleándose en el claro y se había desplomado en el suelo.

¿Muerta?

Lentamente, se agachó y pasó los dedos por el pelaje, empujando a través de la suciedad y la sangre hasta el blanco interior.

No estaba muerto, pero le quedaba muy poca vida. E incluso cuando tocó el viejo hocico, lo supo. Lo supo antes de sentir el cuero liso del collar, un collar que ella misma había hecho con el cinturón de su marido. Llevaba muerto más de cuarenta años y el grueso cinturón era lo único que había conservado de él. Era un milagro que el collar hubiera permanecido en su sitio todo este tiempo. Las profundas marcas de mordiscos contaban una historia de lucha, de batallas ganadas y perdidas.

Habían pasado muchos años, y la sangre y la suciedad habían ocultado la pureza etérea de aquel abrigo blanco, pero era ella: reconocería aquella nariz fina y puntiaguda, aquellas orejas perfectas en cualquier parte.

Los viejos dedos de Katerina encontraron la etiqueta de latón, aún sujeta al cuello. Sus ojos, antaño tan afilados como sus agujas, no podían distinguir las letras, pero no necesitaba leerlas. Sus dedos secos recorrieron las líneas que formaban la luna creciente y la estrella.

El corazón de la anciana, endurecido por los años de soledad, se derritió y las lágrimas corrieron por sus mejillas.

Llevó al perro lentamente a la casa, cálida y humeante. Se sentó en la mecedora de madera, con el viejo perro sobre las rodillas.

—Sabía que algún día volverías a mí, pequeña Zoya, afortunada, —dijo, acariciando suavemente la cara del perro.

Zoya abrió los ojos. Su lengua salió y lamió la mano, y conoció el sabor.

Más tarde, mientras la noche caía suavemente alrededor de la cabaña, la vieja perra encontró la paz en el regazo de la mujer que la había descubierto, quince años antes, junto a la carretera. Y la anciana recordó a aquel pequeño cachorro, perdido, exhausto y confuso, mientras el mundo entero se desmoronaba a su alrededor.

Katerina había vivido en el bosque mucho antes del terrible accidente que expulsó a la gente de los pueblos y aldeas. Había vivido la guerra y el hambre, la abundancia y las penurias. La mayor parte del tiempo había estado sola. Había tenido una familia: un marido y una hija, que vivían en el pueblo. Pero la escarlatina había matado a su hija, y el marido, poco después, a la bebida. Así que Katerina había vuelto al bosque, a la casita de madera donde había nacido. Y allí se había quedado.

Antes del accidente, Katerina buscaba setas para vender en las ferias del pueblo y era respetada por su conocimiento de las hierbas que podían curar el viento o secar una llaga. Y si una mujer embarazada no llegaba a tiempo al hospital, Katerina acudía a ayudarla en el parto.

Pero incluso entonces, tenía fama de extraña y solitaria, y a sus espaldas la llamaban Baba Yaga, la bruja del bosque. Y a medida que envejecía, se retiraba cada vez más del mundo, hasta que sólo las otras ancianas se acordaban de ella.

Cuando llegó la catástrofe, Katerina y su cabaña cayeron en el olvido.

Y ahora Katerina se mecía y recordaba. Recordaba cómo el cachorro la había salvado de la soledad, igual que ella había salvado al cachorro del bosque. El corazón de la criatura estaba roto, pero ella lo había curado, con amor y comida. Juntos habían paseado por el bosque cada día y el vínculo entre ellos creció, hasta que fueron casi una sola entidad, la mujer y el perro.

Dos veces vinieron soldados en las semanas posteriores al desastre. La primera vez le dijeron que tenía que irse con ellos. Ella respondió que necesitaba un poco de tiempo para recoger sus cosas. La segunda vez que vinieron, se escondió en el bosque hasta que se fueron, sujetando con la mano el hocico de Zoya para que no ladrara. En los años siguientes, a veces pasaban soldados cerca, pero ya fuera por encantamiento o por casualidad, Katerina y su cabaña seguían perdidas.

El cachorro se convirtió en un perro adulto. A Zoya se le quedó pequeño el primer collar, así que Katerina hizo un segundo con el cinturón de cuero, transfiriéndole la etiqueta con su nombre.

La perra, por supuesto, recordaba a su primer amor, la niña, y a veces a altas horas de la noche miraba en la oscuridad del bosque y ladraba para que volviera. Con el tiempo, la anciana y el perro se unieron en un vínculo de necesidad, soledad y devoción.

Y qué magnífica creció. Y esos ojos, uno azul, otro marrón.

A veces, Katerina se preguntaba cuándo volvería la gente, se preguntaba cómo sería capaz de entregar la perra a sus verdaderos dueños, los que habían bautizado a Zoya y le habían puesto el collar al cuello por primera vez.

Pero habían abandonado a la perra. No la merecían, se dijo a sí misma.

La vida no era fácil en la casita. Había gallinas, lo que significaba huevos, y Katerina tenía una astuta trampa para los conejos. Crecían un peral, un manzano y un ciruelo, y lo que no podía comer, lo embotellaba. Y en su huerto crecían zanahorias y coles, y los bosques tenían sus regalos estacionales de setas, bayas y nueces. Pero los inviernos eran duros y sombríos, y ni la mujer ni el perro engordaban.

Al cabo de un tiempo, quizás un año o un poco más, Zoya empezó a hacer largas expediciones por el bosque, sin Katerina. Y aquí la perra empezó a enseñarse a sí misma la sabiduría del bosque, descubriendo dónde y cómo cazar los ratones, gusanos y saltamontes que complementaban las orejas y vísceras que Katerina le servía.

Pero por muy largo que fuera el viaje, Zoya siempre regresaba al anochecer. La anciana y el perro se tumbaban juntos y veían crepitar los troncos de abedul dulce y pino ácido en la chimenea.

Katerina pensó que así acabaría sus días. Entonces, una noche, lo oyó: el largo y lastimero aullido del lobo. Zoya estaba sentada a sus pies, y al instante la perra se levantó, gruñendo y con los pelos de punta. Katerina la calmó, poniendo los dedos en el largo pelo de su cuello y murmurando palabras suaves y sin sentido. Pero sintió la energía que recorría a la perra, sintió electricidad en los músculos de su espalda.

Pasó un mes antes de que Katerina volviera a oír la canción del lobo. A partir de entonces, Zoya empezó a salir de casa por la noche y a volver por la mañana. Katerina estaba asustada. Sabía que los lobos mataban a los perros. Así que al principio intentó encerrar a Zoya, en cuanto caía el sol y salía la luna.

Pero Zoya encontraba la forma de escapar, colándose por una ventana abierta o incluso levantando el pestillo de la puerta. Katerina sabía que no podía detenerla. Pero siempre, aun así, la perra volvía.

Una mañana, mientras Katerina tendía la colada en el jardín, se sintió observada. Levantó la vista y vio a un lobo negro azulado, como una reliquia de la noche, sentado tranquilamente a un tiro de piedra, mirándola fijamente con la cabeza de lado.

Katerina había dejado a Zoya dormitando en su cama y se dirigió lentamente hacia la casa, con la intención de encerrarlas a las dos a salvo dentro. Pero, de repente, Zoya estaba allí, junto a ella, quieta como un perro de madera tallada, mirando fijamente al lobo negro azulado. Entonces el lobo se dio la vuelta y trotó hacia el bosque, y Zoya le siguió antes de que Katerina pudiera agarrarla por el collar. Al borde del claro, Zoya se volvió hacia Katerina y ladró una, dos veces.

¿Un adiós? ¿Una invitación a seguirla?

Y entonces desapareció, brincando hacia la sombra verde.

Katerina sintió una punzada de angustia, pero también la convicción de que volvería a ver a su Zoya.

Pensó que sería ese mismo día.

Pasaron trece años.

Pero había venido. Y ahora, en el regazo de la anciana, murió, una muerte tan suave como la de cualquier perro, cada vez menos profunda, cada vez más corta, hasta que sólo quedó la quietud.

A la mañana siguiente, Katerina quitó el collar del cuello de la perra y enterró a Zoya en el borde del claro. Permaneció de pie largo rato, con el collar sujeto con fuerza entre sus manos nudosas. Luego volvió a su casita, pensando que pronto llegaría su hora y que no habría nadie para enterrarla.

CAPÍTULO 22

Y LUEGO HUBO DOS

Resistir y luchar requiere y engendra valor, pero en cuanto Misha y Bratan empezaron a huir del lince, su valor huyó también. Corrieron como locos, a ciegas, por el bosque. Al principio, Misha se adelantó, pero luego se obligó a retroceder hasta Bratan, que cojeaba. A partir de entonces, se aseguró de estar siempre al hombro de su hermano, instándole a avanzar. No tenían ningún destino en mente. Simplemente huían del gato de pesadilla, ese espectro hecho de garras, dientes y sombra.

Y huían también de la muerte de Madre.

El bosque que les rodeaba era nuevo. Árboles desconocidos se alzaban sobre ellos. A ras de suelo, zarzas y zarzales atrapaban sus pelajes, forzándoles a dar vueltas y más vueltas, de modo que perdían la noción de hacia dónde se dirigían.

Irrumpieron en un claro y se encontraron en medio de una pequeña manada de bisontes que hundían sus enormes cabezas en la nieve para alcanzar la hierba. Las bestias entraron en pánico ante la irrupción de los perros, que se movían con rapidez para tratarse de criaturas tan enormes. Las hembras y las crías se agruparon al borde del claro, con los cuernos fuera, mientras un toro, que empequeñecía a los demás miembros de la manada, avanzaba a pisotones, con la cabeza gacha. Dio un zarpazo en el suelo, resopló y se dispuso a embestir.

Pero los perros ni siquiera se detuvieron: atravesaron el claro y se internaron entre los árboles sin mirar atrás. El toro miope echó un vistazo alrededor del claro, como si sospechara algún truco malvado, algún ataque por sorpresa o emboscada. Cargó contra una sombra que acechaba y corneó hasta la muerte un tronco que yacía allí pudriéndose. Salvados el orgullo y la dignidad, el toro regresó a su harén, y sus rostros volvieron pronto a la nieve, olvidada la intrusión.

Era casi de noche cuando los perros dejaron de correr. Ambos estaban exhaustos y heridos. Misha no tenía ni idea de dónde estaban. Ni siquiera de cómo volver a la casa de la carretera. Encontraron refugio bajo un matorral de helechos muertos y se tumbaron tan juntos que era difícil saber de quién eran las heridas que se lamían, si las suyas o las del otro. El cansancio les empujaba hacia el olvido, pero el miedo y el dolor les hacían retroceder.

En la noche sin luna, un erizo se abrió paso entre los helechos siguiendo el rastro de las babosas y casi choca con los perros. En cuanto se dio cuenta de lo que había encontrado, el erizo se hizo un ovillo defensivo. En otro momento, los hermanos habrían jugado con la inofensiva criatura, o incluso habrían intentado hurgar en la carne enterrada bajo las espinas, arriesgándose a pincharse la nariz. Pero ahora los perros retrocedieron más hacia su cueva de helechos y nieve, gimiendo y lloriqueando. Al cabo de un rato, el erizo se desplegó, dirigió un bufido despectivo a los perros y se alejó contoneándose, con una nueva estimación potencialmente fatal de su capacidad para infundir miedo en el corazón de los depredadores.

Por la mañana, Bratan miró con tristeza a Misha. Echaba de menos a su madre. Sabía que se había ido, que no podría haber sobrevivido a la pelea con el lince. Y ahora miraba a Misha para guiarlos a ambos.

Misha quería a mamá tanto como Bratan. Pero querer no es necesitar. Olfateó las heridas de su hermano. Había arañazos profundos, y heridas punzantes más profundas de los largos y letales caninos del lince. Pero los cortes habían sangrado y no había olor a putrefacción. Sus propias heridas eran más superficiales, arañazos más que cortes.

Se asomó a la mañana.

El cambio del invierno a la primavera ya era evidente. La habitual escarcha matutina era una frágil membrana de cristales de encaje sobre la nieve vieja. Y Misha ya oía el primer golpeteo irregular, que es el sonido inconfundible del deshielo cuando los árboles empiezan a gotear su carga de nieve sobre el suelo del bosque.

Bratan le siguió al exterior. Miró a su hermano.

¿Y ahora qué? ¿Y ahora qué?

Misha acercó la nariz al aire fresco y respiró el bosque, consumió su infinita variedad y multiplicidad, y buscó en esa esencia su verdad. Su nariz le dijo muchas cosas. Le dijo que había pasado una manada de ciervos rojos, dejando su estiércol en la nieve derretida. Le dijo que una familia de tejones había forrajeado no muy lejos, buscando lombrices, tijeretas y escarabajos. Le contó que un gran búho real había tosido una egagrópila hecha de pelo y huesos de ratones, ratas, topillos y palomas, e incluso de otros búhos más pequeños, de los que se había alimentado en su furia de búho.

Mamá le había enseñado a temer al búho real, que podía abalanzarse fácilmente y llevarse a un perro. Misha había visto una vez los restos de un zorro, comido hasta la cola y apestando a búho.

Era hora de partir.

¡Vamos! ladró Misha, y los dos perros, con las narices y las colas bajas, se escabulleron por el bosque, tomando senderos que los llevaban no sabían adónde.

CAPÍTULO 23

NATASHA SE CONVIERTE EN

NATALIYA

Natasha nunca aflojaba, nunca bajaba el ritmo, nunca perdía la concentración. Era la única alumna que nunca se asomaba a la ventana, ni se tomaba un día

libre por enfermedad, ni entregaba los deberes tarde. No se distraía con novios ni tenía aficiones o pasatiempos que la alejaran de los libros de texto.

Sabía que mamá se preocupaba por ella, así que fingía ser más feliz de lo que era. Un día mamá le dijo— Natasha, ¿por qué no compramos un perrito?.

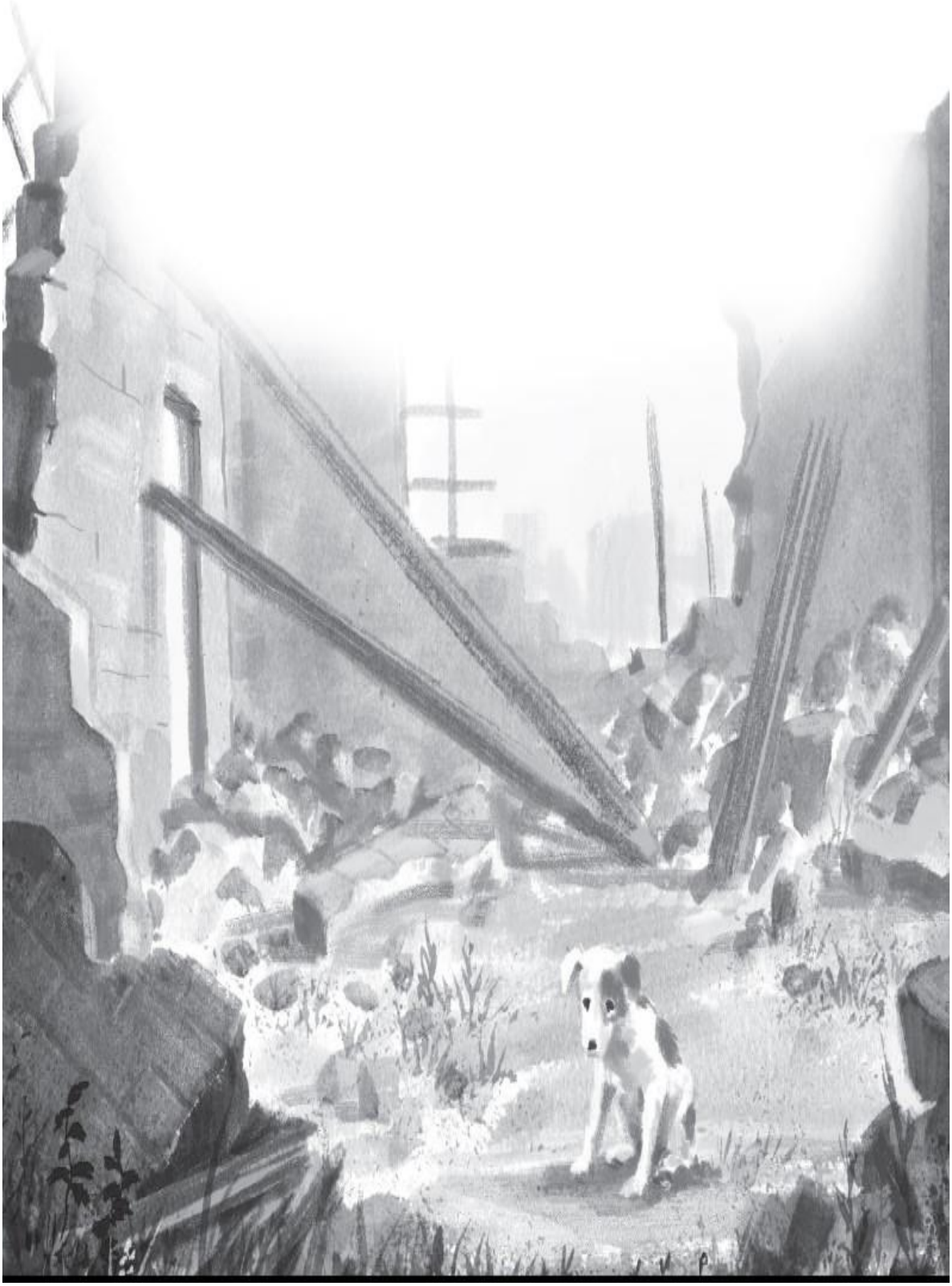
—Buena idea, —convino el farmacéutico, con su habitual desparpajo.

—Sería un amigo para ti. Un perro es bueno para una niña.

Al oír hablar de un perro, Natasha sintió una oleada de calor, seguida de un frío oscuro y denso, como si un carámbano hubiera caído del tejado y le hubiera atravesado el corazón. Por supuesto que nunca había olvidado a su cachorro, pero la mayor parte del tiempo el recuerdo estaba guardado en un lugar seguro, aislado del resto de su vida. Pero ahora volvía a pensar en Zoya y en la vida que podrían haber tenido juntos, y se le debilitaron las rodillas y sintió que las lágrimas empezaban a escocerle los ojos. No. Un nuevo cachorro estaría... mal. Sacudió la cabeza.

—No tengo tiempo. Hay demasiado que hacer.

Un día, en el autobús escolar, Natasha se quedó mirando por la ventanilla mientras el autobús se detenía en un semáforo. No miraba a nada en particular, sólo tenía la mirada perdida. Había un edificio en ruinas en su lado de la calle. Tres paredes se habían derrumbado, no había tejado y la maleza crecía entre los escombros. Y allí vio un movimiento, y se dio cuenta de que era un cachorro, solo, indefenso.



No era Zoya, por supuesto. Era un chucho desaliñado con una oreja negra que le caía sobre la cara y una colita rechoncha. Daba saltitos en círculo, tropezaba con sus patas y rodaba sobre su lomo, y luego volvía a sentarse, mirando al mundo con esperanza.

Natasha supo de inmediato que la necesitaba. Corrió hacia la parte delantera del autobús, justo cuando éste se ponía de nuevo en marcha, y pidió al conductor que la dejara bajar.

—Vuelva a su asiento, —le espetó el conductor.

—Pero, por favor... Debo...

—No se baje hasta la escuela, —volvió a decir.

De repente, Natasha sintió que todos los ojos del autobús se clavaban en ella. Eso era lo que odiaba. Que la vieran, que la miraran. Sus ojos ardían con el calor combinado de la indignación, la vergüenza y la frustración.

—Siéntate, —gritó el conductor, señalando con el pulgar la parte trasera del autobús.

El autobús abrió sus puertas a las puertas del colegio y ella quiso volver corriendo por las calles en busca del cachorro, pero el flujo de niños hacia el colegio la arrastró. Entonces fue espiada por un profesor que quería hablar con ella y las puertas se cerraron tras ella.

Durante todo el día, Natasha pensó en el cachorro, con su única oreja negra, y fue la única vez que la reprendieron por no prestar atención en clase.

Al final del día, atravesó las puertas de la escuela y volvió corriendo por la ruta del autobús. Pero, por alguna razón, no podía encontrar el semáforo exacto ni recordar cómo era el edificio en ruinas. Estaba oscuro y hacía frío, se perdió entre los bloques de hormigón y ladrillo sin vida y, finalmente, se sentó en un muro bajo y se desesperó.

Al levantar la vista, se dio cuenta de que el juego de luces y el edificio estaban justo aquí, y corrió frenéticamente gritando— ¡Perrito, perrito! ¡Zoya! Mi Zoya! —Pero fue inútil. Las paredes grises se burlaban de su voz y no aparecía ningún perrito.

Cuando volvió a casa, ya estaba tranquila.

Todos los días buscaba al perrito por la ventanilla del autobús, pero no volvió a verlo. Y su corazón desarrolló otra capa dura para protegerse del mundo.

En algún momento de su adolescencia, dejó de ser Natasha y se convirtió en Nataliya, que era su nombre de pila, pero que nunca había usado—. Natasha es una niña, —le explicó a su madre—. Y yo ya no soy una niña.

A su debido tiempo, como todo el mundo esperaba, Nataliya aprobó los exámenes con la nota más alta de su curso. Había solicitado plaza en el prestigioso Instituto de Física e Ingeniería de Moscú, y la carta de aceptación que recibió dos semanas después fue el mejor momento de su vida. Mamá compartió su alegría. Y quizá también su alivio por saber que iría a Moscú. A los dieciocho años, Nataliya ya no era la misma niña sonriente y feliz que Natasha había sido a los siete.

El día que partió hacia Moscú, el farmacéutico metió las maletas en el maletero de su Lada y llevó a Natasha y a mamá a la estación central de tren de Kiev. El farmacéutico no era un mal hombre. Si tenía un defecto era que era aburrido. Pero no era su padre.

Mamá la abrazó con fuerza en el concurrido vestíbulo—. Te quiero, Natasha, —le dijo, utilizando la forma antigua e infantil de su nombre—. Tu padre habría estado muy orgulloso.

—Lo sé, —dijo ella—. Lo sé. Mi tren... Tengo que...

—Adiós, adiós. Ten cuidado en esa ciudad. Hay ladrones y sinvergüenzas...

Y entonces Nataliya, que había sido Natasha, corrió hacia el tren, a través del gran mármol brillante y la luz centelleante del gran vestíbulo de la estación.

CAPÍTULO 24

LA GRANJA

Misha y Bratan siguieron viajando todo el día. Al menos no tenían hambre, pues el día anterior habían comido del cadáver del ciervo, así que sus movimientos no tenían la intensidad concentrada de la caza. Simplemente tomaron los caminos de menor resistencia: los senderos a través del bosque forjados por jabalíes, ensanchados por bisontes, mantenidos ordenados por las esbeltas pezuñas de los ciervos.

A media tarde, Misha se detuvo en seco. Bratan chocó con él.

Era el olor. Lo había percibido por primera vez más atrás en el sendero y, aunque no lo recordara inmediatamente, lo sabía, lo sabía en el fondo de su alma. Hay un olor a lobo, y ese olor hace que un perro tiemble y se enfurezca simultáneamente. Y luego, tan parecido y tan distinto, está el olor a perro.

Y el olor a perro es siempre, para el perro, de interés...

El primer olor había sido débil, viejo y difuso. Pero ahora el olor era penetrante. Estaba por todas partes. Y había más de un perro. Misha se sintió curiosamente excitado y alerta. Bratan también lo percibió. Se dispersaron, olfateando árboles y arbustos, esparciendo su propio olor por encima.

Los perros se movieron, atraídos por el olor y a la vez recelosos. Y entonces Misha sintió otro cambio. Los árboles se adelgazaron y vio a través de ellos formas y objetos que no eran del bosque.

Era un corral. Allí estaba la vieja granja, decrépita, con el tejado hundido y la carpintería podrida. Cerca había un granero con grandes puertas de madera abiertas de par en par. Otros dos edificios más pequeños bordeaban el corral: un cobertizo largo y bajo y un gallinero, sostenido sobre cuatro robustas patas. Y en medio del patio, un tractor muerto se erguía como centinela. Antaño de un rojo vibrante, ahora estaba oxidado y desamparado, con los grandes neumáticos desinflados y el motor atrapado entre la maleza y los abedules.

Más allá del edificio había un campo, y en el campo Misha vio un animal grande, más alto que un bisonte, pero no tan macizo, más parecido a un alce. Tenía la cabeza en la hierba y la crin despeinada le caía sobre la larga cara. Era el primer caballo que Misha veía en su vida. Un destello le hizo pensar que podría tratarse de una presa, pero la idea se desvaneció. Porque el caballo no sólo era demasiado grande, sino que no era... comida.

El caballo no era el único animal.

Los perros.

Misha tuvo que contenerse para no saltar hacia delante y salir de entre los árboles. Le dolían los músculos por correr hacia esos otros perros, por ladrar, olfatear, revolcarse y jugar. Pero también sabía que había peligro.

Podía ver a tres de ellos. Uno era un cruce de razas, con sangre de terrier, pequeño y enérgico, de pelo negro y enjuto. Otro era un laika siberiano, de orejas puntiagudas y pelaje blanco sucio con manchas grises. Por último, había

un saluki. Era la cosa más bonita que Misha había visto nunca. Estaba tumbada lánguidamente en el suelo, mientras la laika estaba sentada y el terrier correteaba alternativamente y permanecía inmóvil, mirando a lo lejos como si contemplara grandes cosas.

Misha sintió un impulso y supo que Bratan no había podido resistir la tentación. Con la cola levantada y las orejas gachas, su hermano se acercó a la manada.

Al instante, los perros de la granja se pusieron en alerta. Permanecieron juntos, con los ojos fijos en el recién llegado. En equipo, dieron un paso adelante para enfrentarse a Bratan, que les ladró feliz, esperanzado. Adoptó la posición de juego: las patas delanteras estiradas a lo largo del suelo, las traseras rectas, la lengua fuera.

Pero los otros perros no estaban en modo de juego. Terrier, tras un momento de silencio sorprendido, entró en un frenesí de ladridos y gruñidos, carreras y retiradas repentinas. Laika emanaba una amenaza congelada y silenciosa, y Misha supo de inmediato que era un perro peligroso. Pero su mirada se dirigió de nuevo a Saluki, que se movía como agua derretida. Fluyó silenciosamente al lado de Bratan, que seguía intentando desesperadamente que los demás jugaran.

La situación era peligrosa y no podía dejar que Bratan la afrontara solo. Salió de entre los árboles y cruzó el corral para reunirse con su hermano. Laika y Terrier lo percibieron de inmediato. Reaccionaron de forma opuesta. Laika se puso aún más rígida, con sólo tensar sus agudas orejas supo que Misha estaba allí. Terrier se volvió aún más maniático, girando en círculos para poder ladrar a los dos nuevos perros. Sólo Saluki parecía ignorarlo, y su movimiento era curiosamente quieto, de la misma forma que el viento mueve un sauce, enviando patrones brillantes a través de las hojas.

Misha intentó desesperadamente indicar que no estaba allí para pelear. Pero no quería transmitir miedo ni sumisión. Bratan y él estaban doloridos, cansados y heridos, pero ya eran guerreros experimentados. Habían luchado con un lobo y un lince, por lo que podían enfrentarse a tres perros, de los cuales sólo uno -la Laika de ojos amarillos- parecía peligroso. Por eso tenía las orejas levantadas, la cola alta y la boca abierta.

No somos una amenaza, decía Misha, *pero podemos cuidar de nosotros mismos.*

Alcanzó el hombro de su hermano. La confianza de Bratan empezaba a desvanecerse. Su propio saludo amistoso no había tenido la misma respuesta, y se sentía desconcertado e inseguro.

Misha miraba a Laika, y Laika miraba a Misha. Misha aún no había crecido del todo, pero notaba que su peso era similar al del otro perro. Empezaba a molestarse por los ladridos de Terrier. Misha ladró una, dos, tres veces. No de forma agresiva, pero con la fuerza suficiente para dejar claro su punto de vista. Apenas reconoció el sonido. Venía de lo más profundo de sí mismo y su mensaje era complejo. Gritaba a Terrier, pero también mostraba a Laika que no se dejaba intimidar. Y también había un mensaje para Saluki . . .

Entonces las cosas sucedieron rápidamente. Primero, Saluki corrió hacia los dos nuevos perros, luego se transformó de perro en pájaro y, sin ningún esfuerzo visible, pasó por encima de Misha y Bratan. Misha y su hermano, hipnotizados por la belleza del movimiento, siguieron el arco con la boca abierta.

Misha se dio cuenta demasiado tarde de que eso era precisamente lo que debían hacer.

Se dio cuenta de un murmullo en la tierra, un temblor perceptible del propio suelo, antes de ver la enorme sombra que se acercaba a él. Sin el grácil salto de Saluki, podría haber tenido una oportunidad: no de luchar, sino de huir.

Sintió el golpe, que le dejó sin aire y le hizo caer sobre el duro suelo. Mientras rodaba, vio cómo Saluki se abalanzaba sobre el flanco de Bratan y, cuando éste retrocedió, Laika se movió con una velocidad letalmente eficaz y lo agarró por el cuello. Misha intentó levantarse para ayudar a su hermano, pero antes de que pudiera levantarse, el cielo pasó de azul a negro y se encontró inmovilizado por las enormes patas de una bestia monstruosa. Misha tenía la mirada clavada en la garganta abierta de un perro pastor caucásico, de cuyos labios negros manaba un chorro de baba. Era un perro criado para disuadir a los lobos, para matarlos.

Misha se retorció y luchó, pero no pudo hacer nada. El peso del perro pastor era demasiado, su fuerza demasiado grande. Las mandíbulas eran cavernosas y descendieron lentamente hasta cernirse justo sobre su garganta.

Misha no podía ver lo que le ocurría a Bratan, pero esperaba que su hermano tuviera el sentido común de hacer lo que él hacía ahora: rendirse por completo.

Dejó que su cuerpo se debilitara. Las piernas le caían a ambos lados. Estaba abierto desde el vientre hasta la garganta. Estaba indefenso, pero también inofensivo. Era el último movimiento disponible para un perro (o un lobo). Pero la rendición sólo funciona cuando el enemigo está dispuesto a aceptarla. Cerró los ojos y esperó, esperando sentir cómo las mandíbulas lo apresaban, y cómo los grandes dientes cortantes y rechinantes acababan con todo. Sintió cómo le caían sobre la cara babas viscosas como babosas. La saliva apestaba a carne y podredumbre. Habría sido mejor, más limpio, más rápido morir en las garras del lince.

Y entonces, nada.

Misha abrió los ojos. La enorme cabeza aún se cernía sobre la suya, inmóvil salvo por la baba que caía. Giró la cabeza para ver a Bratan. Incluso ese pequeño movimiento provocó un gruñido -más bien un estruendo, de hecho, como una perturbación geológica en las profundidades del núcleo de la Tierra- de Shepherd. Pero Misha pudo ver que Bratan estaba ahora inmovilizado bajo Laika, con Saluki preparado y listo para atacar.

Entonces, mientras observaba, Terrier, que había estado ladrando a cada uno de ellos por turnos, se calmó y se acercó a Bratan y... le lamió la cara. Laika se apartó y Bratan se puso en pie. Tocó las narices de Terrier, Laika y Saluki.

En el mismo momento, Misha sintió que la presión sobre él disminuía. Fue un gran alivio descubrir que Shepherd ya no estaba sentado sobre él. Se levantó y se acercó al enorme perro, adoptando una postura sumisa, con la cola y la cabeza bajas. Pasará lo que pasara, no quería volver a tener ese inmenso peso sobre él.

Bratan estaba ahora jugando con los otros perros. Shepherd estaba sentado majestuosamente sobre su trasero. Misha vio que no era un perro de los que juegan. Trotó hacia los otros y ellos le salieron al encuentro, olfateando. Terrier ladraba alegremente. Laika seguía siendo un poco distante, pero ya no emanaba esos impulsos de hostilidad desnuda. Saluki se permitió un elegante movimiento de su larga cola.

Y luego más ladridos. Dos perros callejeros harapientos hacían cabriolas, desesperados por ser amigos de todos. Uno tenía el pelo gris, moteado con manchas aleatorias de negro y marrón. Parecía el dibujo de un perro hecho por un niño, y era imposible saber de qué raza era: un perro callejero de una estirpe de perros callejeros. El otro tenía el hocico respingón de un boxeador, el poderoso cuerpo de un pit bull, pero las patas vergonzosamente cortas de un basset hound. La pareja, Scrag y Shorty, estaban en lo más bajo de la jerarquía de la manada de la granja y su único objetivo en la vida era no ser molestos, lo que, por supuesto, los hacía muy molestos. Ambos entraron en éxtasis de retorcida abnegación ante los recién llegados.

Misha miró a su hermano. No era sólo la cola de Bratan la que se movía, sino todo su cuerpo. Misha nunca lo había visto tan feliz. Y con eso, Misha se permitió un momento de felicidad también, aunque, en el fondo de su corazón, temía que no pudiera durar.

CAPÍTULO 25

LA MANADA

De los perros, sólo Shepherd había nacido en la granja. Antes había media docena de cerdos, un par de vacas, un gallinero lleno de gallinas, así como innumerables conejos que vivían en estado semisalvaje en una madriguera junto al campo de vacas, engordados con hojas de zanahoria y grelos. Y, por supuesto, Sokha, el gran caballo gris, que araba donde no llegaba el tractor y tiraba de un carro de madera lleno de productos hasta la feria semanal. Allí, los niños se sentaban en el ancho lomo del caballo y le pasaban los dedos por sus largas crines, mientras él mordisqueaba un saco de arpillera con avena.

El perro y el caballo habían crecido juntos y habían entablado una de esas sorprendentes amistades que surgen de vez en cuando entre especies diferentes. Cuando se produjo la catástrofe, la familia abandonó la granja y sacó comida para los animales. Como todo el mundo, esperaban volver en unos días.

Al cabo de una semana llegaron los soldados: un oficial subalterno y un par de reclutas. Sus instrucciones eran sencillas: disparar a todo lo que quedara vivo. Los cerdos estaban salvajes de hambre y los soldados, apenas más que muchachos, les disparaban, mientras el oficial fumaba y sacudía la cabeza.

El pastor, que, sin ovejas que cuidar, lo guardaba todo en su reino, bufaba y gruñía y amenazaba a los soldados. Uno le disparó salvajemente y el otro con mejor puntería. La bala se alojó en su gran cráneo y cayó como muerto.

El oficial, que se había criado en una granja colectiva, les habló en voz baja y les disparó hábilmente detrás de la oreja. Luego miró a las gallinas y decidió que no valían ni una bala. Abrió las puertas del gallinero y las dejó en libertad, cacareando y revoloteando.

—Los zorros no tardarán en acabar con ellas, —dijo encogiéndose de hombros.

Y luego estaba el caballo, que cruzaba lentamente su prado, esperando un terrón de azúcar o una zanahoria. Ninguno de los reclutas quería matar al caballo, así que el oficial sacó una vez más su pistola, le apuntó a la frente y apretó el gatillo.

Una vez, dos veces. Clic, clic. El caballo se encabritó y giró.

El oficial examinó su pistola. Volvió a disparar, al suelo, donde la bala levantó una columna de polvo de la tierra seca.

—Destino, — dijo, mirando al caballo, que seguía cacheando el prado.

Mientras se alejaban en su camioneta, el agente miró por el retrovisor la granja que se alejaba y cerró su mente a otro trabajo a medio hacer.

Esa noche, Shepherd se despertó con la cabeza dolorida y la bala enterrada en el grueso hueso del cráneo. Se había alojado a uno o dos milímetros del cerebro. Pero los nervios se habían cortado y empezó a babear.

Exploró su reino caído, olfateando los cerdos y vacas muertos. Su viejo amigo Sokha se acercó, empujó la puerta que los soldados habían dejado abierta y lloraron juntos.

Nadie volvió a la granja. Había forraje en el granero para el caballo. Las gallinas sobrevivieron un tiempo en los bosques que rodeaban la granja y los conejos aprendieron a valerse por sí mismos. Ambos les proporcionaban comida de vez en cuando, aunque Shepherd era demasiado grande y lento para ser un buen cazador. Las bolsas de comida para pollos almacenadas en el granero le mantenían con vida.

Se sentía solo, por supuesto, acostumbrado a la compañía de los humanos. Tenía a Sokha, y a veces galopaban juntos por el campo. Pero un caballo no es un perro y un perro no es un caballo, así que ambos estaban tristes a su manera.

Entonces empezaron a llegar otros perros. Perros vagabundos de la ciudad o de otras granjas que habían logrado eludir a los soldados. Shepherd ahuyentó a algunos: a los que consideraba una amenaza para la unidad de la manada, a los que no podían aportar nada. A otros les permitía quedarse.

Todos tenían que pasar otra prueba: el viejo Sokha se acercaba desde su prado y olfateaba ruidosamente a los recién llegados. Si alguno respondía con un gruñido, Shepherd lo desterraba con un *"guau"* divino. De los que pasaban y se quedaban, algunos se adaptaban y vivían. Otros murieron. Terrier fue el que sobrevivió más tiempo, y él y Shepherd eran firmes camaradas, durmiendo juntos en el granero, el enorme perro enroscado protectoramente alrededor del pequeño. En las noches más frías, Sokha venía a tumbarse junto a ellos en la paja, y los tres eran casi como una pequeña familia.

El tiempo pasaba. La vida era dura. Sokha se alejaba en busca de forraje y a veces desaparecía durante días. Nuevos perros venían a ocupar los lugares de los que morían. Uno o dos desafiaron a Shepherd por el liderazgo de la manada de la granja. Todos acabaron escabulléndose para lamerse las heridas. Las reservas de comida se habían agotado, pero aún quedaban algunas gallinas en el bosque, conejos en el campo y cualquier carroña que pudieran encontrar mientras recorrían la zona. Pero nunca era suficiente para evitar el hambre durante mucho tiempo.

Laika tenía corazón de cazador, y con él la vena malvada del cazador, pero se había criado como un perro de ciudad y su técnica era pobre. Saluki era

tan rápida como un pensamiento y podía cazar cualquier conejo o gallina que se alejara de la seguridad. Pero, al igual que Laika, era todo instinto y nada de delicadeza. Scrag y Shorty llegaban tarde, y lo mejor que podían hacer era apresurarse para cazar ratones y topillos.

La verdad era que los viejos instintos de manada habían menguado en los perros.

Shepherd era su líder, pero ellos no sabían cómo ser guiados.

Así que cuando Misha y Bratan aparecieron, la pequeña manada estaba flaca y hambrienta, las viejas tiendas habían desaparecido y la comida salvaje era difícil de encontrar.

Otros dos perros, un alsaciano de mal carácter y un lurcher, habían abandonado recientemente la manada en busca de comida más abundante. Habían sido los mejores cazadores, y perderlos significaba perder carne, aunque esa carne fuera algún resto de pata de conejo o un ala emplumada.

La evaluación de Shepherd fue rápida y acertada. Estos dos perros jóvenes no eran una amenaza. Eran una oportunidad. Sokha se acercó y olfateó, desconfiado, y Misha se tragó sus instintos y su orgullo, y se tumbó ante él.

Y así, con el ladrido de bienvenida de Shepherd, los hermanos pasaron a formar parte de la manada de la granja y fueron aceptados alegremente por todos los demás perros.

Excepto uno. . .

CAPÍTULO 26

PICOS FINOS

Y qué extraña manada era. Misha era en parte lobo, y en lo más profundo de su alma anhelaba el orden y la seguridad de la manada de lobos, con su macho y su hembra dominantes, y una jerarquía bien establecida por debajo de ellos. Aunque sólo había conocido la vida con Madre y Bratan, Misha sentía que esta manada era desordenada, caótica. Se esforzó por comprender las relaciones de poder, sabiendo que la supervivencia podía depender de ello.

Shepherd era, por supuesto, el jefe. Pero por debajo de él las cosas se volvían más inciertas. Terrier era amigo de Shepherd y meterse con él provocaría la ira del perro superior. Pero no era más que una cosita y, aunque peleón, era demasiado pequeño para ser una amenaza. La gracia y la elegancia de Saluki le daban cierto estatus, pero era demasiado lánguido para abusar de él. Scrag y Shorty eran inofensivos.

Luego estaba Laika. Laika era un problema.

Misha vio que Laika tenía una vena viciosa y poca astucia. Rara vez peleaba, pero a menudo mordía. La mayoría de las veces golpeaba después de que otros dos perros se hubieran peleado. Entonces rodeaba tranquilamente al perdedor y saltaba sobre él por detrás, cogiéndole el cuello con la boca y apretando hasta el punto justo antes de hacerle daño de verdad. La víctima no tenía más remedio que retorcerse y tumbarse boca arriba, ofreciéndose en señal de rendición. Normalmente eso era suficiente para Laika. Había impuesto su voluntad. Y los otros perros sabían cuál podía ser el coste si se resistían.

Aun así, Misha sabía que tenía que tener cuidado con Laika.

Pero había un problema aún mayor para los recién llegados.

Era la comida.

Misha había visto que la manada de la granja estaba flaca y hambrienta. Y sabía que la mejor manera de asegurarse un futuro allí para él y su hermano era ayudando a llenar esos estómagos vacíos.

La primera mañana, Misha y Bratan exploraron su nuevo mundo. En los bosques que rodeaban la granja no había nada fácil de encontrar, aunque Misha vio algunas oportunidades: los nidos de hormigas, donde a finales de verano las reinas aladas y los aspirantes a reyes emergían trayendo una breve abundancia; las pilas de leña donde podían anidar los ratones; el lejano graznido de los faisanes. Pero fue la ladera con la conejera lo que realmente interesó a Misha. Enseguida se dio cuenta de que la manada estaba situada justo al lado de un rico recurso. Antes de su llegada, los perros de la granja habían

confiado en el azar: un joven se alejaba demasiado de su madriguera para ponerse a salvo cuando era espiado por Saluki, o Terrier tropezaba con un conejo viejo o enfermo y se apoderaba alegremente del premio.

Pero Misha y Bratan, tutelados por Madre, eran sabios en la caza del conejo. Acechaban en las sombras de los árboles que bordeaban el campo, esperando el momento preciso para atacar. O Bratan cojeaba con exagerada lentitud por el centro de la madriguera, mientras los conejos lo observaban, sabiendo que nunca los atraparía. Y mientras tanto, Misha se acercaba sigilosamente detrás de ellos. O los dos perros se peleaban a la vista de todos, y sus juegos absurdos parecían fascinar, casi hipnotizar, a los conejos, que luego se quedaban como muertos en la hierba. Un conejo curioso se acercaba cautelosamente a ver qué pasaba. Pero no con la suficiente cautela...

El primer conejo del día se lo comían ellos. Pero si cazaban dos conejos en un día, siempre compartían la presa, dejando caer el cuerpo delante de Shepherd, que se lo tragaba de un par de tragos. Los demás también se agolpaban y todos acababan consiguiendo algo, aunque sólo fuera una cola por la que Scrag y Shorty se peleaban.

Al principio, había conejos en abundancia. Pero al cabo de un tiempo, los conejos eran menos y los que sobrevivían eran más salvajes.

A estas alturas, los excesos ocasionales -los animales muertos por el frío o por su propia incapacidad para encontrar comida bajo la nieve- habían terminado. Los perros estaban de nuevo en esa época del año extrañamente estéril, el comienzo de la primavera. Esa época previa a la aparición de crías nuevas y vulnerables, y en la que el mundo, liberado del hielo, aún no estaba libre del hambre.

Los perros de la granja se mostraban extrañamente reacios a adentrarse en el bosque para cazar. La húmeda oscuridad les preocupaba. Se sentían más presas que depredadores, sentían el millón de ojos del bosque sobre ellos. Pero Misha y Bratan se habían criado en el bosque, y dirigían expediciones a los montones de leña infestados de ratones, o a excavar en los hormigueros en

busca de larvas blancas, aunque fuera a costa de un morro lleno de dolorosas mordeduras y picaduras.

Pero aún así, el hambre roía. Y cuando el hambre muerde, también muerden los perros. Había peleas constantes en la manada. Laika estaba detrás de muchas de ellas. Perseguía a Scrag y Shorty, intimidándolos sin descanso. Por mucho que se encogieran y se escondieran, siempre parecían estar donde él quería, en su espacio, en su luz. Sus mordiscos nunca sangraban, pero infligían dolor y humillación a partes iguales.

Era especialmente posesivo con Saluki. Si los perros de la calle intentaban jugar con ella, gruñía y miraba con una ferocidad intensa y letal. Por supuesto, no se metía con Shepherd, mientras que la cercanía de Terrier al líder de la manada lo mantenía a salvo.

Con Bratan y Misha, las cosas eran diferentes. Laika percibió que estaban curtidos en la batalla, a pesar de su juventud. Él era más grande y fuerte que cualquiera de los dos por separado, pero juntos eran más que un rival para él. Sin embargo, eso no los hacía inmunes a su temperamento. Cuando la manada se aventuraba junta, a veces se daba la vuelta y les daba un mordisco rápido y afilado -generalmente al torpe Bratan, más que al rápido Misha- y luego se iba corriendo. Shepherd, al volver la vista atrás, sólo veía el lento y torpe intento de represalia de Bratan y emitía un rugido de desaprobación.

En sus mejores tiempos, el viejo perro habría hecho más para imponer su autoridad, para sofocar tales signos de disensión entre las filas. Pero la edad le había nublado la mente, le había quitado fuerza a sus instintos y había debilitado su voluntad de poder.

El hambre no ayudaba. El hambre es como un agujero negro, que arrastra todo hacia sus voraces fauces.

La manada necesitaba comida, o iba a haber sangre.

CAPÍTULO 27

RICOS

Y luego estaba la granja. Los perros la habían olfateado, poniendo las patas contra puertas y ventanas mugrientas, vagamente conscientes de que podría haber riquezas en su interior. Pero no supieron cómo entrar.

Shepherd podría haberse abierto paso a golpes a través de la madera podrida de la puerta, pero, como todos los perros de granja, había sido un animal de trabajo, no una mascota. Una vez, de cachorro, se había metido

dentro y había recibido una salvaje patada por las molestias, y desde entonces había un campo de fuerza invisible a su alrededor, que nunca traspasaría.

Fue necesaria la llegada de Misha y Bratan, y el hambre, y luego la llegada de una poderosa tormenta unas semanas más tarde para romper las defensas de la casa.

La tormenta arreció por la noche, con crueles relámpagos, aguanieve y granizo que obligaron a los perros a acurrucarse en el granero. Cuando salieron por la mañana, se dieron cuenta de que el viento había derribado un viejo castaño moribundo. El árbol se había agrietado, quebrado y desplomado contra la casa, rompiendo las ventanas del piso superior.

Misha estudió la escena y dedujo que se trataba de una entrada. Los perros no son escaladores natos, pero descubrió que podía trepar por el tronco astillado. Entonces se abrió paso con cuidado a través de una de las ventanas rotas, mientras los otros perros observaban fascinados desde abajo.

Dentro, todo estaba oscuro y polvoriento. Había olor a ratón y también a otras cosas tentadoras. Misha olfateó rápidamente las habitaciones de arriba, sintiendo que no había nada interesante. Bajó las escaleras trotando, apareciendo por un momento a través de las sucias ventanas, lo que provocó un ataque de ladridos maníacos de los otros perros.

Pronto encontró la cocina, y recordó cómo se almacenaba la comida en la pequeña casa donde él y Bratan se habían quedado con su madre. Se acercó a la nevera y consiguió abrirla. El interior era un bosque de moho verde y desprendía un hedor a muerte. No había nada comestible.

Rebuscó en los armarios y encontró latas que parecían prometer cosas buenas, pero no había forma de entrar en ellas. Misha empezaba a pensar que su misión no había servido para nada cuando se dio cuenta de que había otra puerta entreabierta y la cruzó. Al instante, supo que esa era la fuente del rico y carnoso aroma que impregnaba la casa.

La puerta daba a una desvencijada escalera de madera que conducía al sótano. La oscuridad era total, pero el agudo olfato de Misha le dijo que era un lugar de profundo interés para un perro hambriento, y bajó las escaleras hacia la penumbra.

No era un sótano limpio y ordenado con paredes de madera, sino un sótano tosco, excavado recientemente. Misha recorrió el espacio olfateando, y los olores le provocaron casi un frenesí. Olfateó los rincones, convencido de que debía encontrar... lo que fuera.

Pero nada.

Y entonces se dio cuenta de que los olores le llegaban desde arriba. Un poco de luz se filtraba por la puerta abierta y podía distinguir varias formas orgánicas que colgaban tentadoramente fuera de su alcance. Saltó, saltó una y otra vez, pero cada vez se quedaba corto. Ladró su rabia y frustración, y oyó vagamente ladridos de respuesta desde el exterior.

Se detuvo y reflexionó. A lo largo de una pared había un viejo armario de dormitorio, ahora relegado al sótano y utilizado para guardar herramientas. Misha consiguió, tras un tropiezo fallido, saltar encima de él. Ahora estaba un poco más abajo y a un lado de las delicias de las que emanaban los olores, que llenaban su mente con una embriagadora nube de gloria.

Lo necesitaba.

Más cerca ahora, podía ver las formas más claramente. Algunas eran largas y delgadas. Otras gordas y pesadas. Misha no lo sabía, pero había dado con el almacén de jamones y salchichas en conserva de la granja, suspendido del techo por ganchos y cordeles.

Misha se estabilizó y se lanzó al oscuro vacío del sótano. Sus mandíbulas entraron en contacto con un gran jamón. Durante un breve instante, su lengua rozó y saboreó su maravilloso y sabroso sabor. Pero el jamón se apartó perezosamente y sus dientes no pudieron hundirse en la carne seca. Se deslizó por el jamón y cayó al suelo.

En un segundo, estaba de nuevo en pie, saltando sobre las estanterías y elevándose en el aire. No sirvió de nada. El jamón era demasiado grande para abarcarlo con sus mandíbulas. De nuevo, aterrizó torpemente en el suelo de tierra.

La siguiente vez, pensó antes de saltar. El jamón era un monstruo demasiado grande para derrotarlo. Necesitaba algo más fácil de agarrar. Un conejo, más que un bisonte. Avanzó sigilosamente por el mueble hasta situarse frente a un salchichón de tremenda longitud pero de circunferencia manejable. Se estabilizó, saltó y ¡ya lo tenía! El salchichón era lo bastante delgado como para que pudiera agarrarlo con fuerza y sus dientes se clavaron en él, hundiéndose en la carne masticable.

Allí colgaba, o más bien se balanceaba, vertiginosamente al principio y luego más firmemente, hacia adelante y hacia atrás como un péndulo.

¿Y ahora qué? No había pensado con tanta antelación. Por suerte, el peso combinado del perro y la salchicha fue suficiente para que el gancho por el que se sujetaba cortara la carne, y perro y salchicha cayeron al suelo.

Fue una rica recompensa por todos sus esfuerzos. Misha nunca había probado nada tan delicioso. Tenía la intención de llevársela para compartirla con la manada, pero la salchicha estaba demasiado buena y en cuestión de instantes se la había comido entera.

Saciado el hambre, Misha empezó a planear su siguiente movimiento. Este suministro de alimentos aseguraría su lugar y el de Bratan en la manada. Ganaría estatus. Sería un héroe. Eso era algo que él quería mucho. Incluso con la amenaza de fondo de Laika, se sentía seguro y feliz con los perros de la granja, y por primera vez no tenía que preocuparse constantemente por su hermano. Luego estaba lo otro. Esos sentimientos fuertes y perturbadores que bullían en su interior cada vez que Saluki estaba cerca. . .

Pero había problemas logísticos. Probablemente podría haber traído una salchicha por donde había venido, pero los grandes premios eran esos grandes

jamones. Aunque hubiera podido tirar uno al suelo, nunca habría podido subirlo por las escaleras, sacarlo por la ventana y bajarlo por el árbol.

Misha exploró el resto del sótano, arañando las paredes, tratando de encontrar un punto débil. La mayor parte era inflexiblemente dura y seca, pero en un rincón la humedad se había deslizado gradualmente desde los cimientos y había dejado la base de la pared blanda y quebradiza. Misha empezó a escarbar con las patas, excavando hacia fuera y luego hacia arriba.

Era un trabajo largo y duro. Ya había ayudado a su madre a desenterrar madrigueras y había pasado largas horas excavando en busca de conejos y topos, pero eso siempre era excavar hacia abajo. Cavar hacia arriba era otra cosa. La tierra le daba en la cara y en los ojos, y todo lo que excavaba era sustituido por tierra que caía desde arriba. Pero, finalmente, a medida que el peso de la tierra sobre él disminuía, su trabajo se hacía más fácil.

Durante los últimos centímetros fue consciente de la agitación que había sobre él, del golpeteo de las patas, de los ladridos y aullidos. Tan pronto como su afilada nariz empujó hacia arriba a través de la hierba, fue recibida por la frenética lengua de Bratan. Y entonces asomó la cabeza y toda la manada estaba allí, incluso el viejo Shepherd, en un estado de éxtasis canino por su reaparición.

Vio que había salido un poco más allá de la pared trasera de la casa. Los otros rasparon y se esforzaron por sacarlo, lo que a su vez hizo que el túnel se derrumbara detrás de él. Pero con la ayuda de más patas, pronto lo despejó de nuevo.

Por un momento, los perros observaron la oscura boca del túnel, un poco inseguros de adónde y a qué conducía. Entonces Terrier emitió un ladrido rápido y agudo y se metió en el agujero. Al fin y al cabo, los agujeros están hechos para los terriers, y los terriers para los agujeros. Sus ladridos excitados fueron in crescendo a medida que el perrito olía la carne.

Scrag y Shorty fueron los primeros en seguir a Terrier, y luego todos los perros, con la excepción del digno Shepherd, lucharon por ser los siguientes, empujando, chasqueando y luchando por bajar.

Por fin, Shepherd decidió que no podía aguantar más. Hubo un momento incómodo en el que el enorme perro se quedó atascado mitad dentro y mitad fuera del túnel. Todo lo que Misha podía ver de él era su gran y musculosa grupa y sus patas traseras dando frenéticos zarpazos en el suelo. Pero de un modo u otro consiguió pasar.

Misha esperó a que los ladridos subterráneos se volvieran primero excitados, luego frenéticos y después furiosos. Fue entonces cuando volvió al agujero y bajó al sótano. Encontró a toda la manada saltando, intentando alcanzar la carne que colgaba. Fue una visión que le llenó de una extraña felicidad.

El único perro que no se unió al frenesí fue Shepherd, que no estaba hecho para saltar. Se limitaba a mirar los jamones con ojos grandes y lúgubres. Sólo Saluki se acercó e incluso sus prodigiosos saltos fracasaron, ya que se vio obstaculizada por los otros perros y el reducido espacio. Por primera vez desde que la conoció, parecía nerviosa y poco elegante.

Sin inmutarse, Misha saltó al mueble y, ante la mirada atónita de la jauría, volvió a saltar. Esperaba que su éxito fuera recibido con la adoración de la multitud. Pero esta vez había sido un poco descuidado y, al impulsarse, el mueble se tambaleó, se tambaleó y cayó al suelo con estrépito, dispersando a los perros que aullaban. Misha no dio en el blanco y aterrizó en la parte trasera plana del armario, sintiéndose un poco tonto. Notó un brillo de placer maligno en los ojos de Laika...

Pero entonces, al levantar la vista, se dio cuenta de algo: ahora que estaba encima del mueble caído, estaba un poco más cerca de los jamones y salchichas colgantes. Consiguió ponerse de pie sobre sus patas traseras y mantener el equilibrio el tiempo suficiente para cerrar los dientes alrededor de uno de los salchichones. Tiró de él y se deslizó hacia abajo, de modo que pudo agarrarlo bien, y luego un buen tirón lo liberó.

Una vez más, los otros perros entraron en éxtasis. Estaban a punto de morirse de hambre y, cuando Misha les tiró el salami, se desató el caos y todos los perros intentaron darle un mordisco. Laika era el más rápido y el más malo, pero ni siquiera él pudo luchar contra toda la voraz manada.

Todo podría haber acabado muy mal si Shepherd no hubiera soltado uno de sus ladridos más estremecedores y lo hubiera respaldado con lo más raro: un gruñido de Shepherd con todos los colmillos. Los perros de la granja ya habían visto lo que podía pasar cuando su líder perdía los estribos y ninguno quería ser el receptor.

Laika dejó caer la salchicha de mala gana y Terrier la recogió y se la llevó a Shepherd. Shepherd la miró, la olfateó y luego la ignoró. Se subió trabajosamente encima del mueble caído, miró hacia la oscuridad perfumada de carne, se estiró hasta alcanzar toda su estatura, abrió su boca cavernosa y agarró un jamón enorme. Los músculos de su cuello ondularon y se estremecieron como lava fundida y, con un tirón que hizo caer del techo una nube de polvo y suciedad, el jamón se liberó.

A continuación, Shepherd caminó metódicamente, tirando de cada jamón hasta colocar cuatro en fila.

No se preocupó de las salchichas. Ese era el trabajo de Saluki. Con la ayuda del trampolín del armario, se elevó en el aire y arrancó cada salchicha como una trucha a la mosca.

Ahora había comida suficiente para alimentar a toda la manada durante semanas.

CAPÍTULO 28

SALUKI

Misha, atiborrado de salami, salió del sótano y volvió a la luz del día. Se tumbó al sol, disfrutando de su plenitud y de la satisfacción de haber servido tan bien a su manada.

El siguiente perro en reaparecer del túnel fue el elegante Saluki. Bueno, elegante en la mayoría de las circunstancias. Ni siquiera ella podía salir de un agujero con gracia después de una comida pesada.

Nunca habían pasado tiempo a solas, tales eran los celos de Laika. Es cierto que Misha se había quedado mirándola, y una o dos veces se había dado cuenta de que ella le miraba a él. Era una mirada curiosa. Ella lo miraba, desviaba la mirada, volvía a mirarlo y se lanzaba a una de sus lánguidas carreras, saltando por encima de la valla hacia el campo de caballos, saltando por encima de cualquier perro asustado que se encontrara a su alcance.

Y una vez, Bratan, que veía casi todo, miró a Misha y luego a Saluki, y soltó una carcajada de reconocimiento que hizo que Misha se enfadara inexplicablemente por un momento. Se abalanzó sobre su hermano y forcejearon hasta que su rabia se convirtió en felicidad avergonzada, y pronto ambos quedaron indefensos por la alegría perruna.

Pero ahora, durante un rato, no había nadie para vigilar a Misha y Saluki. Se sintió congelado por un alegre terror, la quietud de su cuerpo burlada por los frenéticos latidos de su corazón. Saluki caminaba hacia él, líquida aunque sus movimientos eran lentos. Lo único que indicaba que tal vez no se aburriera del todo con este encuentro era que sus orejas, que normalmente se agachaban y caían perezosamente, estaban alerta y ladeadas.

Y entonces, cuando estaba casi lo bastante cerca para que Misha hubiera alargado la lengua para lamerle la punta de la nariz, los ojos de Saluki se entrecerraron y atacó como una víbora, mordiéndole en el hombro.

Fue un golpe terrible. La reacción de Misha fue demasiado lenta y, para cuando su instinto le obligó a retroceder, el otro perro estaba huyendo, agitando las orejas y sacando la larga lengua para unirse a ellas.

Ahora Misha vio el juego y corrió tras ella. Casi estaba allí, casi listo para saltar. Y entonces ella saltaba sobre él mientras él corría, de izquierda a derecha, luego de derecha a izquierda otra vez, y cada vez sentía el delicioso tacto de su pelaje sobre el suyo. Se debatía entre la admiración por aquel despliegue de gracia atlética y la furia por la humillación de ser su juguete, su juguete. Entonces ella aminoró la marcha y él estuvo cerca de ella, lo bastante cerca como para...

Pero no: ¡se había vuelto a alejar! Le había dejado acercarse sólo como una broma.

Nunca la alcanzaría. Se detuvo, jadeante, enfadado de nuevo. El pellizco que ella le había dado le dolió. Se detuvo a unos metros, mirando hacia atrás por encima del hombro. Luego se tumbó en la hierba, con las piernas estiradas hacia delante.

Misha se había propuesto no tener nada más que ver con aquella estúpida perra, con sus mordiscos y sus molestos saltos, pero ahora aquí estaba, tumbada tranquilamente en el suelo ante él. Sus piernas tomaron el control y se dio cuenta de que estaba caminando hacia ella.

¡Estúpido! Se detuvo, dio media vuelta, pero una vez más sus piernas tomaron la decisión. Esperaba que en cualquier momento ella volviera a saltar sobre él, y planeaba vengarse de aquel pellizco, de aquellas humillaciones. Y

entonces, de alguna manera, estaban nariz con nariz. La lengua de ella le lamió la cara, y él lamió la suya, y Misha sintió el primer momento de felicidad pura y sin adulterar de su vida, sintió que su alma animal se deslizaba pacíficamente de su cuerpo y se unía a la de ella.

Y entonces oyó un alboroto: los aullidos y ladridos de la manada al salir del túnel. Terrier fue el primero en salir, como había sido el primero en entrar, luego los demás, demasiado deprisa para distinguir con claridad cuál era cuál, y por último, laboriosamente, con muchos resoplidos, Shepherd.

Los perros estaban llenos y contentos. Movían las colas y soltaban la lengua. Shorty estaba tumbado boca arriba mientras Scrag le acariciaba el estómago. Puede que fuera la primera vez en sus duras vidas que comían todo lo que querían.

Sólo un perro permaneció apartado. Laika miró con sus fríos ojos azules a Misha y a Saluki, que seguían tumbados uno junto al otro bajo el sol de la tarde.

CAPÍTULO 29

¡CONFLICTO!

Los meses siguientes, a medida que la primavera se extendía hasta principios del verano, fueron los mejores de la corta vida de Misha. Aunque entremezclado con el intenso amor y lealtad que habían compartido, su tiempo con Madre había sido de lucha y miedo. Había habido pocas oportunidades para la diversión y el juego. Pero ahora, con los jamones secos y las salchichas que les ayudaban a superar las épocas de escasez, había espacio y energía para entretenimientos no relacionados con la caza y la búsqueda de comida.

Saluki y los dos perros callejeros eran los principales compañeros de juego de Misha y Bratan. A Scrag y Shorty les encantaba el estatus que les daba estar con los hermanos, y estaban tan ansiosos como cachorros. Saluki simplemente se deleitaba con cualquier oportunidad de mostrar su extraordinaria gracia y velocidad. Terrier era un poco más distante y gruñón, pero incluso él se dejaba atrapar a veces en los interminables juegos de persecución y emboscada. Shepherd, por supuesto, era demasiado viejo y digno para retozar con los demás, pero se tumbaba cuando salía el sol y observaba, babeando a su manera benigna.

Y Laika espiaba y conspiraba.

Cada vez que Misha y Saluki pensaban que estaban solos, levantaban la vista y veían a Laika al acecho.

El temperamento de Laika estaba siempre a punto de estallar, normalmente con Scrag y Shorty. El principal lugar de conflicto era la boca del túnel que bajaba al sótano. Si dos perros se encontraban allí, había una pequeña posibilidad de una refriega o una pelea. Pero si Laika estaba detrás de ti, sentirías sus dientes.

Una vez intentó pelearse con Bratan, que salía del túnel, justo cuando Laika intentaba bajar por él. Bratan gruñó, chasqueó, ladró profundamente y Laika casi silbó, un sonido muy poco propio de un perro.

Bratan mordía como un oso, pero Laika era una luchadora feroz y hábil, y el encuentro habría acabado mal para el hermano de Misha si no hubiera ocurrido en el túnel. Laika no pudo aprovechar su mayor velocidad para atacar por el flanco y se encontró con los dientes chasqueantes de Bratan.

Y luego, detrás de él, un indignado Misha.

De repente las cosas se pusieron feas para Laika. Un perro atrincherado delante de él, uno furioso detrás. No había vivido tanto siendo estúpido. Al instante, su actitud cambió de agresividad a amabilidad, moviendo la cola y agachando las orejas.

Misha sabía que Laika no era de fiar, pero no podía atacar cuando el otro perro le había señalado sus buenas intenciones. Laika se escabulló, todavía moviendo la cola, pero Bratan y Misha no vieron la mirada de odio que desfiguraba su cara.

Cuando por fin llegó la gran pelea, Saluki fue el causante. Era pleno verano y hacía calor, y la mayoría de los perros estaban aburridos y apáticos. Misha y Bratan se habían refugiado en el granero. No les daba el sol, pero era sofocante y no hacía viento. Se tumbaron casi nariz con nariz y soñaron con conejos.

Laika llevaba un par de días intentando separar a Saluki del resto de la manada, empujándola físicamente hacia el bosque con sus fuertes hombros. Ella se deslizaba y resbalaba de su agarre, volviendo siempre hacia Misha. Y ese día, ya había tenido suficiente. Estaba tumbada a la sombra de los espinos que dominaban el prado de los caballos cuando apareció Laika. Se tumbó a su lado y ella se fue a otra zona de sombra. Él la siguió, gimoteando y sonriendo, con la lengua fuera de la boca.

Saluki era hermosa, grácil y bondadosa. Pero también era una perra criada para la caza. Y ahora la habían llevado demasiado lejos. El golpe, cuando llegó, fue casi demasiado rápido para verlo, ciertamente demasiado rápido para que Laika lo esquivara. Le mordió en el cuello y, aunque no le perforó la piel, le dolió. Y más que la carne herida, el orgullo herido de Laika fue lo que lo encendió ahora. En un instante, se transformó de pretendiente a luchador.

Un chasquido en el costado de la cabeza de Saluki, un chasquido en su pata delantera, un chasquido en su garganta. El último podría haber resultado mortal si sus reflejos no hubieran echado la cabeza hacia atrás, de modo que los dientes de Laika mordieron el largo y sedoso pelo de su cuello y no la delicada piel.

Aunque era una cazadora, Saluki no era una perra de pelea. Era demasiado alargada, delicada y refinada. Y ahora parecía que Laika seguramente la mataría.

Pero Misha ya estaba corriendo por el prado. Se había despertado de su letargo por los ladridos del siempre vigilante Terrier, que sabía que algo estaba pasando. En un segundo salió del establo, con Bratan siguiéndole somnoliento.

Misha vio enseguida que Saluki estaba en serios problemas. Tenía las orejas pegadas a la cabeza y se mantenía agachada para defenderse del próximo ataque de Laika. No podía correr porque tenía la pata herida y tenía sangre en la cara.

Misha sintió que ya no era una criatura de sangre y huesos, sino algo nuevo: un espíritu vengador hecho de pura rabia. Laika estaba tan concentrada en infligir su propia venganza sangrienta a Saluki que no percibió el peligro que se avecinaba. Sólo en el último segundo percibió el golpeteo de sus pies. Misha se lanzó directamente contra él, compensando su menor tamaño con la energía cinética de su carga. Laika cayó al suelo. Intentó ponerse en pie, acercó las mandíbulas para morder a Misha, pero demasiado tarde.

Misha le mordió el hombro, la cara, el hombro otra vez: mordiscos fuertes, no pellizcos de advertencia.

Laika se dio la vuelta para huir, pero Misha estaba sobre él, y los mordiscos le llovían ahora en los flancos, la grupa, la cola, las patas traseras. Laika se dio cuenta de que darle la espalda significaba la muerte y que su única esperanza era enfrentarse al vengador, hocico contra hocico, así que de nuevo intentó plantar cara. Pero Misha era una imparable tormenta de ira. Sabía que la forma de acabar con esto era obligar a Laika a ponerse boca arriba, exponiendo la garganta para el mordisco mortal, así que su táctica cambió. Ahora cargó, hombro con hombro, para empujar al otro perro al suelo. Lo dejó abierto a los mordiscos de respuesta de Laika, pero a Misha no le importó, ni siquiera los sintió. El perro más grande debería haber sido capaz de ganar esta batalla de embestidas hombro con hombro: el peso debería haber sido decisivo, pero la furia tiene su propio peso.

Y ahora, por fin, Bratan alcanzó a los dos, junto con Terrier, Shepherd y Scrag, que por una vez estaba sin su compañero de juegos, Shorty.

Bratan quiso unirse a la refriega, ayudando a su hermano, pero el enorme Pastor se lo impidió.

Déjalos terminar, retumbó.

Y, en efecto, Misha habría acabado con ella. Su última y poderosa maniobra obligó a Laika, exhausta y maltrecha, a tumbarse sobre su espalda. Y con eso perdió su lucha. Aunque era un matón, no era un cobarde y se preparó para encontrar la muerte sin lloriquear. No suplicaría clemencia.

Misha hizo una pausa, la furia de la sangre disminuyó un poco. Pero había otra furia que ardía en él, fría y no caliente. Ahora se apoderó de él y enseñó sus grandes colmillos... . .

Y entonces todos los perros se paralizaron.

Hubo un sonido que sólo Misha y Bratan habían oído antes, pero que todos conocían. Era el aullido largo y lastimero de un lobo, y en cierto nivel todos los perros comprendieron que anunciaba su perdición.

CAPÍTULO 30

DOS CABEZAS

Bajo el aullido del lobo, llegó otro sonido.

Ladridos.

El único miembro de la manada que no estaba presente era Shorty.

Misha y Laika permanecieron entrelazados pero completamente quietos. Shepherd se movió hacia adelante, y casi suavemente, pero con gran fuerza, empujó a Misha de Laika. No era el momento de luchar y la sed de sangre de Misha ya había pasado. Ahora los seis perros: Misha, Bratan, Terrier, Saluki,

Shepherd y Scrag corrieron hacia los ladridos, que provenían de los matorrales del bosque en el otro extremo de la granja.

No tardaron en encontrar a Shorty. Había dejado de ladrar y ahora estaba inmóvil, mirando algo que yacía en la hierba que crecía entre los árboles jóvenes de abedul plateado y sauce. Saluki lo alcanzó primero y se quedó inmóvil, con el pelo del cuello y el lomo erecto, haciendo que su forma, normalmente lisa y flexible, pareciera casi cómicamente esponjosa.

Los olores y las vistas eran difíciles de entender, y Misha ladró dos veces en su confusión y ansiedad. Los olores eran una mezcla de perro y, sí, lobo. Había huellas frescas en el suelo. La vista era puro horror.

No podía saberlo, por supuesto, pero lo que estaba viendo eran los restos de los dos perros: el alsaciano y el lurcher que habían pasado por la granja meses antes, marchándose para encontrar, esperaban, mejores presas. Sus andanzas les habían llevado lejos a través de los bosques y los campos que se estaban convirtiendo en bosques, y su compañía les había mantenido con vida. Pero finalmente su camino les había llevado al territorio de los lobos.

Allí, primero se habían sentido atraídos por el encanto de una loba: una que aún llevaba las cicatrices de su batalla con Misha, Bratan y Madre. Una loba que, si alguna vez un lobo odiaba, odiaba a los perros. Encontró a los dos en el límite de las tierras de los lobos y trató de tentarlos para que se acercaran al resto de la manada. Y ellos siguieron a esta extraña, hermosa y tentadora criatura durante un tiempo, con el miedo y la excitación tirando de ellos.

Pero entonces les asaltaron los olores y sonidos de la manada de lobos y supieron que corrían un terrible peligro. Huyeron a toda prisa. La vida en la naturaleza les había hecho más veloces y resistentes que los lobos, y corrieron literalmente por sus vidas, aunque no lo bastante rápido como para perder a los lobos que les perseguían. Los perros huyeron, por casualidad o sabiendo que era su única esperanza, hacia la granja que habían abandonado aquellos meses. Corrieron durante dos horas. Tres. Y la tierra que les rodeaba les resultó familiar. Estaban cerca. Muy cerca.

No todos los lobos los habían seguido. Y algunos se habían rendido una vez que los perros habían sido expulsados de las tierras de pastoreo. Sólo quedaban tres. Cara Cruzada y dos de sus hijos adultos. La siguieron por miedo y obediencia. Ella huyó de su anhelo de matar perros.

Los lobos los atraparon casi a la vista de la granja. Los perros estaban al límite de su resistencia y sólo opusieron una débil resistencia. Los lobos tardaron unos segundos en acabar con ellos y el único sonido que se oyó fue el aterrorizado gemido de los perros cuando los dientes de sus perseguidores se hundieron.

Y ahora Misha y la manada de la granja miraban lo que quedaba. Dos cabezas, que parecían haber sido colocadas juntas, mirando en dirección a la granja. Ocho patas, en una línea surreal y recta. Y dos colas. Todo lo demás se lo habían comido.

Una vez más llegó ese largo aullido. Esta vez más lejos. Los lobos estaban regresando a su territorio. Su líder había sentido que había muchos perros aquí, demasiados para que ellos tres los mataran. Y en medio de la nube de olores, había dos hilos que ella conocía muy bien, lo sabía en sus entrañas y lo sabía en su oreja desgarrada y su cara mutilada.

El atardecer se acercaba, el bosque se llenaba de sombras. La manada de la granja miró a Shepherd. Lanzó un profundo graznido tras los lobos que se retiraban. Los otros se unieron, aullando en la oscuridad. Somos grandes. Somos fuertes. Somos muchos. No tenemos miedo.

Entonces Shepherd volvió a la granja y los demás le siguieron, sintiéndose pequeños y débiles y pocos y asustados.

CAPÍTULO 31

UN AULLIDO QUE RESPONDE

Los perros sabían lo que les esperaba.

Misha y Bratan lo sabían por amarga experiencia. Los demás lo sabían por instinto. Algunos demostraron con su inquietud que querían huir. Correr era sabio y práctico cuando la alternativa era la muerte. Scrag y Shorty gimoteaban y correteaban por todos los rincones de la granja, como si buscaran un camino secreto hacia la seguridad. Misha y Bratan sintieron el impulso de marcharse. Entre la manada, sólo ellos habían luchado contra un lobo y sabían lo que

significaba. No había vergüenza en huir. Y Misha sabía que si se iban, otro perro, al menos, estaría con ellos: Saluki.

Pero Shepherd era demasiado viejo para huir. Iba a quedarse y luchar por lo que era suyo. Y si Shepherd se quedaba, también lo haría Terrier. Lucharían y morirían juntos, antes de abandonar su hogar. Y luego estaba Laika. Estaba sentada en medio del corral, una imagen de serenidad. Algo había cambiado en él desde la pelea con Misha. A veces un perro, o un lobo, sólo necesita que le muestren el lugar que le corresponde en la jerarquía para sentirse satisfecho.

Cuando Misha vio que Shepherd, Terrier y Laika se quedaban, supo que él también se quedaría. Y con él, Bratan y Saluki. Y si ellos se quedaban, también lo harían los perros callejeros. Juntos era posible que pudieran luchar contra los lobos. O tal vez los lobos no vendrían después de todo.

Por primera vez en muchas semanas, la manada durmió junta en el granero. Incluso Sokha, que solía pasar la noche solo en el campo, se acercó y se tumbó cerca de ellos.

Al día siguiente patrullaron los límites de su territorio, marcando árboles y postes de la valla. Era su primera defensa. Decirle al mundo que estaban ahí, que eran perros, que lucharían.

Laika encontró una gallina faisán y una cría de diez polluelos, que mató y luego compartió con la manada. Saluki se quedó cerca de Misha, acariciándole y lamiéndole. Misha pensó que su mensaje era: *Deberíamos irnos. Pero si tú te quedas, yo me quedo*.

En algún momento del día, Sokha desapareció. A lo largo de los años, el caballo se había alejado a menudo en busca de forraje, pero todos los perros parecían saber que esto era diferente. Shepherd caminó pesadamente hacia el campo y aulló, pero no obtuvo respuesta.

Esa noche todos estaban nerviosos. Cada oído estaba aguzado y cada sonido del bosque -el ulular del búho, el lejano bramido de un bisonte, incluso una brisa que enviaba un resplandor como de lluvia a través de los álamos- les hacía sobresaltarse.

El día y la noche siguientes fueron muy parecidos al anterior. Poco a poco, la tensión disminuyó, el miedo desapareció, la cautela se suavizó... Lo único extraño fue que el caballo no volvió. Shepherd se paseaba por los límites

de su territorio, ladrando de vez en cuando como si llamara a su amigo. Pero no hubo respuesta.

Al día siguiente empezaron a imaginar que los lobos nunca vendrían. Quizá nunca habían venido. Había osos en el bosque. Y linces. ¿No podrían haber sido ellos los responsables de aquellas cabezas cortadas? ¿Se habían imaginado el olor a lobo y aquel aullido? Ya se estaban desvaneciendo de la memoria.

Pero no para Misha y Bratan.

Misha había estado buscando posiciones defendibles, por si venían los lobos. El granero era una posibilidad. Si todos los perros se paraban firmemente en su puerta abierta, podrían tener una oportunidad. Ningún lobo podría ponerse detrás de ellos.

Aun así, ¿cómo podría una fila de perros, incluidos los dos perros callejeros huidizos y un terrier del tamaño de un estornudo, resistir un ataque de lobos? Un lobo casi había bastado para vencer a tres duros perros de la naturaleza. Contra estos perros, incluso con el poder de Shepherd...

Entonces recordó el túnel hasta el sótano. Un perro decidido podría ser capaz de sostenerlo. ¿Por cuánto tiempo? ¿Y si los lobos cavaban detrás de él? Como refugio final podría ayudar a ganar tiempo. ¿Pero ganar tiempo para qué?

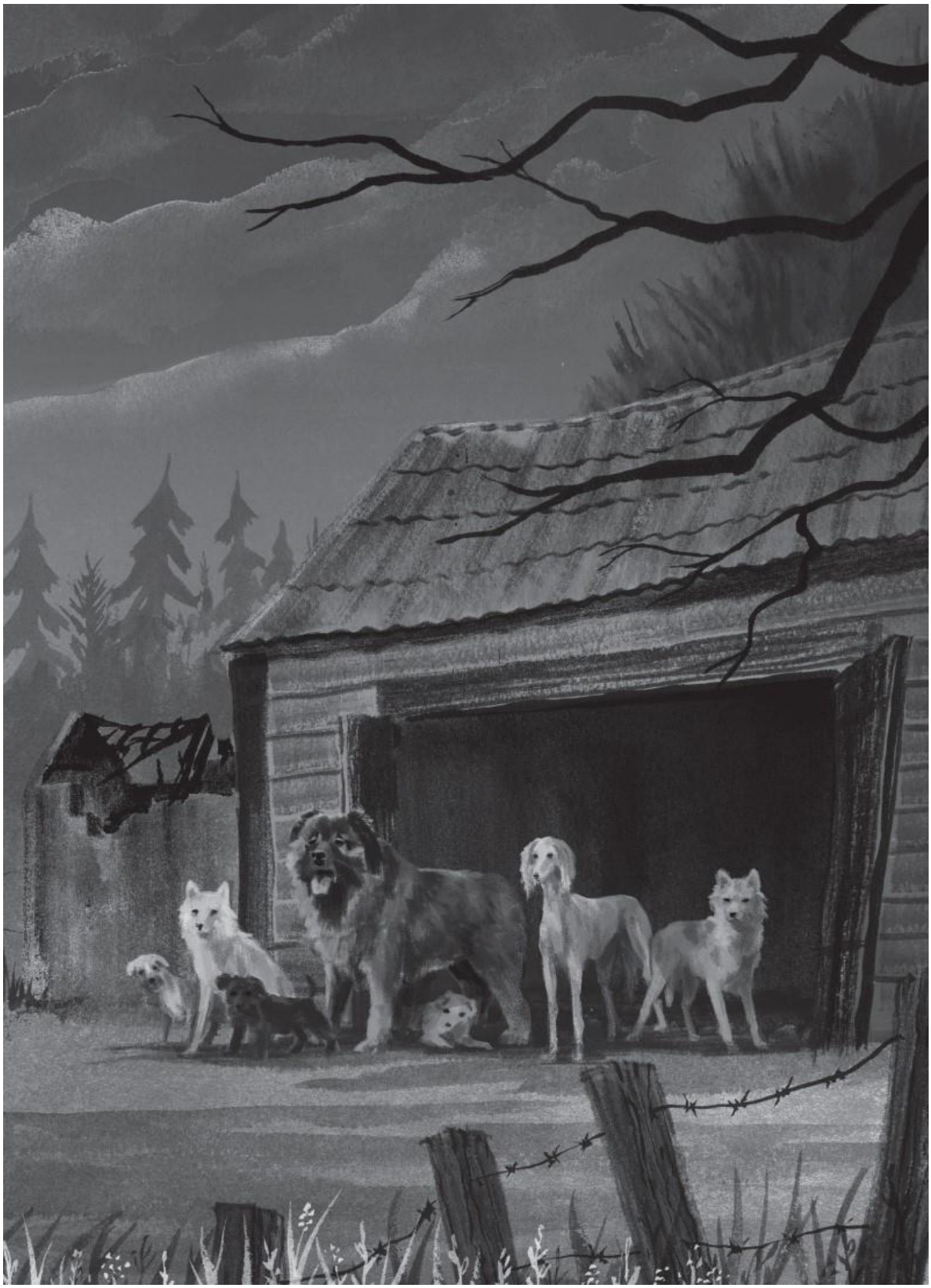
Esa noche los lobos aullaron y los perros supieron que se acercaba la batalla. Todos estaban nerviosos y nerviosas, excepto Laika. Mantenía esa extraña calma. Misha se preguntó si todo era una fachada, una mentira. ¿Estaba planeando uno de sus astutos ataques por la retaguardia, mientras todos esperaban frente al asalto de los lobos? Entonces correría hacia el bosque y escaparía, con su venganza consumada. Pero de alguna manera eso no parecía correcto. Algo en Laika emanaba la serenidad de alguien dispuesto a aceptar lo que viniera, incluso la muerte.

Una vez más, se reunieron en el granero. Había luz de luna, pero también nubes, por lo que el mundo de la granja y el bosque se veía rociado alternativamente por un resplandor plateado y sumido en la más absoluta oscuridad.

Durante toda la noche continuaron los aullidos. Misha intentó contar las voces. Una, dos... *muchas*. Salió y se quedó mirando el bosque. Los lobos aún estaban lejos. ¿Se estaban acercando?

Y entonces un aullido solitario pareció llegar a lo más profundo de su ser y obtener una respuesta. Su cuello se estiró hacia el aire oscuro y un aullido salió de su garganta. El primero vaciló y se ahogó. Pero entonces llegó otro desde el bosque, y esta vez su respuesta fue plena y rica, y modulada de grave a agudo, y sintió que su cuerpo se estremecía al compás de su música, la música de los lobos.

Miró a su alrededor. Todos los demás perros habían salido del granero y se habían quedado mirándolo, con los pelos de punta. De repente se sintió estúpido. Tocó con la nariz a cada uno de ellos, tranquilizándolos. *Sigo siendo uno de vosotros*.



CAPÍTULO 32

EMPIEZA LA BATALLA

Todos sabían que era su último día.

Misha quería pasar tiempo con su hermano, pero Bratan estaba extrañamente distante y distraído. Se acercaba a los límites del territorio y miraba fijamente a los árboles, con las orejas y la nariz temblorosas. Misha sabía que su hermano era más un pensador que un hacedor, que a veces veía peligros y oportunidades que los otros perros no veían. . .

Pero quizás Bratan sólo estaba nervioso y asustado como los demás.

Y así Misha pasó la mayor parte de este último día con Saluki. A veces se mostraba amable y cariñosa, pero también curiosamente a la defensiva. Una vez se acercó demasiado cuando ella no se lo esperaba y se enfrentó a él con un gruñido colmilludo que le hizo retroceder de un salto, no fuera a ser que le desgarrara.

Una vez más, podía ser que su comportamiento se debiera al peligro que corrían.

Pero otra idea creció en su mente. Una idea maravillosa y terrible.

Iba a tener una camada.

Y todos iban a morir aquí.

Entonces pensó de nuevo en huir. Ellos dos, y Bratan. Pero Bratan. ¿Cómo podría huir? Se quedaría atrás para morir en las fauces de los lobos.

Y ahora era demasiado tarde. Por la tarde, los aullidos se reanudaron. El sonido venía de todas direcciones. Estaban rodeados. Diez, doce, más voces se mezclaron, surgieron, menguaron, luego se elevaron. Y más cerca. Parecía que la lucha iba a ser al atardecer, para que la oscuridad no los ocultara ni permitiera escapar a ninguno de ellos. Esta vez Misha no encontró respuesta en su aullido.

Por última vez, se reunieron en el granero.

Shepherd, Laika, Saluki, los perros de la calle, Terrier y . . .

Bratan, ¿dónde estaba Bratan?

Presa del pánico, Misha galopó y ladró por el granero, y luego por el corral. Intentó encontrar a Bratan por el olfato, pero por supuesto su olor estaba por todas partes. Pensó que el rastro más fresco se dirigía al bosque. ¿Los había abandonado Bratan? Nunca pudo atravesar la fila de lobos. Era inútil. Probablemente ya estaba muerto. La pena de perder a Bratan se fundió con la sensación de traición. Ahora que tenía una hembra con cachorros que defender, necesitaba a su firme hermano, necesitaba esa cabeza fuerte, esos grandes dientes, ese coraje. El coraje que había fallado. . .

Los aullidos habían sido continuos pero ahora cesaron. Los perros se reunieron en el centro del granero, frente a las viejas puertas podridas. Siempre había sido su guarida, el corazón de la manada de la granja. Fuera, el cielo brillaba con un rojo sangre y las nubes estaban salpicadas de púrpura y negro.

Laika gruñó y aguzó las orejas. Sus sentidos estaban agudizados. Shepherd, más lento, primero le miró a él y luego al patio. Se acercó a la puerta.

Todos estos años había estado esperando esto. Fue criado para luchar contra los lobos, y el conocimiento de ello era profundo en sus dientes y huesos. Y si esos huesos eran viejos y artríticos, los dientes rotos y marrones, bueno, ¿qué más daba?

La puerta del granero medía unos cuatro metros de ancho. Shepherd casi parecía llenarlo solo. Pero no estaba solo. Terrier corrió a su lado, gruñendo en la oscuridad, con sus patitas encorvadas por la edad pero el pecho abultado por un orgullo intrépido. Y Laika estaba a su otro lado, con sus ojos amarillos tranquilamente letales. Y Misha estaba con ellos, orgulloso de su manada pero también decidido a borrar la vergüenza familiar de la huida de su hermano. Saluki estaba junto a su hombro. Había intentado ponerla a salvo en la parte trasera del granero, pero no lo consiguió y gruñó cuando insistió. Los perros callejeros, Scrag y Shorty, también estaban allí, juntos como siempre: demasiado inteligentes para no sentir miedo, pero demasiado unidos a la manada para permanecer separados.

Siete perros contra la manada de lobos.

Misha nunca se había sentido así.

Él era la manada; la manada era él.

Moriría por ella y ella moriría por él. Con Bratan siempre había sentido que era responsable, que era su trabajo mantener a su hermano a salvo. Pero ahora esa simple jerarquía había desaparecido. Eran una sola bestia con siete cabezas.

Y entonces vio la primera de ellas.

Un lobo solitario corrió por el patio, emitiendo un extraño sonido, casi una risa, casi una burla. Era una criatura de aspecto lamentable, un macho, joven o viejo, que no había llegado a la madurez o la había sobrepasado. Su pelaje parecía andrajoso y sarnoso, y los huesos que tenía debajo eran afilados como cuchillas.

Misha sintió un movimiento. Terrier había salido corriendo al encuentro del lobo. Era una locura. Incluso un lobo sarnoso tardaría un segundo en matar al perrito. Pero no era sólo el lobo sarnoso. De repente, alrededor de las sombras

del borde del patio, unos ojos rojos parpadearon y las propias sombras se movieron, como si se desenrollara una enorme pitón.

Shepherd ladró y el sonido hizo temblar la tierra. Todo ser viviente se congeló, incluso aquellas sombras serpenteantes de ojos rojos, y Terrier, liberado de su locura, miró hacia atrás y volvió a unirse a la fila.

Ahora se produjo otra pausa y el único cambio en el mundo fue que las líneas de sombras se acercaron casi imperceptiblemente.

Entonces dos sombras se separaron de los demás y trotaron hacia delante, con el aspecto más alegre que jamás ha tenido un lobo, con las orejas erguidas y la cola en alto.

Misha reconoció a una de ellas. Era la loba Cara-Cruz, que bien podría haber matado a toda su familia. Se había recuperado de sus heridas, aunque su andar, antes ligero como una hoja de otoño, era un poco más pesado en un lado: la pata que casi le rompe Bratan.

Aún emanaba ese glamour fatal y, a su pesar, Misha sintió una oleada de algún extraño sentimiento en su interior, en parte temor, en parte fascinación.

Cara Cruzada miró a lo largo de la fila de perros, con expresión humorística, casi amistosa, aunque también había desprecio en su mirada. Y entonces sus ojos se posaron en Misha y la mirada cambió. El humor la abandonó por un segundo, sustituido por... ¿qué? Ni ira, ni miedo. Ni siquiera sorpresa, ya que ella debía saber por su olor que su antiguo adversario estaba en la granja. Pero quizás *sí* sorpresa, no por su presencia sino por su forma, sorpresa porque el cachorro se había convertido en adulto, y en alguien que parecía fuerte y capaz.

La sorpresa, si es que era eso, pronto fue expulsada de su rostro por una mirada de odio inexpresivo e implacable. Saluki gruñó, y el lobo la miró a ella y luego a Misha, y la sonrisa volvió.

El otro lobo era un macho enorme, con los flancos azul-negro. No tan grande como Shepherd, que había sido criado por su tamaño por encima de todo, pero tan grande como un lobo podía crecer sin perder la flexibilidad y la velocidad que los convertían en enemigos mortales. Si Cara Cruzada había parecido como si estuviera aquí para jugar con su comida, el macho parecía que había venido a trabajar. Al igual que ella, sus ojos se movieron a lo largo de la

línea de perros, y cuando su pesada mirada se posó en Shorty, el animal gimoteó, giró en círculo y orinó. El lobo gruñó satisfecho.

Luego, él también se detuvo al ver a Misha. La mirada no era la mirada llena de odio de la loba, sino más bien una de, al principio evaluación, y luego curiosidad. Por alguna razón el macho encontró a Misha... interesante.

Eran los dos alfas de la manada. Él había liderado la manada durante años y era viejo para ser lobo. La última hembra alfa había sido derrotada en una pelea con la nueva, expulsada de la manada y luego asesinada. Así eran los lobos.

El desafío que lanzaban ahora era claro.

Venid de vuestra guarida, dijeron los dos lobos, *y luchad contra nosotros aquí*.

Pero Shepherd se quedó en silencio, mirándolos.

Y de repente, moviéndose con la velocidad no de una serpiente enroscada sino de una que golpea, Cara Cruzada se lanzó. Había estado en reposo un segundo, rascándose ociosamente la oreja arruinada con la pata trasera, y luego estaba entre ellos. Y el aterrorizado Shorty, que había perdido el control de su vejiga, perdió ahora el control de su destino. Quedó inerte en sus fauces mientras ella corría de vuelta hacia su compañera y los otros lobos que habían surgido de la oscuridad.

Incluso con el peso del fornido perrito en sus fauces, seguía siendo demasiado rápida para el corpulento Shepherd.

Pero no demasiado rápida para Laika.

Sin detenerse, la separó de los demás lobos y le asestó dos mordiscos afilados, demasiado rápidos para ser profundos, pero lo bastante fuertes como para hacerla soltar lo que llevaba y devolverle el golpe. Shorty se quedó aturdida un segundo, pero luego corrió hacia la puerta del granero.

Shepherd se acercó lo suficiente para sostener a Laika, que había recibido un mordisco en la mejilla de Cara Cruzada. Los dos retrocedieron hacia los otros perros, que ladraban y gruñían.

Los lobos tal vez deberían haber atacado juntos entonces, mientras la fila de perros aún estaba desordenada. Pero la loba, su líder en la batalla, estaba aturdida por la valiente incursión de Laika.

Shorty estaba herido, gravemente. Algo en él estaba aplastado y su pecho emitía un sonido burbujeante al respirar. Pero Scrag le acarició con el hocico y Laika, normalmente el más autosuficiente de los perros, inmune tanto a los dolores como a los deseos de los demás, rozó brevemente su cara contra la de él. Y una vez más el perro callejero ocupó su lugar en la fila.

Ahora al menos podían ver a qué se enfrentaban. Doce lobos estaban tranquilamente sentados, de pie o paseando en el patio frente al granero. Era la manada más grande de las tierras muertas. Otras manadas habían sido incorporadas o aniquiladas.

El sol se había puesto, pero la luz del cielo era suficiente para ver. El lobo flaco que había intentado sacarlos a campo abierto hizo otro par de correrías a través de la fila de perros, justo fuera de su alcance. Misha sintió que cada músculo se tensaba con el deseo de saltar y luchar contra el desgraciado, pero también sabía que eso significaría una muerte rápida.

Los lobos aún no estaban dispuestos a abalanzarse sobre los perros, que resistían la tentación de abandonar sus posiciones defensivas.

Pero la balanza no estaba equilibrada y la situación no podía durar.

De repente, dos lobos corrieron hacia los perros, apuntando a extremos opuestos de la línea. Uno fue a por Scrag y Shorty, el otro a por Misha. Sintió una conmoción caótica cuando el lobo y los perros callejeros forcejearon, y Laika se unió a la refriega. Pero entonces se vio envuelto en su propia bola gruñona de furioso combate. El lobo era bastante joven, no mucho mayor que él y aún no tenía toda su fuerza. Ni toda su astucia. Había corrido directamente hacia él, sin molestarse en ninguno de los trucos habituales de los lobos: las fintas y los falsos ataques. Había apuntado directamente a la garganta de Misha, con la boca abierta, mostrando los largos dientes. Fue bastante fácil para Misha deslizarse más allá de las mandíbulas y fijar sus propios dientes en el lateral del cuello del lobo.

Era un buen agarre, pero no mortal. No había nada vital entre sus dientes: todo lo que tenía era piel y pelo. El lobo trató frenéticamente de liberarse, pero Misha no lo soltó. Aferrado así al cuello del lobo era el lugar más seguro para

estar: las mandíbulas mordedoras no podían encontrarlo. Y entonces Misha sintió una presencia inminente y oyó tanto como sintió un crujido. Al instante, el lobo quedó inerte en su boca. Lo soltó.

Shepherd había mordido al lobo en la parte superior del cráneo, aplastando los fuertes huesos como si fueran ramitas secas. El lobo estaba muerto.

Pero la lucha continuaba. Un segundo lobo había atacado el otro extremo de la línea. Laika, Scrag y Shorty luchaban ahora contra dos lobos, aunque Shorty apenas podía sostenerse sobre sus pequeñas patas. Shepherd se movió tan rápido como le permitía su corpulencia para unirse a ellos, y Misha quiso seguirle. Pero sabía que si lo hacía, todo este flanco de la puerta quedaría abierto a los lobos, que se meterían detrás de ellos y los sacarían a todos a campo abierto. Y Saluki seguía con él, ileso.

La gran boca de Shepherd se abría y cerraba como una máquina de demolición mecánica, pero los lobos eran demasiado rápidos para él y se apartaban de su camino. Ahora eran cautelosos. Habían visto lo que podían hacer las fauces voraces y retrocedieron hasta una distancia segura. Ambos estaban ensangrentados, sobre todo por Laika, que había luchado con furia silenciosa, ayudada por Scrag y Shorty. Pero los perros callejeros habían pagado un precio. Shorty yacía de lado. Tenía los ojos abiertos y respiraba entre pequeños jadeos. Murió allí, en la puerta, sabiendo que había servido a su manada.

Su vieja y desaliñada amiga estaba de pie junto a su cuerpo, dándole codazos con la nariz. Pasará lo que pasara a continuación, no estaría separada de él mucho tiempo: sus flancos estaban cubiertos de heridas abiertas y un gran colgajo de carne le colgaba del hombro.

Pero una vez más los lobos habían retrocedido. Misha sabía, por supuesto, que sólo se trataba de ataques exploratorios, de tanteo, para probar la fuerza y la voluntad de los perros. Los alfas no habían hecho más que espolear a los demás. Los líderes de las manadas de lobos nunca son cobardes. Para llegar a ser el alfa se necesitan todas las virtudes lobunas: fuerza, velocidad, inteligencia, pero también esa voluntad de poner los dientes donde la batalla es más feroz.

Y ahora era el momento.

Había perdido a uno de su manada. No perdería a nadie más.

El macho alfa caminó lentamente hacia adelante, sus ojos fijos en Shepherd. Sus hombros parecían repentinamente macizos y su misma calma proyectaba más amenaza que toda la energía gruñona y dinámica del resto de la manada. Cara Cruzada tejió un hechizo detrás de él, moviéndose de un lado a otro con gracia nervuda. Los otros lobos se acercaron, presintiendo que era el momento de desatar el caos.

Ningún líder de manada podría haber resistido este desafío directo. Pero Shepherd tenía otros instintos, criados en su especie durante cientos de años: el impulso primario de defenderse. Shepherd resistió la lujuria de la batalla y la lucha dentro de él sólo se mostró en la forma en que cambió su peso de lado a lado.

El macho alfa parecía confundido por primera vez. Esto no estaba saliendo como él había previsto. Había supuesto que los perros, al igual que los otros lobos con los que se habían encontrado, serían una turba de desarrapados, fáciles de eliminar uno a uno. ¿Realmente iba a tener que abalanzarse sobre ellos para matar a su gran alfa?

Su líder era un gigante... Y mordía. El alfa miró al lobo muerto, que yacía justo delante de los perros. Tendría que evitar esa boca. Que así fuera.

Estaba a punto de saltar y sabía que su compañera, Cara Cruzada, lo seguiría en medio de ellos, como ella lo había seguido muchas veces antes.

Y entonces sintió una vibración en el suelo. Era casi como el sonido de los bisontes. Pero los bisontes nunca estaban solos y éste era un solo animal. Grande. Más grande que un ciervo. ¿Un alce, tal vez? Pero un alce nunca corría con este latido regular. Un alce corría siempre como si tratara de detenerse, sus patas se sacudían en todas direcciones.

Los otros lobos también lo sintieron. Y los perros.

Misha lo sabía.

CAPÍTULO 33

CAVALRÍA

¡Sokha!

¿Por qué había vuelto el viejo caballo? ¿Le había encontrado algún grupo de lobos y le había conducido hasta aquí? ¿O simplemente no conocía otro hogar? ¿O creía que su deber estaba aquí, en esta lucha a muerte, al lado de Shepherd, el compañero de su juventud?

Fuera cual fuese la razón, aquí estaba, con los cascos golpeando a lo largo de la vieja pista cubierta de maleza que conectaba la granja con la carretera principal.

Ahora todos los ojos, tanto de lobos como de perros, se clavaron en la oscuridad.

El caballo irrumpió en el patio, haciendo que la manada de lobos saliera disparada en todas direcciones. Relinchando de rabia o de pánico, Sokha se encabritó y se abalanzó sobre los lobos. Los lobos se recuperaron rápidamente de la conmoción provocada por la embestida de Sokha y volvieron a morder cualquier parte del caballo que tuvieran a su alcance. Pero sus dientes no encontraron apoyo en la gruesa piel ni en los músculos que había debajo. Dos lobos recibieron patadas de refilón de las patas delanteras del caballo, chillaron y se escabulleron entre las sombras. Otro, que intentaba agarrar la cola, recibió una patada en la cara y se tambaleó hacia atrás, antes de caer al suelo.

El macho alfa, a pesar del caos a sus espaldas, se había quedado mirando fijamente a Shepherd. Pero ahora dio un último gruñido, casi de asco, y se volvió para arreglar el desorden. Cara Cruzada se quedó un momento más, tan concentrada en Misha como el macho había estado en Shepherd, aunque con él habían sido negocios y con ella era personal. Entonces ella también se dio la vuelta y siguió a su compañero.

La caótica batalla adquirió inmediatamente una forma más clara y definida. El macho alfa se colocó frente al caballo encabritado y, cuando éste pisó a fondo, se abalanzó sobre él y sujetó sus mandíbulas alrededor de la nariz y la boca de Sokha. Un segundo después, Cara Cruzada agarró la cola. Ahora los dos lobos tiraron, usando su fuerza combinada para detener el encabrita miento del caballo. Era la misma técnica que utilizaban con las presas más grandes que cazaba la manada, bisontes, alces y ciervos.

Los otros lobos -o los ocho de ellos que aún podían luchar- se unieron, intentando agarrar el suave vientre y el cuello.

Pero este caballo era más grande que un alce, más alto que un bisonte. Y normalmente, para cuando los lobos se enfrentaban a su presa, la víctima estaba agotada tras una larga persecución. Sokha todavía estaba lleno de lucha. Se lanzaba, se encabritaba y pateaba, y los otros lobos no podían sujetarlo con mordiscos asesinos.

También se habían olvidado de los perros.

El trabajo de Shepherd había sido mantener a salvo a su manada. Pero Sokha estaba aún más cerca de él que la manada. El caballo era todo lo que quedaba de lo que había antes de la manada, *su rebaño*. Por fin Shepherd actuó. Corrió lo más cerca que había estado de correr en muchos años. Tardó varias zancadas en pasar del paso, al trote, al galope, al galope, pero para cuando alcanzó al macho alfa, era cien kilos de carne moviéndose a la velocidad de un autobús.

Shepherd golpeó con su hombro, arrancando los dientes del lobo de la cara del frenético caballo y enviando al alfa dando tumbos por el patio, como una hoja en una tormenta.

Con la cara libre del implacable y agonizante agarre del lobo, el caballo pudo volver a encabritarse y patalear. Giró sobre sí mismo, tratando de patear a la loba que le pisaba los talones. No tuvo más remedio que soltarse y evitó por poco la pezuña que cayó junto a su cráneo.

Como esperaba Shepherd, su propia carga fue seguida por la de los otros perros, y pronto el patio se convirtió en una masa de perros y lobos luchando. Laika apuntó a Cara Cruzada y le asestó buenos mordiscos mientras intentaba recuperarse de la furia giratoria del caballo. Terrier corrió hacia abajo, justo entre las patas del caballo, gruñendo a cada lobo que se le ponía a tiro.

Misha se encontró luchando con una gran hembra. Eran un combate igualado y cada uno consiguió arrancar bocados de pelo antes de que las largas y finas mandíbulas de Saluki se cerraran alrededor de la cola del lobo. No tenía la fuerza de mordida de los lobos o de Shepherd -o incluso de Laika o Misha-, pero sus dientes eran como cuchillas y su sangre estaba arriba. Sintió los finos

huesos de la cola chasquear y crujir, y cuando el lobo huyó aullando de agonía, un tercio de su cola estaba en la boca de Saluki. Misha ladró su agradecimiento y por un segundo una burbuja de calma los envolvió en medio de la vorágine.

El caballo, liberado de las garras de los alfas, se entregó ahora al instinto. Corrió, galopando con pasos agigantados, como lo había hecho cuando era un joven semental. Algunos lobos empezaron a perseguirlo, movidos por sus propios instintos. Pero un rápido y salvaje aullido del macho alfa, que ahora había recuperado su aplomo, los detuvo en seco, y Sokha desapareció para siempre en la oscuridad, convirtiéndose en una leyenda, un gran caballo fantasma gris, que se vislumbraba entre los árboles con el rabillo del ojo y a veces se veía en alguno de los campos que bordeaban el interminable bosque, lanzando un desafío a otros sementales, con su larga crin ondeando eternamente al viento.

CAPÍTULO 34

FAMILIA

Los lobos habían sido sorprendidos dos veces. La primera vez por la carga del caballo, la segunda por el ataque de los perros. Pero ahora la sorpresa había terminado.

Si los perros hubieran elegido ese momento para huir, dejando su territorio a los lobos, tal vez algunos podrían haber escapado, con sus colas y rabadillas destrozadas por los dientes burlones que les siguieron. Nada podría haber atrapado a Saluki. Y Laika y Misha podrían haberse escabullido. Pero

Terrier y el perro callejero superviviente habrían sido carne, y Shepherd no habría tardado en ser puesto a raya.

Pero los perros no corrieron y quedaron aislados de su refugio en el granero. Ahora no había pausa, ni regodeo ni incitación. Sólo hubo un ataque implacable; la noche estaba hecha de dientes. Cuatro lobos rodearon a Shepherd. Dos al frente se mantenían fuera de su alcance, mientras que los dos detrás de él se lanzaban mordisco tras mordisco. Los mordiscos le llovían de todos lados, y cada uno de los suyos caía en el aire, con un chasquido desesperado.

Misha sabía que tenía que ayudar. Pero también estaba tratando desesperadamente de mantenerse con vida. Y, lo que era más importante, a Saluki. Estaban espalda con espalda, defendiéndose de los ataques de otros tres lobos.

Recordó el túnel al sótano. Si lograban llegar allí, ¿no podrían resistir hasta que los lobos se aburrieran? Era una débil esperanza. Pero aquí, al aire libre, no había ninguna esperanza. Intentó abrirse paso hacia Shepherd, pensando que podrían liberarse todos juntos de los lobos que los rodeaban. El túnel estaba sólo a una rápida zancada...

Entonces Misha vio que dos perros ya habían llegado hasta Shepherd. Laika ahuyentó a uno de los lobos y Terrier estaba entre las patas del gran perro, proporcionándole una segunda boca.

Misha sintió un movimiento y se centró en el macho alfa. El gran lobo estaba enfurecido ahora, furioso por la humillación que había recibido de Shepherd, indignado porque esta insignificante batalla había durado tanto. Aún así, el lobo no corrió, pero su andar tenía tanto propósito y malevolencia que podría haber atravesado una pared de ladrillos.

De todos los perros que podían desafiarle, ¿quién iba a interponerse en su camino sino Scrag, aquel apacible perro callejero, el miembro superviviente de la inseparable pareja? Había conseguido evitar que la mataran en el tumulto y ahora, mientras el alfa trotaba hacia Shepherd, ella corría hacia él.

Scrag tuvo tiempo para un mordisco satisfactorio en la pata delantera del lobo. El alfa se detuvo, asombrado de que algo así pudiera haber sucedido. El dolor era agudo, pero las mandíbulas del perro carecían de fuerza para hacer daño. Todavía se preocupaba por la pata, como si fuera un hueso, en las calles de Pripyat. Y entonces el lobo cogió al perro entre sus fauces, la sacudió dos veces, rompiéndole el cuello, y la arrojó a un lado. Bastaron unos segundos para acabar con una vida que sólo había conocido el sufrimiento hasta que la manada de la granja la había acogido.

Así como el macho alfa se acercó por delante, atrayendo todas las miradas, la hembra, Cara Cruzada, vino por detrás. Su objetivo no era Shepherd: era Laika.

Sus caricias fluyeron sobre él como la brisa de verano a través de las hojas de álamo. Laika trató, trató con todas sus fuerzas de luchar contra ella, de darle un mordisco. Usar sus fuertes patas traseras para liberarse. Pero era imposible. Era como intentar mantenerse seco nadando por un río. Ella estaba en todas partes. Laika sintió que los dientes se cerraban suavemente en un lado de su cara y la luz se fue del ojo de ese lado. Sintió que la boca caliente y fervorosa bajaba y, de algún modo, en lugar de apartarse, descubrió que ofrecía la garganta, estirando la cabeza hacia atrás...

Y Cara Cruzada rodó fuera de Laika y lamió la sangre de sus labios.

Con la muerte de Laika, Misha vio que la lucha estaba perdida. No podrían sobrevivir a esto. Buscó a Saluki, esperando encontrarla todavía cerca de él. Pero ella no estaba allí. Miró frenéticamente a su alrededor y vio que dos grandes lobos la perseguían de cerca. Corría, se retorcía, saltaba, retrocedía, demasiado rápido para que la atraparan pero no lo bastante para escapar o incluso para girarse y enfrentarse a sus perseguidores.

Misha ladró e intentó llegar hasta ella. Todavía tenía un plan vago: primero alcanzar a Saluki, luego encontrar a Shepherd y a Terrier, y luego luchar de alguna manera para volver al túnel. Podrían resistir. Tal vez...

Saluki miró a Misha, con los ojos blancos de terror, e intentó acercarse a él. Pero los lobos estaban por todas partes.

Misha tuvo suerte de que ninguno de los lobos pudiera agarrarle bien. Giró y chasqueó y él mismo se hizo sangre más de una vez. A cambio recibió cinco, seis, siete mordiscos, en los hombros y la grupa. Pero seguía luchando para llegar a Saluki.

Ni siquiera se dio cuenta de que su propia trayectoria le llevaba justo en rumbo de colisión con la inexorable marcha del macho alfa, que iba a matar a Shepherd y poner fin a este sinsentido.

Lo primero que supo Misha fue la sensación de las grandes mandíbulas del alfa cuando empezaron a cerrarse en torno a su cabeza. El lobo había planeado deshacerse de este último intruso igual que había hecho con el primero. Pero Misha no era un simple perro callejero y tenía las reacciones, aunque no la fuerza, de un lobo. Se apartó, perdiendo sólo un puñado de pelo. Luego, sin pensarlo, su giro se convirtió en un giro hacia él y mordió con fuerza el hombro del gran lobo, sin ni siquiera darse cuenta de contra quién estaba luchando.

Si el alfa se había enfadado antes, ahora se encontraba en un nuevo mundo de furia. Saltó alto en el aire, llevando a Misha con él. Su salto estaba diseñado para liberar al perro, pero Misha se aferró con fuerza, sabiendo que soltarse significaría la muerte. Sólo aferrándose podría sobrevivir.

Desde arriba, tuvo una breve visión de todo el campo de batalla. Los lobos atacaban a Shepherd desde todos los lados, mientras el gran perro chasqueaba inútilmente el aire vacío en forma de lobo. Entonces, un lobo se metió entre las patas delanteras y tiró de Terrier, que intentó en vano devolver el mordisco. Vio a Saluki, que seguía corriendo, saltando por encima de los lobos que la cazaban, intentando llegar hasta él pero siempre bloqueado.

Y entonces, por fin, un lobo consiguió clavarle los dientes en la pierna, y Misha la oyó aullar y vio vacilar el hermoso y armónico movimiento de Saluki.
. .

Luego volvió a caer, y no hubo espacio para nada en su conciencia que no fuera la lucha por la supervivencia. Misha seguía agarrada al costado del lobo, lo que hacía imposible que el alfa acercara sus poderosas mandíbulas. En lugar de eso, el lobo intentaba utilizar su peso para obligar a Misha a caer al suelo ante él, y así poder liberarse y asestarle el mordisco mortal.

Pero Misha era tenaz como una rata. Se retorcía, se agarraba y se retorcía un poco más, y el lobo nunca podía mantenerlo quieto el tiempo suficiente para hacer su voluntad. Los dientes de Misha finalmente cortaron el pelo y la piel, y el lobo sangró libremente. El calor de la sangre hizo que el ansia de batalla surgiera en el alma de Misha, y en lugar de debilitarse, creció en poder y determinación.

Y algo extraño estaba sucediendo. En lugar de ayudar a su rey contra este simple perro, algunos de los lobos se habían detenido, y estaban observando la lucha. Cuatro lobos se abalanzaron sobre Shepherd, pero incluso allí la intensidad había desaparecido de la batalla. Terrier, de algún modo aún con vida, consiguió arrastrarse de nuevo bajo la sombra protectora de su amigo y guardián. Y Saluki, cojeando, se unió a ellos. Ahora eran todo lo que quedaba de la manada, pero Misha se dio cuenta de algo crucial. Si podía derrotar al macho alfa, entonces era posible que todo cambiara, que él pudiera ser el nuevo alfa. Y si eso era cierto, entonces sus amigos vivirían.

Pero primero tenía que matar al lobo. No podía aferrarse sin más: al final, el animal más grande se encogería de hombros y lo dominaría. Tenía que hacer algo dramático e inesperado.

Cualquiera de los dos mordiscos mortales -abajo, en la garganta, y arriba, en la nuca- eran peligrosos, ya que tendría que soltar su agarre. . . Se decidió por la garganta. Abrió la boca un segundo e intentó deslizarse por debajo del alfa. Sus mandíbulas se abrieron de nuevo. Sintió, como si fuera suya, la sangre palpitante en la yugular del lobo, oyó con claridad sobrenatural el aire que corría por la tráquea. Cerraba sus largos dientes, los arrancaba, ganaba la batalla, salvaba a su manada, salvaba a sus hijos. . .

Pero este lobo había luchado cientos de veces y lo sabía todo, todos los movimientos y contra movimientos posibles. Había vencido y matado a una docena de rivales. Dejó que el joven perro se deslizara, luego simplemente puso sus pesadas patas en el pecho de Misha y lo empujó hasta el suelo. Luego puso todo su peso sobre el perro, dejando a su enemigo indefenso e inmóvil debajo de él.

Mientras el mundo observaba, el lobo contemplaba a Misha, exultante por su victoria. No pensaba detenerse mucho tiempo. Aún quedaba el otro, el alfa de los perros, torpe y bruto, al que derrotar. Abrió la boca y Misha miró a las fauces negras y luego a los ojos del lobo, que le devolvieron la mirada. La garganta de Misha se relajó anticipando la muerte y el fin del sufrimiento.

Sin embargo, los dientes de hierro no descendieron. El lobo, que seguía mirando profundamente a los ojos de Misha, aflojó la presión sobre su pecho. Las mandíbulas ya no estaban abiertas, sino que colgaban libremente. Y en ese momento Misha supo por qué.

Padre.

El lobo lo sabía. Lo sabía tal vez por los ojos. O por los sentidos más profundos de los lobos.

Misha nunca sabría lo que el alfa habría hecho, si habría perdonado a su cachorro, o si esto era sólo una pausa momentánea en la ejecución. Porque en ese momento se produjo una segunda entrada extraordinaria en escena.

Una vez más, Misha percibió un golpeteo en la tierra, pero no era el golpeteo habitual de los cascos de un caballo. Era una pisada a la vez suave y pesada. Y venía más de una criatura.

CAPÍTULO 35

UN VIEJO AMIGO

Distraído por la conmoción, el macho alfa levantó la vista y Misha aprovechó la oportunidad para escabullirse de las pesadas patas del lobo.

Era el crepúsculo profundo, y la luna y las estrellas aún no habían salido, así que al principio lo único que Misha podía distinguir era una forma desaliñada arrastrándose hacia el corral. Pero entonces se dio cuenta de que sólo un animal se movía así y supo con asombrada alegría que Bratan había vuelto a casa.

Misha corrió hacia su hermano y, al acercarse, pudo comprobar el estado de Bratan. Estaba agotado. Tenía la boca abierta, la lengua suelta y arrastraba la cola por el suelo, como si la tuviera rota.

Misha sintió en rápida sucesión una gloriosa oleada de alegría y luego una oleada de horror. Alegría de que Bratan estuviera vivo. Horror por haber regresado en medio de una masacre. Misha ladró una aguda advertencia, instándole a seguir corriendo, a huir, a aprovechar la oportunidad que le había brindado su sorpresiva aparición.

Pero todos esos pensamientos se volvieron superfluos cuando, uno o dos segundos después de que Bratan se tambaleara entre ellos, le siguió el dueño de la pesada pisada y las suaves patas.

Un oso desconcertado y de repente bastante enfadado.

Si antes había habido confusión en el corral, ahora el caos era total. Los perros y lobos supervivientes, brevemente en el mismo bando, entraron en un frenesí de ladridos y aullidos, con todos los pelos levantados.

Sólo Misha y Bratan no sentían ese miedo y aversión instintivos hacia el oso. Porque era el mismo oso con el que habían jugado en aquel claro lleno de saltamontes cuando aún era un osezno y ellos unos cachorros.

Ahora Misha comprendía lo que su hermano había conseguido. Bratan no había huido, abandonando a la manada. De alguna manera había conseguido encontrar al oso y tentarlo para que volviera a la granja. Más tarde Misha imaginaría cómo lo había conseguido: las bromas juguetonas, las persecuciones, la exploración sinuosa. Y tal vez el oso tuvo la intuición de que le necesitaban, de que tenía que cumplir una gran tarea.

El oso, una vez superado el asombro inicial ante el espectáculo que tenía ante sí, saltó rugiendo a la acción entre los lobos, agitando sus patas a derecha e izquierda. Los lobos fueron barridos y lanzados por los aires, gritando su rabia, su miedo y su dolor.

La enemistad entre el oso y el lobo es tan antigua como amarga. Cada uno se ha pasado eones luchando por matar, carroñeando el trabajo del otro, el resultado determinado por el equilibrio de poder: de la fuerza contra el número. Un oso matará a un lobo, mutilará a dos, alejará a tres de un cadáver. ¿Pero cuatro? ¿Cinco? Había más que eso ahora, incluso si algunos de ellos estaban cansados y otros heridos por esta inesperadamente larga lucha con los perros.

Todos los lobos se concentraron ahora en el oso, incluidos los alfas. Machos y hembras se lanzaron a un frenético contraataque.

A pesar del oso, la situación de los perros seguía siendo desesperada.

Pero ahora, al menos, había una pequeña posibilidad de que pudieran escapar. Y, de alguna manera, estaban todos juntos de nuevo.

O los que seguían vivos.

Shepherd, Saluki, Misha, Bratan.

Los hermanos se entregaron a un rápido pero extático saludo, adulando y lamiendo. Misha nunca había sentido tanto amor por Bratan. Pero estaba débil y herido. Shepherd estaba en peor estado. Su gran cuerpo estaba cubierto de mordeduras y laceraciones. Pero el dolor era más profundo que la carne. A sus pies yacía el cuerpo roto de Terrier. La colosal cabeza de Shepherd colgaba en su dolor, mientras se inclinaba sobre su amigo muerto de tantos años.

Sólo Saluki parecía haber escapado sin heridas graves. Misha le tocó las narices en la oscuridad: un momento de perfecta quietud en esta noche infernal.

Misha les ladró. Tenían que irse. Ahora mismo.

Se oyó un aullido de agonía y los perros miraron para ver al oso sujetando a un lobo bajo sus patas, igual que el alfa había sujetado a Misha, pero no hubo suspensión de la ejecución. Los enormes dientes desgarraban y desgarraban. Pero ahora el oso era asaltado por todos lados, mordido, golpeado, acosado.

Contra este número, el oso debe retirarse pronto, o bien podría ser asesinado por la manada.

Shepherd no quería dejar que los lobos profanaran el cuerpo de su amigo. Recogió al perrito en su gran boca, con tanta ternura como si fuera una perra

con un cachorro recién nacido. Entonces los perros empezaron a correr, si es que el avance renqueante y a trompicones podía calificarse de carrera.

La lucha entre los lobos y el oso estaba alcanzando su crescendo. Los bramidos del oso eran más exasperados que furiosos. No podía asestar los poderosos golpes de zarpa, no podía sujetar sus fuertes dientes alrededor de un cuello. Todo el tiempo daba más mordiscos. Y así retrocedió hacia el bosque del que había salido, seguido de cerca por los lobos acosadores.

Entre ellos, Sokha y el oso habían apartado definitivamente de la lucha a varios de los lobos. Pero aún quedaban suficientes lobos para matar a los perros supervivientes y Misha sabía que pronto volverían.

CAPÍTULO 36

¡ESCAPE!

¿Adónde podían ir los perros? Estaba el viejo túnel, pero ahora parecía una trampa mortal. Los lobos los desenterrarían. Su única posibilidad era huir hacia el bosque y esperar que los lobos, agotados por su larga lucha, se conformaran con ganar la granja.

Había una vieja pista forestal, cubierta de maleza pero aún utilizable. El bosque a ambos lados estaba lleno de zarzas y arbustos espinosos, lo que

dificultaba que los lobos los flanquearan. Pero, por supuesto, también significaba que sería fácil para los lobos rastrearlos...

Misha se dio cuenta de que era a él a quien los otros perros miraban en busca de liderazgo y por eso lideraba, empujando y animando a los cansados y maltrechos restos de la manada a que le siguieran. Pero el viejo Shepherd no quería irse. Los ladridos de Misha se volvieron urgentes, suplicantes. Shepherd miró a Misha, luego a los lobos, que seguían haciendo retroceder al oso. Comprendió que los otros no le dejarían, comprendió también que todos morirían si se quedaban. Finalmente, dejó el cuerpo del terrier en un profundo matorral de helechos y obligó a su viejo y herido cuerpo a seguirle.

Su avance fue dolorosamente lento. Bratan se arrastraba, como si atravesara un lodo profundo. Shepherd era aún más lento. Su largo pelaje estaba anudado con la sangre negra que manaba de las desgarradas heridas de sus hombros, espalda y piernas.

Misha encontró la entrada al sendero y pronto el bosque se cerró a su alrededor. Ahora estaba completamente oscuro y la oscuridad no traía miedo, sino esperanza. Los sonidos de la batalla se desvanecieron, en parte debido a la distancia que habían recorrido, en parte, temía Misha, porque estaba terminando.

Misha miró hacia atrás y vio que él y Saluki habían dejado atrás a los otros dos. Se detuvo y, mientras esperaban, Saluki apoyó la cabeza en su hombro. Con la negrura envolvente del bosque a su alrededor, era como si fueran los únicos seres vivos del mundo. Y sólo por un momento, Misha pensó que podía sentir la nueva vida dentro de Saluki y supo que ahora sólo tenía un propósito: salvarla.

Y entonces los demás lo alcanzaron. La respiración de Shepherd era entrecortada y lenta, casi como si fuera una gran criatura marina arrastrada hasta la orilla. Bratan no estaba mucho mejor. La larga expedición en busca del oso le había dejado hecho un cascarón. No había comido ni bebido agua en muchas, muchas horas. De nuevo, Misha le acarició la cara. Tenían que seguir adelante.

Cuando se pusieron en marcha de nuevo, se oyó el largo y exultante aullido de un lobo, al que pronto se unieron uno, dos, tres más. El oso había sido derrotado. O estaba muerto o lo habían ahuyentado.

¿Adónde podían ir los perros? Estaba el viejo túnel, pero ahora parecía una trampa mortal. Los lobos los desenterrarían. Su única posibilidad era huir hacia el bosque y esperar que los lobos, agotados por su larga lucha, se conformaran con ganar la granja.

Había una vieja pista forestal, cubierta de maleza pero aún utilizable. El bosque a ambos lados estaba lleno de zarzas y arbustos espinosos, lo que dificultaba que los lobos los flanquearan. Pero, por supuesto, también significaba que sería fácil para los lobos rastrearlos...

Misha se dio cuenta de que era a él a quien los otros perros miraban en busca de liderazgo y por eso lideraba, empujando y animando a los cansados y maltrechos restos de la manada a que le siguieran. Pero el viejo Shepherd no quería irse. Los ladridos de Misha se volvieron urgentes, suplicantes. Shepherd miró a Misha, luego a los lobos, que seguían haciendo retroceder al oso. Comprendió que los otros no le dejarían, comprendió también que todos morirían si se quedaban. Finalmente, dejó el cuerpo del terrier en un profundo matorral de helechos y obligó a su viejo y herido cuerpo a seguirle.

Su avance fue dolorosamente lento. Bratan se arrastraba, como si atravesara un lodo profundo. Shepherd era aún más lento. Su largo pelaje estaba anudado con la sangre negra que manaba de las desgarradas heridas de sus hombros, espalda y piernas.

Misha encontró la entrada al sendero y pronto el bosque se cerró a su alrededor. Ahora estaba completamente oscuro y la oscuridad no traía miedo, sino esperanza. Los sonidos de la batalla se desvanecieron, en parte debido a la distancia que habían recorrido, en parte, temía Misha, porque estaba terminando.

Misha miró hacia atrás y vio que él y Saluki habían dejado atrás a los otros dos. Se detuvo y, mientras esperaban, Saluki apoyó la cabeza en su

hombro. Con la negrura envolvente del bosque a su alrededor, era como si fueran los únicos seres vivos del mundo. Y sólo por un momento, Misha pensó que podía sentir la nueva vida dentro de Saluki y supo que ahora sólo tenía un propósito: salvarla.

Y entonces los demás lo alcanzaron. La respiración de Shepherd era entrecortada y lenta, casi como si fuera una gran criatura marina arrastrada hasta la orilla. Bratan no estaba mucho mejor. La larga expedición en busca del oso le había dejado hecho un cascarón. No había comido ni bebido agua en muchas, muchas horas. De nuevo, Misha le acarició la cara. Tenían que seguir adelante.

Cuando se pusieron en marcha de nuevo, se oyó el largo y exultante aullido de un lobo, al que pronto se unieron uno, dos, tres más. El oso había sido derrotado. O estaba muerto o lo habían ahuyentado.

Misha se detuvo y tuvo que luchar contra el instinto de volver, de hacer esa última resistencia con su hermano. Pero Saluki ladró y se volvió hacia ella. Detrás sólo había muerte. Delante estaba el futuro, la vida, la esperanza.

Y ahora llegó una oleada final de sonidos salvajes.

Y luego un último y largo aullido.

Misha pensó que eran los lobos, pero luego se dio cuenta de que el sonido no era totalmente lobuno, que era el aullido de un perro y no el de un lobo. Era el sonido del espíritu del perro abandonando su cuerpo.

El dolor volvió, pero esta vez no vaciló.

Hasta que lo hizo.

No era un sonido, y tal vez ni siquiera un olor, pero de nuevo lo supo. Sabía que el camino ante ellos contenía su némesis, su fin. Y no sólo el fin para él, sino el fin de todo. De algún modo, los lobos habían encontrado la forma de adelantarse.

Un momento después, Saluki también lo sintió. Se detuvieron, sin saber qué hacer. Las espinas y zarzas a cada lado eran demasiado espesas: se destrozarían si intentaban abandonar el camino.

Y por detrás, se acercaban más lobos. Eso sólo podía significar que Bratan y Shepherd estaban muertos.

Miró a Saluki y el mensaje pasó entre ellos. Intentarían abrirse paso por delante. Lucharían si era necesario. Pero la tarea principal de Saluki era escapar y la tarea de Misha era asegurarse de que lo hiciera, cualesquiera que fueran las consecuencias para él.

Esas consecuencias pronto se hicieron evidentes. Los ojos amarillos brillaban a la luz de la luna recién salida.

Pero sólo tres lobos.

Todavía había una oportunidad, con la velocidad de Saluki y su fuerza. Misha observó cómo intentaba su truco de saltar por encima de sus adversarios, pero dos lobos saltaron al mismo tiempo, y aunque Saluki estaba más alto, eran lo suficientemente altos. Los tres animales descendieron en una esfera gruñendo y rodando. En este tipo de combate cuerpo a cuerpo, Misha sabía que Saluki no aguantaría mucho y dio un volantazo para ir a rescatarla. Pero en su desesperación por ayudar a Saluki, se había olvidado del tercer lobo. Le golpeó ahora con la fuerza de un alud y en el instante en que el lobo hizo contacto, Misha supo cuál era.

Cara cruzada.

Su venganza había llegado y saboreaba su dulzura, sus ojos amarillos brillaban de alegría. Misha estaba atrapado indefenso bajo sus patas, demasiado agotado para luchar. Los mordiscos se sucedían, aunque todavía no eran mortales. Eran heridas en los hombros, el cuello y la cara, no en la garganta. Eran para someterlo, quizás para hacer alguna declaración al resto de la manada de lobos, antes del desgarro final.

Misha intentó canalizar la necesidad de vengar a su hermano, el deseo de ayudar a su compañera y a sus hijos, el impulso de sobrevivir. Pero hay probabilidades que ni el amor ni el odio pueden superar. Este lobo era demasiado fuerte, demasiado sabio, demasiado versado en los caminos de la muerte.

Oyó un grito de dolor de Saluki. Y sintió que más lobos se unían al trío: los perseguidores que habían matado a Bratan y Shepherd. Sintió el olor de su padre en el aire nocturno, y lo odió aún más de lo que odiaba a Cara Cruzada.

Giró la cara y vio al enorme macho merodeando hacia ellos. El alfa enseñó los dientes y gruñó. Pero el gruñido estaba dirigido a Cara Cruzada. Quería esta matanza para él. Ella respondió con un gruñido, pero luego cedió. Si no podía matar, con el tiempo comería.

Una vez más el macho alfa se cernió sobre Misha, y por un momento estos dos fueron los únicos seres vivos en el mundo. El lobo escrutó al perro lobo, y sus ojos se encontraron, y Misha se negó a apartar la mirada.

Y entonces el alfa movió su gran masa musculosa y Misha se dio cuenta de que era... libre.

No lo entendía.

¿Después de todo, su padre iba a dejar que Cara Cruzada y los otros lobos hicieran de las suyas con él?

Excepto que el viejo macho se interpuso entre Misha y la manada. Su pelaje estaba de punta, haciéndolo parecer aún más enorme. Ocupaba todo el camino del bosque. Se volvió y ladró a Misha.

Vamos.

Misha miró a su padre, miró más allá de él a Cara Cruzada y al resto de la manada. Ahora había muchos lobos. No había forma de salvar a Saluki y a su camada de cachorros. Se habían ido como la felicidad de ayer.

Un ladrido más.

¡VAMOS!

Cara Cruzada y los otros lobos avanzaban lentamente. Misha podía sentir la tensión en la manada. Percibió el surgimiento de viejos odios y rivalidades. Y ahora este nuevo ultraje. Una vez más, iba a haber sangre.

Pero Misha no se sentía parte de esta lucha. No amaba a su padre. No le debía nada. Era sólo un lobo que había encontrado y utilizado a su madre, decidiendo por capricho no matarla.

Y quería vivir. No sólo para vengarse, sino también para volver a respirar, para volver a comer, para beber en los arroyos frescos, para sentir el bosque vivo a su alrededor.

Estaba herido, agotado y enfermo del corazón. Pero corrió. Y mientras corría oyó otra pelea detrás de él. Cerró sus oídos y su mente. El camino se desvaneció hasta convertirse en un simple bosque. Muchas veces, Misha tropezó. Muchas veces tropezó con árboles o se encontró en medio de espinas que le desgarraban los costados y se clavaban en sus patas. Pero no se detuvo. Su carrera era la de las pesadillas, en las que el miedo nunca se aleja, la seguridad nunca se acerca.

Misha corrió durante toda aquella noche, corrió a través de la luna cuando salía y de la luna cuando caía. Corrió mientras las estrellas giraban en la oscuridad infinita. Y al amanecer, gris y sin sol, era un perro que había corrido hasta el borde de la muerte.

Descubrió que los árboles se habían raleado y que estaba sobre la hierba suave y corta de un prado. Percibió el olor del agua. Su sed había ido en aumento

durante horas, y ahora la sed era todo lo que él era. Se había convertido en un par de labios resecos y una lengua tan seca como el helecho muerto. Sus piernas, sin embargo, ya no funcionaban. Misha cayó al suelo y no pudo levantarse. Así que se arrastró hacia el agua dulce.

CAPÍTULO 37

TODO CAMBIA, Y PERMANECE IGUAL

El Instituto de Moscú era todo lo que Natasha, que ahora era Nataliya, había soñado. Sentía que su mente era empujada y ampliada de formas nuevas y desafiantes. Empezó a comprender el universo, desde las partículas subatómicas más pequeñas hasta las enormes distancias y fuerzas del espacio.

En el Instituto había poco espacio para la frivolidad. Cada minuto que Nataliya no estaba en el aula o en el laboratorio, estaba en la biblioteca leyendo

artículos de investigación. El primer año compartió habitación con otras tres chicas. Al igual que sus antiguas amigas del colegio, Tanya y Ludmila, las chicas eran serias y aplicadas. Pero una vez a la semana salían a beber a bares y a bailar a discotecas. Durante el primer trimestre intentaron que Nataliya fuera con ellas, pero tras sus repetidas y educadas negativas, desistieron.

Hacia el final del primer curso, tuvo algunas citas con un chico de su grupo de tutoría llamado Casimir. Pero aunque Casimir era dulce y podía hacerla sonreír -una hermosa sonrisa, más aún por su rareza-, no se enamoró de él. Por eso no se sintió muy inclinada a pedirle perdón cuando, enfrascada en un interesante problema de mecánica cuántica, se olvidó de quedar con él en una cafetería. A partir de ahí, la relación se esfumó y murió.

No volvió a salir con él. Se alejó incluso de las otras chicas de su residencia. Volvió en verano para quedarse con mamá y el farmacéutico, pero fue la última vez. Al año siguiente encontró una habitación barata en las afueras de la ciudad. Los otros estudiantes empezaron a decir que era rara y antipática. A ella le daba igual. El trabajo lo era todo para ella.

En su segundo año ganó un premio al experimento mejor realizado. Los aplausos cuando lo recogió en el escenario de la ceremonia de fin de curso fueron modestos.

En tercero ganó otro premio a la mejor tesis. Para entonces se había convertido en una famosa reclusa y apenas hubo aplausos. Pero mantuvo la cabeza alta cuando aceptó su diploma y estrechó la mano del profesor.

No hay duda de que seguirá investigando. El Instituto aceptó su propuesta de doctorado. La vida de Nataliya seguía el curso previsto.

Nataliya permaneció ocho años más en el Instituto de Moscú. Su doctorado le aseguró un puesto en la facultad, investigando y enseñando. Como

siempre, estaba ocupada y, como siempre, sola. Su especialidad eran las energías renovables, y su gran obsesión, la protección y conservación de la naturaleza. Con el tiempo, Nataliya consiguió un despacho y una plantilla de dos investigadores. Pero siempre sintió que ella y su trabajo estaban infravalorados, que era una presencia simbólica en un departamento que seguía dedicado a mejorar las viejas formas de quemar, de contaminar, de consumir.

Y así, una luminosa mañana de primavera, Nataliya presentó su dimisión. Un mes después, la aceptaron como profesora de ciencias en una escuela de una zona degradada de Kiev.

Los mejores años de su vida estaban a punto de comenzar. Los mejores, pero en muchos sentidos los más duros. Enseñaba a los hijos de los pobres. Algunos sólo sabían las matemáticas más elementales, así que antes de enseñarles física, tenía que enseñarles a contar.

El edificio, de hormigón manchado y amianto desvencijado, se caía a pedazos. El laboratorio casi no tenía equipamiento, aparte de unos cuantos tubos de ensayo desconchados y unos soportes de retorta oxidados y un único mechero Bunsen que silbaba. Nataliya tuvo que gastarse su escaso sueldo en comprar más material, como el largo muelle en espiral que utilizaba para demostrar las ondas. Utilizó algunos de los contactos que había hecho en el Instituto para adquirir viejos aparatos que desechaban los laboratorios. Así, su aula se adornó con un antiguo osciloscopio, un juego de balanzas electrónicas e incluso un generador Van de Graaff de aspecto espectacular.

Al principio, a muchos niños les molestaba su forma de manejarlos y de acosarlos, la odiaban por no dejarles nunca relajarse al fondo de la clase a la luz del sol primaveral. Pero pronto se la conoció como la profesora que provocaba pequeñas explosiones dejando caer un trocito de sodio en el agua y creaba olores maravillosamente terribles mezclando dos sustancias químicas perfectamente inocentes.

Nataliya seguía luchando por hacer amigos entre el personal. Para la mayoría era un misterio. Educada, distante, desconocida. Durante un tiempo, fue objeto de fascinación, y algunos de sus compañeros pensaron que debía de

tener una terrible tragedia en su pasado. Pero al final perdieron el interés. Nunca participó en los cotilleos de la sala de profesores, nunca flirteó con los profesores varones. Trabajaba en su clase y se quedaba allí hasta tarde, preparando las lecciones del día siguiente.

Su sonrisa, cuando se le escapaba, seguía siendo hermosa, y la tristeza de sus ojos podía detener la mirada de repente, pero a su alrededor había un muro de cristal impenetrable.

CAPÍTULO 38

EL MONSTRUO

El monstruo sintió que algo se acercaba. Y, para el monstruo, casi todo lo que se movía era potencialmente comida. Esta comida se dirigía lenta y dolorosamente hacia su boca cavernosa: una boca tan grande como para cerrar la cabeza de un caballo. Sentía la agitación en el agua, los temblores transmitidos por la tierra más allá.

Y tenía hambre, mucha hambre.

Ningún monstruo, por muy monstruoso que fuera, fue siempre un monstruo. Tal vez en la infancia del monstruo, el monstruo se enrosca, una potencialidad pura, esperando el momento monstruoso de su devenir. O tal vez el monstruo se hace monstruo por los horrores que experimenta, por las monstruosidades que se le infligen. Y puede haber otros monstruos que sean simplemente incomprendidos, cuyos dientes y cuernos broten de un alma de suave pureza, su alegría confundida con agresividad, su necesidad de amor como sed de sangre.

El monstruo del lago era del primer tipo. Había vivido en el fango del lago durante cincuenta años. Durante diez de ellos se tragó los invertebrados, los gusanos, los escarabajos y las larvas de mariposa que vivían con ella en el lodo o flotaban desde las aguas verdes sobre ella.

Cuando las pequeñas criaturas sin espinas dejaron de saciarla, pasó a los pececillos y los espinos, que se introducían en su modesta boca con una ingesta de agua fangosa.

Y cuando ya era tan larga y gorda como el brazo de un hombre, se tragaba la perca, la cucaracha y el gobio. Y luego a los peces más grandes, la tenca y la carpa.

Había otros monstruos en el lago. Pero desaparecían de su mundo, sacados de su elemento por algún poder mágico, algún dios más allá.

Lo había visto una vez. Un monstruo sólo un poco más pequeño que ella, engullendo un gordo gusano de sangre, y luego agitándose en éxtasis, yendo y viniendo como aterrorizado por un depredador, y sin embargo no había nada. Y luego parecía aceptar el destino y ser arrastrada, casi pasivamente, hacia la orilla del lago y la transfiguración.

Los dioses no se limitaron a tomar. Derramaron comida sobre las aguas. No parecía comida. Parecían piedras. Pero ella había probado uno de esos bocados y, aunque no le proporcionaba el profundo placer visceral de lo vivo tragado, calmaba el hambre cuando la caza había sido inútil.

Pero entonces las bolitas de los dioses dejaron de aparecer. Fue entonces cuando las cosas cambiaron. Los monstruos se comieron primero los peces, pequeños, medianos, grandes. No todos, por supuesto, pero sí los suficientes como para que fuera rarísimo ver las rayas tigresas de una perca o el brillo plateado de una cucaracha. Y entonces los monstruos se volvieron unos contra otros. Ella ya era la más grande, pero eso no impidió que algunos de sus hermanos y hermanas intentaran comérsela.

Fracasaron.

Se consumieron. Ella creció enorme en su carne grasa. Tuvo una última nidada de huevos, puestos en los bajíos. Eclosionaron. Se comió a sus propias crías. Y, con el tiempo, se quedó sola.

Sin nada de sustancia bajo el agua, comenzó a mirar hacia el otro elemento. Los patos vivían en el lago. Los patitos, resultó, eran deliciosos. Salía flotando de su turbia guarida, se cernía sobre ellos e inhalaba. Pasó de los patitos a los patos. Más de una riña y un chapoteo, pero abajo irían. Pronto el lago había perdido todos sus patos residentes.

Y luego estaba el cisne. *Eso* sí que era una batalla. Ella había cogido primero al ave por sus grandes patas negras y el cisne había reaccionado con una furia sorprendente, golpeando el agua con sus grandes alas y clavando hacia abajo, a ciegas, su ancho pico naranja. Pero ella no la soltaba y poco a poco el cisne se cansó. Entonces cambió el agarre de las patas al cuello y arrastró al ave, que seguía luchando, hasta que se ahogó.

Tardó una semana en tragarse el cisne y estuvo a punto de atragantarse. Concluyó que los cisnes no merecían la pena y no comió más.

Le gustaban más las palomas. Atraparlas requería más habilidad, ya que nunca aterrizaban en el agua, sino en la orilla del lago. Flotaba cerca de la orilla, sintiendo cómo el fondo del lago rozaba sus pálidas nalgas. Cuando una paloma agachaba la cabeza para beber, sacaba su enorme cuerpo del agua y lo depositaba en el barro y la grava de la orilla, metiendo al ave por completo en aquella boca ancha, ancha, de la que sólo asomaba una pata escamosa o la punta

de una pluma de vuelo. Y entonces se retorcía y se retorcía hasta que se encontraba de nuevo en el lago, con su premio.

Llevaba seis meses alimentándose de palomas y tenía mucha hambre. Tan hambrienta que incluso había pensado en abalanzarse sobre los ocasionales ciervos que se acercaban a su agua. Pero los ciervos eran demasiado cautelosos, demasiado asustadizos. Necesitaba algo más lento. Idealmente algo muerto.

Acechaba en los márgenes de su lago y observaba. Las palomas revoloteaban cerca y se alejaban.

Y entonces lo sintió.

Un lobo. Los lobos a menudo venían a beber. Pero nunca parecían muy tentadores. Un asesino conoce a un asesino.

Pero este lobo no era un asesino. O si lo era, sus días de matar habían quedado atrás. Así como conocía a los asesinos, reconocía la muerte cuando la veía, y este lobo se estaba muriendo. Se arrastraba hacia ella, con la lengua fuera. Desesperado por un último trago, antes de expirar. Bueno, ella podía ayudar con la parte de expirar. Sólo tenía que ser paciente.

A sólo un metro de distancia, se detuvo. Demasiado lejos para su embestida y agarre. ¿La sintió? ¿O simplemente estaba demasiado agotado para hacer este último arrastre?

No, se acercaba de nuevo. Más cerca, más cerca. . .

CAPÍTULO 39

EL FIN DE MISHA

Misha deliraba. Su mente se arremolinaba con imágenes y sonidos de las últimas veinticuatro horas. Lobos, sangre, muerte, caballos y osos.

Sus heridas se habían envenenado y latían con una energía maligna. Tenía mucha sed, pero también estaba agotado. Se detuvo y miró el agua. La deseaba tanto. Era lo único en lo que podía pensar. Sin embargo, había algo en ese lago que le inquietaba. Una o dos veces, cuando estaba con su madre y

después en la granja, había bebido agua en mal estado y se había puesto enfermo.

¿Era sólo eso, agua en mal estado?

No le importaba. El agua en mal estado era mejor que no beber cuando uno se moría de sed.

Siguió arrastrándose.

Podía oler que el agua no era mala.

Llegó a la orilla del lago. La lengua seca y los labios agrietados le ardían. Sacó la lengua y su punta tocó el agua dulce. Experimentó un segundo de felicidad y luego...

negrura. Y agonía. Y pánico ciego. Y un terrible hedor a podrido y a pescado podrido.

Se sintió arrastrado hacia el agua. Sintió, pero no pudo ver, que toda su cabeza estaba dentro de la boca del monstruo. Trató de agarrarse con las piernas, intentando desesperadamente retroceder. Pero ahora estaba en aguas poco profundas, y sus patas resbalaban en el barro y el lodo. Todo había terminado para él. Pensó en Madre y en Bratan, en Saluki y en sus cachorros. Su vida, sus batallas habían sido en vano. Se estaba asfixiando en esa boca asquerosa y apestosa.

Pero entonces el monstruo cometió un pequeño error. Sintió que necesitaba un agarre más fuerte para arrastrar a su víctima a las profundidades y por eso lo soltó un momento, con la intención de volver a enganchar sus dientes alrededor del cuello. Justo cuando aflojó el agarre, Misha tuvo un último espasmo, una última y estremecedora embestida hacia la libertad.

Y de algún modo se zafó de aquella boca satánica. Ella chasqueó una vez, dos veces, tratando de aferrarse de nuevo, pero él se retorció hacia la orilla.

Sus movimientos eran desesperadamente descoordinados. Se tambaleó y chapoteó, se levantó de nuevo, cayó, se levantó, cayó, se arrastró. Con un último esfuerzo, Misha llegó a la orilla, se desplomó y empezó de nuevo a arrastrarse para alejarse del gran horror que había en el agua.

Estaba vivo.

Y entonces el monstruo apostó todo en una última embestida. Sólo la pierna derecha de Misha estaba al alcance, pero su boca la encontró y los dientes se hundieron, cada uno una daga en sus músculos y tendones. Con impulsos rítmicos de su cuerpo lo arrastró de vuelta al agua. Ya no le quedaba nada. Esto era realmente el fin.

Su última visión fue extraña. Miraba hacia atrás, hacia el bosque por el que se había arrastrado. Con cada segundo que pasaba, su vista se volvía más tenue, a medida que se acercaba la inconsciencia. Pero había una extraña criatura, diferente a todas las que había visto antes. Era inusualmente alta y curiosamente encorvada. Su pelaje era negro y caía en pliegues incomprensibles sobre sus patas, excepto en la cabeza, donde era gris. Y parecía encabritarse como un caballo o un ciervo, con las patas delanteras levantadas del suelo.

El cerebro de Misha registró una breve curiosidad, un deseo de saber más sobre este nuevo habitante del bosque.

Y luego se apagó.

CAPÍTULO 40

UN BALDE Y UNA PALA

La anciana llevaba viniendo a este lago desde que era niña. Los pescadores pescaban carpas y a veces lucios, pero lo que realmente buscaban eran los siluros. Un siluro joven era el mejor de todos los peces, dulce y suculento. Los siluros viejos no eran tan buenos, grasientos y vagamente desagradables, como si en su carne se retuviera algo desagradable de cada ser vivo que habían comido.

Y desde que vivía sola en el bosque, había vuelto al lago una y otra vez, con un sedal que había fabricado con hilos de algodón retorcidos y un anzuelo formado con un alfiler doblado, cebado con una lombriz o una babosa. Al principio había pescado sabrosas percas y carpas. Pero cada vez menos, y más pequeños, hasta que no hubo ninguno. Sabía que sus escasas capturas no podían ser la causa, pero hasta que no presenció la batalla con el cisne no se dio cuenta de a qué se enfrentaba. No había sedal ni anzuelo lo bastante fuertes para atrapar al monstruoso siluro.

Aun así, a veces bajaba al lago con su cubo para recoger un cubo de agua y echárselo a sus verduras, pues en los meses calurosos temía que su pozo se secara y utilizaba el agua turbia del lago para esas cosas. Y mientras se inclinaba, a veces se imaginaba que veía los ojos negros del siluro mirándola fijamente, haciendo sus cálculos.

Por eso siempre llevaba la pala y el cubo.

Aquel día, al salir del sendero que atravesaba el bosque y llegaba al espacio abierto frente al lago, vio un espectáculo que primero la desconcertó, luego la horrorizó, más tarde la emocionó y finalmente la impulsó a actuar.

El enorme pez estaba medio fuera del agua, retorciéndose hacia atrás con la pata de un lobo en la boca. El lobo estaba muerto. Pero el pescado, salado, podría alimentarla durante un mes...

En diez rápidos pasos, la anciana llegó a la orilla del lago. Con sorprendente rapidez, levantó la pala por encima de su cabeza y la aplastó contra la cabeza del siluro. La pala emitió un sonido sordo, como si hubiera golpeado un tocón podrido. Fue un golpe feroz, para una anciana, pero el siluro ni siquiera pareció notarlo. El monstruo siguió arrastrando a su víctima hacia el lago.

La anciana cambió el agarre del mango de madera y esta vez utilizó el afilado filo de la hoja. Ahora la pala se clavó en la gruesa carne del cuello del siluro. La herida supuraba una mezcla gris de baba y sangre. Pero aun así, el siluro atrajo al lobo hacia la insondable oscuridad del agua.

Una y otra vez, hizo caer la punta de la pala sobre aquel grueso cuello, cada golpe acompañado de un fuerte gruñido.

Al séptimo golpe, el siluro se detuvo.

Abrió la boca, soltando la pata del lobo, y tragó un par de bocanadas, o eso le pareció a la mujer. Pareció fijarse por primera vez en la anciana y la miró con sus pequeños ojos negros. Pero aparte de esos ojos y de la boca que tragaba, el pez estaba quieto.

Una última vez levantó la pala y el pez y su cabeza se separaron.

La anciana descansaba sobre la pala, jadeando como lo había hecho el monstruo. Pero en su rostro se dibujó también una sonrisa sombría.

Luego miró más de cerca al lobo muerto.

¿Se movía el pecho?

¿Estaba vivo?

Lo pinchó con el dedo. No se movía, pero le pareció que respiraba. Y entonces sus ojos se abrieron por un momento y la mujer recuperó el aliento.

Un ojo azul y otro marrón.

Miró de nuevo a la criatura y vio la elegante forma de su cabeza, la espesura de la cola, la forma en que las orejas se caían un poco en las puntas, y supo que no era un lobo. Al darse cuenta de ello, tuvo también un primer presentimiento de algo extraordinario, y aunque el rostro antiguo y delineado de Katerina Sobal apenas cambió, sus ojos azul lechoso derramaron lágrimas que cayeron sobre el pelaje sucio y enmarañado de Misha.

CAPÍTULO 41

MISHA APRENDE A SER UN PERRO

Katerina trabajó duro aquel día. Sus viejas extremidades aún eran nervudas y fuertes, pero Misha ya había crecido y pesaba demasiado como para cargarlo hasta la casita del bosque. Y el poderoso siluro pesaba mucho más.

Así que primero cargó con la cabeza cortada del pez y la puso en una gran olla negra sobre el fuego, con agua, hierbas y una cebolla. Luego rebuscó entre sus pertenencias, hablando consigo misma, como era su costumbre, y encontró un saco de arpillera roto. De vuelta al lago, hizo rodar a Misha sobre

él y lo utilizó como trineo para arrastrarlo hasta la casa. Tardó media hora y el camino estaba lleno de baches. Misha gimió dos veces, pero no llegó a despertarse del todo. Una vez en la cabaña, bajó a Misha y dobló la arpillera para hacer una especie de cama.

Luego volvió al monstruo, con su largo cuchillo...

Durante casi una semana, Misha osciló entre la vida y la muerte. Katerina le limpiaba las heridas, le aplicaba cataplasmas y apósitos, y añadía algunos viejos conjuros curativos, cuyo significado había olvidado a medias.

Cuando su mente volvía brevemente de la oscuridad exterior, Misha se encontraba luchando de nuevo con el monstruoso pez, retorciéndose en su implacable agarre. En esos momentos, lo que a él le parecían retorcidas batallas, se manifestaban en el mundo real como pequeños movimientos de sus patas y labios. Sus gruñidos, ladridos y aullidos de lobo sólo salían como quejidos y gemidos silenciosos.

Luego volvía a caer en el gran pozo de la nada y hasta esos pequeños signos de vida se desvanecían.

A pesar de todo, la vieja Katerina se sentaba junto al perro en su chirriante mecedora, a veces con los pies descalzos sobre su lomo, para darle calor y consuelo. Hablaba con él, y consigo misma, y a veces incluso con las personas que había amado y perdido. Y tres veces al día le metía en la boca un poco de guiso de pescado. La mayor parte se le escapaba, pero al menos una parte se la tragaba.

La mente de Katerina vagaba por el milagro de todo aquello, tejiendo poco a poco una historia con los hilos que conocía y los que sólo podía imaginar. Este perro lobo sólo podía ser hijo de su Zoya. La muerte de Zoya casi la había matado, pero había resistido. Y debe haber sido por esto. Para dar vida de nuevo a los moribundos.

Podía ver que esas heridas habían sido infligidas por lobos. ¿Este perro lobo había vivido plenamente como lobo? ¿Era esa su historia? Si era así, era más lobo que perro.

Y eso era peligroso.

Pero aún no. La vida y la muerte aún luchaban por su cuerpo.

Y la vida ganó.

Cuando llegó el momento, Katerina bajó de un estante el viejo collar con la etiqueta con su nombre. No los había enterrado con su Zoya porque quería un recuerdo, algo que sostener, que la ayudara a recordar.

—¿Cómo te llamas, hijo de Zoya?, —le dijo al perro dormido —. ¿Eres un Zoltan? ¿Un Stalin? ¿Un Boris? Eres lo suficientemente formidable para cualquiera de ellos. Pero son demasiado duros. Si te llamo Stalin, terminarás comiéndome. Parece que podrías luchar contra un oso. Te llamaré Misha.

Y eso es lo que rascó en el reverso de la etiqueta de latón con su nombre, utilizando el viejo punzón de su padre, una herramienta que había utilizado para hacer zapatos para sus hijos, hacía unos setenta años.

A la mañana siguiente, Misha se despertó en el saco de arpillera y descubrió que tenía algo alrededor del cuello. Había una cuerda atada al cuello y la cuerda estaba atada a la pata de un sillón antiguo y pesado.

Por primera vez desde que se había salvado del monstruo, su mente se aclaró. Aún estaba demasiado débil para luchar, pero no tanto como para utilizar todos sus sentidos para intentar comprender este nuevo mundo. Era una casa como aquellas en las que había estado antes. Pero los olores eran diferentes. Olores humanos. Y a comida humana. La comida que le había mantenido con vida. Y ahora había un sonido, un arrastrar de pies resbaladizos, y una voz arrulladora.

—Aquí estás, de vuelta con los vivos, mi belleza.

Misha miró a la criatura, la que se erguía sobre sus patas traseras y agitaba las delanteras como ramas al viento.

—Oh, esos ojos, esos ojos. Qué magia. Si realmente fuera una bruja, como solían decir, estaría en tu mente y vería lo que tú has visto. Conocería tu historia, como conocí la historia de tu madre.

Se acercó a Misha, que emitió un débil gruñido. La mujer se rió.

—Sí, gruñe. Gruñir es vivir. Y también comer es vivir.

Puso un cuenco poco profundo junto a Misha, con la gruesa piel del siluro. (Katerina no era tonta: sabía que la piel era un buen alimento para los perros y que podía quedarse con la carne). Misha, levantando apenas la cabeza, se tragó los gruesos colgajos grises de la piel del pez.

Con pequeños pasos, el perro-lobo y la anciana fueron conociéndose. Fue mucho más difícil que con el cachorro, Zoya, que podía o no ser en parte lobo. Misha era al menos medio lobo y había sido criado en estado salvaje. Con toda su fuerza, podría haber matado a la anciana. Y había un resquicio de oscuridad en él que lo sabía y secretamente quería...

Pero mientras ella lo alimentaba y le hablaba, e incluso, a veces, le cantaba, la anciana cambió en su mente de presa a manada. Se hizo lo bastante fuerte para mantenerse en pie. Y se paseó por la habitación al final de la cuerda. Y la dejó pasar sus dedos por su pelaje. Ella sabía dónde rascarle detrás de las orejas.

Sus heridas sanaron. Recuperó las fuerzas. Pero su alma seguía herida. Pensó en Bratan, en Saluki y en sus pequeños, que nunca habían visto el día ni probado la leche. La anciana sintió algo de esto y supo que las heridas del perro lobo no eran sólo físicas. Imaginó la familia que podría haber tenido, como ella misma la había tenido y perdido. Así que le infundió más amor, y tanto los

perros como los lobos responden al amor, y con el tiempo las heridas de Misha sanaron, aunque las cicatrices siempre serían visibles.

Cuando recuperó las fuerzas, Katerina lo paseó por su jardín con su correa, casi como si vivieran en la ciudad y estuvieran dando un paseo juntos. Al principio estaba tan débil que no habría podido apartarse, aunque lo hubiera intentado. Y luego descubrió que ese paseo tan cercano era placentero. Sobre todo porque ella le daba de comer si realizaba ciertas acciones siguiendo sus palabras.

Y entonces, un día, ella desató la cuerda. Hacía tiempo que se sentía cómodo no sólo con la cuerda, sino también con el collar. Se quedó mirando a la anciana. Luego se alejó saltando, se detuvo y volvió a saltar. Aún no estaba sano, pero sentía la alegría de la libertad y de poder correr a donde quisiera. Se adentró en el bosque, medio decidido a seguir corriendo, dejando atrás a esa extraña compañera de manada y su guarida. Pero era casi como si la cuerda siguiera atada. No pudo correr mucho antes de sentir que se le enganchaba. Sabía que ella era la líder de su manada. Ella lo había salvado. Le pertenecía.

Volvió de entre los árboles. La anciana le seguía con la mirada, rígida. Vio que tenía la cara húmeda, lo que no entendió muy bien. Pero sabía que significaba que la líder de su manada, su alfa, necesitaba algo de amor. Trotó hacia ella y saltó, poniendo sus patas sobre sus hombros, y lamió el agua salada de su cara risueña.

CAPÍTULO 42

LA ÚLTIMA LUZ DEL LARGO DÍA

Y así Misha aprendió a ser un perro.

Hasta cierto punto.

Un perro-lobo nunca es del todo un perro. Nunca podría ser completamente manso. Su única pelea real se produjo cuando cogió a una de sus gallinas, que picoteaba en el patio. Con un grito furioso, corrió hacia ellos y le dio una fuerte patada en las costillas a Misha. Poderosa para una anciana.

Misha soltó el pollo, pero ya era demasiado tarde. El ave estaba muerta. Katerina le reprendió con dureza, y la bofetada le dolió mucho más que la patada. Luego tuvo que ver cómo lo desplumaba y lo hervía sobre el fuego. Ver cómo se lo comía. Ni siquiera consiguió una pata escamosa para masticar.

Pero la lección estaba aprendida y, a partir de entonces, sus gallinas estaban a salvo. De hecho, estaban más seguras de lo que nunca habían estado. Ningún zorro se atrevió a acercarse lo suficiente como para arrebatarle una gallina, ni siquiera después de que Misha se deshiciera de las tres primeras con un gusto sangriento. Sin embargo, el perro lobo a veces miraba a las gallinas con hambre en los ojos...

Cada pocas semanas, Misha sentía el impulso y abandonaba la casita durante días, vagando por el bosque en busca de comida y aventuras. Pero siempre volvía. Y Katerina nunca dudó de que lo haría. Podía ver en su rostro que la amaba. ¿Sabía él de algún modo que existía un antiguo vínculo de sangre entre ellos? ¿Había todavía un rastro, un olor, o algún otro signo intangible de que Madre había vivido aquí su juventud y, finalmente, su muerte? Estaba el collar, por supuesto. Eso habría retenido el olor, la esencia de Zoya.

Misha volvía después de estos viajes de caza, con el hocico mojado de sangre. Al principio, regurgitaba los trozos parcialmente digeridos de ciervo o alce o castor. Pero pronto aprendió que a su alfa no le gustaban estos regalos. Cuando un día cazó una liebre cerca de la casa y la dejó caer a sus pies, vio que esto era recibido con mayor entusiasmo. Mejor aún, pudo compartir el rico guiso que ella hizo con ella. Así que a partir de entonces se concentró en esas menudencias: liebres y conejos y cualquier ave de caza que consiguiera cazar. Los verdaderos tesoros: los cadáveres putrefactos que encontraba y engullía, de modo que su vientre se hundía casi hasta el suelo del bosque, eran manjares que no se podían compartir.

El otoño era su época de abundancia. El jardín de Katerina rebosaba de frutas: había un peral y un ciruelo, y pronto sus docenas de tarros de cristal para conservas estuvieron llenos de ambos. Había enormes calabacines, zanahorias y coles. Almacenaron lo suficiente para no pasar hambre en invierno. Misha no

podía vivir a base de coles, pero las gallinas le daban un huevo o dos al día y luego la carne de sus cacerías...

Había una parte del jardín, cerca de donde empezaba el bosque, a la que Misha se sentía atraído. Se tumbaba allí cuando el sol brillaba a través de las hojas amarillentas al caer la tarde. El suelo había sido removido y ahora había empezado a crecer una rosa silvestre. A menudo, cuando estaba allí tumbado, Katerina se acercaba y se quedaba en silencio a su lado, y él levantaba la cabeza hacia ella, y ella le acariciaba la cara y las orejas, su rostro era una mezcla ilegible de tristeza y felicidad.

Pasaron un buen invierno. Pasaron las largas noches junto al fuego. Katerina le hablaba de su vida: su alegre infancia, el horror de la ocupación alemana, su casi felicidad después de la guerra, su posterior soledad, transformada en obstinada independencia. Le habló de su época con Zoya, la hermosa cachorra blanca con un ojo azul y otro marrón, igual que Misha.

También le leía los libros de cuentos que tenía. No había sobrevivido ninguno de su infancia, pero había comprado algunos en los mercados antes de la tragedia y otros los había "tomado prestados" de las casas que quedaron vacías después.

Todas las noches dormían juntos. Al principio, el lugar de Misha estaba a sus pies. Pero pronto se insinuó en la cama, hasta que se tocaban las caras. Y, cuando los dientes del invierno se afilaban, él calentaba sus viejos huesos bajo las sábanas.

Entonces llegó la primavera. Misha sintió la emoción y la energía del nuevo año. Pero cuando miraba a Katerina, no encontraba respuesta a su alegría. Cada mañana tardaba un poco más en levantarse de la cama. Y cada noche se iba antes a ella. Luego no la abandonaba, sino que se acostaba bajo

las sábanas, con sus libros de cuentos: sus historias de Baba Yaga y valientes leñadores y lobos rapaces.

Seguía hablando con Misha, pero su voz era cada vez más baja, sus palabras menos claras, hasta que, al final, lo que susurraba apenas eran palabras, sino más bien la brisa en las hojas de los abedules.

Al final, Katerina volvió a caminar bajo la luz moteada de una tarde de verano y corrió entre los álamos. Miró hacia abajo y vio que sus piernas no eran las vetustas varas de una anciana, sino las pantorrillas firmes y elásticas de una niña, y que sus pies eran los pequeños y suaves pies de una niña. Y voló sobre la dulce hierba hacia la última luz del largo, largo día.

A su lado, Misha sintió que la anciana se hacía cada vez más ligera. Metió la nariz bajo su mano ingrávida, y así percibió el momento en que el suave pulso vaciló, volvió a aletear brevemente y luego se detuvo para siempre.

CAPÍTULO 43

LA CANCIÓN DEL LOBO

Misha permaneció tumbado en la cama con Katerina durante un día entero, sin abandonarla ni una sola vez. Al principio, intentó calentarla para que volviera a la vida, y luego, cuando supo que su alfa no volvería a despertar, se quedó con ella en medio de la soledad y la tristeza. Finalmente, saltó a los pies de la cama, echó la cabeza hacia atrás y aulló con pasión a todo pulmón, lanzando todo su ser a la canción del lobo por primera vez en su vida. La música lúgubre hizo vibrar la pequeña casa, sacudiendo las ventanas y la paja suelta, antes de

salir al aire nocturno, extendiendo finalmente sus dedos fantasmales para acariciar la luna.

Estaba solo como nunca antes lo había estado. Su madre, su hermano, los perros de la granja y la anciana, su alfa: todos se habían ido. Por primera vez era un lobo solitario.

Había terrores en eso. Pero también... libertad.

Durante todo el día siguiente anduvo desganado por la casa y el jardín, volviendo una y otra vez a tumbarse junto al cuerpo frío en la estrecha cama. No podía quedarse para siempre, pero tampoco podía irse.

Era consciente de que las gallinas cacareaban para que les diera de comer. A pesar de su profunda hambre, ya no podía pensar en ellas como alimento. Se paseó frente a la alambrada que rodeaba el corral. Las gallinas, acostumbradas a él y sin miedo, se acercaron a picotazos.

Misha empezó a arañar y luego a escarbar en el suelo bajo la alambrada. Su plan era liberar a las gallinas, no comérselas. O eso creía. Tuvo que cavar medio metro para llegar debajo de la alambrada y tardó un poco. Pero al menos estaba haciendo algo, no simplemente empollando.

Y había una punzada de hambre...

Y entonces lo oyó. Detrás de él, en los matorrales del bosque. Una rama quebrada, un paso demasiado pesado, una respiración...

Los lobos no dieron ningún otro aviso. Esto no era como el ataque a la granja, donde la guerra psicológica precedió a la batalla. Estaban aquí para cazar y matar, tan rápida y eficazmente como fuera posible. No, no para matar. El mayor deleite del lobo siempre sería tomar lo que ya estaba muerto.

Misha se apartó del gallinero y corrió hacia la puerta abierta de la casa. Era consciente de las formas que convergían allí, pero no se detuvo. Tenía que llegar a la casa antes que ellos.

En tres grandes pasos llegó y se volvió hacia ellos. Cinco lobos, robustos y delgados. A dos los reconoció de la pelea en la granja, ambos machos jóvenes. Dos eran nuevos para él, un macho mayor y una hembra joven. Al último lo conocía muy bien.

Era Cara Cruzada.

Los lobos se desplegaron ante él, cada par de ojos fijos, cada boca abierta, cada lengua suelta.

Incluso mientras le devolvía la mirada, Misha luchaba por entender a esta nueva manada.

Había dejado a su padre luchando contra su propia manada. ¿Cara Cruzada lo había matado y, con un nuevo macho alfa, se había convertido en su líder? Eso parecía probable. Pero esta manada - o grupo de asalto - tenía un olor diferente.

Al principio, pensó que habían venido por él, cazándolo, rastreando el bosque hasta encontrar su olor. Pero había pasado tanto tiempo... Y estos lobos -incluso la hembra, una vez tan elegante, tan hermosa- parecían hambrientos. Casi famélicos.

Y entonces vio que no habían venido por él. Habían venido por la carne.

La hembra, su vieja enemiga, no lo miraba a él. Ella estaba mirando más allá de él. Todos los lobos lo hacían.

¡Fuera! siseó.

No quería luchar con él.

Misha sólo respondió con un gruñido. Apartó los labios y mostró los dientes. No se iba a mover.

Y éste era un buen lugar para plantarse. La estrecha puerta significaba que no podía ser flanqueado. Los lobos podrían atacarle todos a la vez, usando su peso para hacerle retroceder, pero sólo tendría que enfrentarse a un par de dientes cada vez. También sintió que esos lobos no estaban ansiosos por enfrentarse a él. Había estado bien alimentado durante el invierno y la primavera; estaba gordo, su pelaje era espeso y brillante. Ellos no, y sus pelajes mostraban piel desnuda y huesos afilados.

¡Vamos! volvió a sisear Cara Cruzada.

Misha recordó la primera vez que la vio, cuando se retorcía seductora ante él en la nieve.

Ahora no había encanto. Parecía un espectro, sin nada de su sinuosa belleza anterior.

Los dos machos más jóvenes perdieron la paciencia y se abalanzaron sobre la hembra para atacarla. Eran torpes, además de hambrientos, y se estorbaban unos a otros mientras cargaban contra él. Mordió al primero en la cara, desgarrándole la mejilla. El lobo emitió un sonido de dolor y angustia desesperados, casi como un niño humano. El segundo fue derribado mientras el primero retrocedía. Misha vio su oportunidad en el revoltijo de miembros, se lanzó rápidamente y mordió una pata delantera. Podría haber roto el hueso, tal vez podría haber mordido la pata. Pero no usó toda su fuerza. Mordió lo suficiente para sacar al lobo de la lucha, no de esta vida. El lobo lanzó un grito de agonía y los dos jóvenes machos se alejaron cojeando, destrozados y sin luchar.

El macho mayor y la hembra más joven parecían mucho menos dispuestos a entrar en combate. Merodeaban de un lado a otro, mirando a veces a Misha, a veces al espacio negro detrás de él y a veces, Misha se dio cuenta ahora, al gallinero...

Como sabía que ocurriría, todo se había reducido a él y Cara Cruzada.

Una vez más, ella estaba haciendo de las suyas. Tenía las patas delanteras hacia abajo, la grupa hacia arriba y movía la cola con furia. La mirada salvaje del hambre se había convertido en la alegre del juego. Aunque Misha sabía que todo era una farsa, que la loba lo mataría en un momento si tuviera la oportunidad, no podía evitar sentir esa oleada de deseo por ella y, aún más, esa necesidad de jugar, de correr juntos. Echaba de menos a Madre, echaba de menos a Bratan, echaba de menos a Saluki.

Así que pasó de su postura de batalla, con los pelos de punta levantados, la cabeza baja y las orejas hacia atrás, a una posición pasiva y sentada. Paz, dijo. Y también había otra palabra, medio pensada, medio dicha. Amor.

Entonces ella se movió, como tenía que hacerlo, lanzándose hacia delante en una embestida desesperada hacia su garganta. Un año antes, lo habría conseguido. Un año antes, él era un cachorro y ella estaba en su mejor momento. Pero ahora él era un perro lobo en la flor de la vida, y ella estaba cansada, hambrienta y vieja. Él giró la cabeza, y los dientes de ella se cerraron alrededor del pelaje y de un colgajo de piel. El dolor al arrancarlo, llevándose pelo y piel, fue intenso pero también irrelevante. Su sangre salpicó el umbral de la puerta en una fina niebla, no en un grueso chorro.

Y con una rapidez que ni siquiera el ojo de un lobo podría captar, giró la cabeza hacia atrás y se llevó todo el cuello a la boca con un tierno salvajismo. Ella luchó brevemente, agitando las patas contra su ancho pecho. Su cuerpo se retorcía. Pero no había fuerza en su lucha. Misha mantuvo la boca sobre su garganta, apretando casi suavemente. No era el frenesí de la sangre, ni siquiera la fría matanza. Simplemente estaba haciendo lo que tenía que hacer para evitar que ella lo matara.

Los dos lobos heridos, el viejo macho y la joven hembra observaban en silencio. En un minuto todo había terminado.

Misha soltó a Cara Cruzada y miró su cuerpo sin vida. No sintió rabia ni furia, sólo una profunda tristeza y soledad. Con una última mirada a los lobos,

se dio la vuelta y volvió a la casa. Allí se subió por última vez a la cama de su alfa. Su mano huesuda estaba en la parte exterior de las mantas, y él puso la nariz bajo ella y cerró los ojos.

A la mañana siguiente, Misha vio que el gallinero estaba vacío. Los dos jóvenes lobos machos se habían ido. Pero quedaban la hembra joven y el macho viejo. Les gruñó y ambos adoptaron posturas sumisas, postrándose ante él. Se dio cuenta de que algo importante había cambiado. Había matado a su alfa y ahora la autoridad y la responsabilidad recaían sobre él. Él era el alfa.

Ahora tenía claro que Cara Cruzada había abandonado la otra manada, llevándose a los dos machos jóvenes con ella. En algún punto del camino, habían recogido a la hembra joven y al macho viejo. Se habían convertido en una nueva manada, pero débil. Sólo la hembra alfa era una buena cazadora. El macho conocía los caminos del bosque, pero era demasiado viejo para ser útil. Cara Cruzada los había mantenido con vida porque, fueran cuales fueran sus vicios, era una loba magnífica, tan astuta como valiente. Pero era sólo lo suficiente para evitar que murieran de hambre. Sin ella, estaban perdidos.

También sabía lo que tenía que hacer. Sólo había una posibilidad de supervivencia a largo plazo. Tenía que encontrar la manada de su padre y confiar en que la lealtad familiar haría el resto.

CAPÍTULO 44

LA VIDA DEL LOBO

Durante la semana siguiente, el trío atravesó el bosque, a veces caminando audazmente por los viejos caminos, a veces siguiendo las líneas de canales y ríos. Atravesaron asentamientos abandonados y granjas aisladas, como la que habían gobernado los perros. Se alimentaban de conejos y topillos, y cuando más hambrientos estaban, tropezaban con un nido de hormigas, justo cuando los machos y las hembras alados salían en enjambre para su vuelo nupcial. Las devoraron durante una hora, aunque es difícil que un lobo se llene de hormigas.

Los lobos confiaron en Misha, siguieron su ejemplo, le adularon y retozaron ante él. Y a cambio, él se convirtió en uno de ellos. El lobo que llevaba dentro, reprimido durante el tiempo que pasó con Katerina, volvió a aflorar. Aulló con ellos por la noche y aprendió su lenguaje, parecido y a la vez distinto al de los perros.

Encontraron viejos olores de lobos, pero nada nuevo. Por el camino, pasaron por delante de la casa junto a la carretera donde se habían alojado Misha, Bratan y Madre. Misha se paró brevemente en la puerta, ladró a los fantasmas que había dentro y siguió su camino. Corrieron rápidamente por el bosque rojo, sin que los lobos hicieran ruido alguno.

Finalmente encontraron a la manada ocupando los restos oxidados y podridos de un viejo aserradero. Había enormes e insondables máquinas y montones de troncos sin terminar. Y por todas partes el olor a lobo.

Misha sabía que ahora se encontraban en un profundo peligro, que un solo error significaría que él y sus desarrapados compañeros morirían. Pero también sospechaba que la manada estaba debilitada por la pelea en la granja y la deserción de la hembra alfa. En estas circunstancias, existía la posibilidad de que las dos manadas se fusionaran.

En el centro del molino había un enorme cobertizo en ruinas. Misha dirigió a su grupo hacia él. Sentía que los lobos les seguían por los flancos y la retaguardia. Pero también sabía que el corazón estaba delante.

El olor a lobo llenó sus fosas nasales. Antes era un olor que provocaba miedo, el impulso de huir o luchar, pero ahora tenía un efecto diferente. El olor era... correcto. Era el olor del hogar.

La luz del sol se filtraba a través de la oxidada chapa ondulada del tejado. Sintió a su pequeña manada, el viejo macho y la joven hembra, cerca de él. Sintió su miedo y su esperanza.

Y entonces los vio.

A su padre. Silencioso, gris por la edad. Todavía grande. Aún feroz.

Y luego, sorprendentemente, a su lado, un no lobo.

Era Bratan.

Su hermano. Cojeando hacia él, todavía arrastrando esas patas traseras.

Misha no pudo controlarse. Había tenido la intención de humillarse ante el alfa, para demostrar que estaba aquí para servir, para ser un lobo leal. Pero ahora saltó como un cachorro hacia su hermano, que, a su manera torpe, saltó hacia atrás.

Su padre había perdonado a Bratan, como había perdonado a Misha. Los hermanos se abrazaron, saltaron, lamieron, jadearon, persiguieron, amaron.

Sólo entonces Misha fue a inclinarse ante su padre. El viejo lobo aceptó el tributo. La manada era débil. Necesitaba nuevos miembros. La joven hembra era bienvenida y el viejo macho aportaría algo de experiencia a la caza. Aunque ambos empezarían en lo más bajo de la jerarquía de la manada, los últimos en alimentarse de la presa, los primeros en sentir el diente o la garra de un alfa malhumorado.

Pero hubo una sorpresa más.

Misha oyó un gemido debajo de una pila desordenada de troncos. Había cachorros aquí. Misha sintió el torrente de alegría que la sangre joven siempre trae a la manada de lobos y fue a explorar. En la pila de leña vio primero uno, luego dos y después cuatro lobeznos. Eran lobos de aspecto extraño, esbeltos y de pelo fino. Y algunos tenían ojos extraños. . .

Y entonces, en un lugar cálido en el corazón de la pila de leña, Misha la encontró.

Saluki.

Los cachorros estaban casi totalmente destetados, pero aún mamaban cuando podían y ella no se movía hasta que estaban saciados. Pero ella lo miró con amor, y él supo que esos cachorros eran suyos.

Y así Misha, el hijo de Zoya, amado cachorro de Natasha Taranova, se convirtió en lobo, por fin.

Al cabo de un año, el viejo lobo murió, atrapado en los cuernos de un bisonte. Y con su muerte, Misha se convirtió en el macho alfa de la manada del aserradero, y Saluki en la hembra alfa.

La vida de un lobo era dura. Cada día era una lucha por encontrar comida. Había épocas de vacas flacas y épocas de vacas muy flacas. Había que mantener a raya a las manadas rivales. A veces bastaba con una noche de aullidos. Otras veces, tenían que luchar. Lobos jóvenes -algunos de ellos sus propios hijos- intentaban desbancarle de su posición de líder de la manada. Y al fracasar, abandonaban la manada para formar la suya propia, o para vivir como lobos solitarios, o para morir.

Siempre, Bratan estaba a su lado en la lucha. No acudía a las largas cacerías, pero se convertía en un tío devoto y guardián de cada nueva generación de cachorros. Saluki cazaba con los lobos cuando no estaba destetando. Su velocidad era mayor que la de cualquier lobo y podía dejar atrás al ciervo más veloz.

Y así pasaron los años. Cada día, cada semana, cada mes traía nuevos retos, nuevas amenazas, nuevas oportunidades. A veces veían humanos caminando ruidosamente por el bosque. Soldados al principio, luego científicos y finalmente turistas. Con el tiempo, algunos coches volvieron a las carreteras y los lobos comprendieron que los humanos se movían en ellas, más rápido que cualquier bisonte a la carga.

Sus andanzas les llevaron hasta la antigua central nuclear. El lugar nunca había estado abandonado: la gente había seguido trabajando allí en los años posteriores a la catástrofe, descontaminando el lugar y cubriendo de hormigón el reactor quemado. Había ingenieros y guardias.

Y perros.

Misha los observaba desde lejos. Eran los descendientes asilvestrados de los perros que sus dueños habían dejado atrás. Pero nunca habían aprendido a vivir en el bosque y por eso se escabullían entre los humanos, mendigando sobras y hurgando en la basura. Era una vida terrible y Misha los despreciaba.

Misha creció hasta alcanzar toda su magnificencia, un lobo plateado, con un ojo azul y otro marrón. Nunca fue herido por un bisonte o un alce. Nunca más fue emboscado por un lince.

Pero hubo bajas. Cada invierno traería casi la inanición. Cada caza de bisonte podía significar la muerte. Y la enfermedad a veces corría a través de la manada.

Bratan murió, ni joven, ni viejo. Tuvo una enfermedad que le hizo picar, hasta que se rascó la mitad de su pelaje. Y entonces se fue solo al bosque y no volvió. Misha lo lloró durante un año y nunca dejó de tener la esperanza de volver a encontrar algún día a su hermano.

Saluki, después de cuatro camadas, fue asesinada por un jabalí, que la desgarró con sus colmillos curvos. Misha mató al jabalí a cambio, pero la carne del jabalí no fue compensación por la pérdida de su amor. Tras otro año de dolor, la joven loba que había venido con él el día que entró en la manada se convirtió en su hembra alfa. Hubo más camadas.

Y entonces Misha descubrió que era viejo.

Una tarde de octubre, mientras el sol brillaba a través de las hojas anaranjadas y doradas del otoño, miró a su manada, dispuesta pacíficamente alrededor de las ruinas del viejo molino. Eran catorce, la manada más grande de toda la nueva tierra salvaje. Y aparte del último de sus cachorros, nacido a principios de ese año, él era ahora el más débil de ellos. Ya no estaba al frente de la persecución, ya no era el primero en enfrentarse a los cuernos y pezuñas de los bisontes, ni a la cornamenta extendida de los alces.

Se había dado cuenta de que la manada no respondía tan rápidamente a sus aullidos o a sus ladridos de mando. Había visto que los machos jóvenes no le miraban con el respeto y el temor a los que estaba acostumbrado, sino con algo parecido al desdén.

Un día, la manada salió a cazar sin consultarle. Esto fue una afrenta demasiado lejos, incluso para el tranquilo Misha. Correspondía al alfa decidir

cuándo y dónde cazar. Corrió hacia los dos jóvenes lobos que habían liderado esta rebelión. Esperaba que retrocedieran, que ofrecieran sus partes inferiores en señal de sumisión. En lugar de eso, se erizaron al instante, enseñando los dientes. El resto de la manada miraba expectante. Estarían del lado del ganador. Y Misha sabía que se volverían contra él si perdía.

Miró de nuevo a los dos jóvenes lobos. Estaban en perfectas condiciones. De tamaño normal, pero aún no desgastados por la dureza de la vida lobuna. Pensó que podría derrotar a cualquiera de los dos en una pelea. ¿Pero juntos... ?

De repente, Misha se sintió inmensamente cansado. Había librado tantas batallas, luchado y matado por su vida. Y no sólo por la suya. Por las vidas de los perros y lobos que había amado.

¿Por qué luchaba ahora? La manada no lo necesitaba. Había otros líderes aquí. Líderes de su propia sangre.

Los dos lobos seguían esperando la pelea, con los dientes enseñados, los músculos tensos por la expectativa de violencia.

Misha se dio la vuelta y no regresó al aserradero, sino que se adentró en los árboles. Uno de los lobos se lanzó hacia él, con la intención de darle un mordisco en la grupa, para dejar claro que él era el vencedor en este enfrentamiento. Cuando lo alcanzó, Misha giró sobre sí mismo y, de repente enorme de nuevo, se alzó sobre el ahora aterrorizado retador. El joven lobo se desplomó y se encogió, esperando un terrible castigo. Pero no llegó.

Misha se dejó caer y se alejó trotando una vez más, fuera de la vida de la manada para siempre.

CAPÍTULO 45

VADZIM PERDIDO Y SALVADO

Unos dos años más tarde, Vadzim Kornilov, guardia de seguridad de la antigua central de Chernóbil, estaba sentado en su cabaña, comiendo su comida habitual a base de salchichas, regada con té fuerte y dulce. Su ritmo era constante. Un bocado de pan, un bocado de salchicha, un trago de té. También llevaba una botellita de vodka en el bolsillo de su gran abrigo y, con la misma regularidad, después de cada tres rondas de pan-salchicha-té, echaba un trago.

El padre de Vadzim había sido un héroe. Había luchado con los partisanos en la Segunda Guerra Mundial contra los fascistas, y había llenado la cabeza de su joven hijo con historias de luchas y masacres y venganza y amor en los pantanos de Pripyat.

La vida de Vadzim había sido muy diferente. No había habido aventuras ni amor. Había habido pobreza y fracaso, soledad y pérdida, mala dentadura y vodka. A los cincuenta años, sentía que su vida había sido un desperdicio y cada mañana se despertaba con un vago sentimiento de decepción por no haber muerto durante la noche.

Mientras masticaba, miraba a través de la pequeña y mugrienta ventana de la cabaña. El cielo estaba negro y el viento lanzaba copos de nieve contra el cristal.

El invierno había sido largo y cruel. El suelo estaba cubierto de nieve. Todas las mañanas, Vadzim tenía que abrirse camino hasta la cabaña, quitando la nieve a ambos lados del sendero. Había un pequeño calentador de queroseno en la cabaña, pero era tan útil como intentar derretir un iceberg con una vela.

La nieve también había sido cruel con los perros de Chernóbil. Todos los viejos habían muerto. Y muchos de los jóvenes. Se hablaba de caritativos que venían de la ciudad a castrarlos para que no hubiera más, pero él no había visto a ninguno de esos bienhechores y, de todos modos, los bienhechores nunca hacían ningún bien de verdad. Así se les reconocía.

La vida de Vadzim había sido dura y, a veces, las penurias merman la capacidad de sentir compasión por las demás criaturas de la Tierra que sufren. Pero aunque la mayor parte del dolor de Vadzim era por sí mismo, le quedaba un poco. Y es verdaderamente un hombre frío el que no siente nada por el sufrimiento de un perro, así que a veces lanzaba el extremo de una salchicha a los hambrientos malditos. Pero también los maldecía y deseaba que no estuvieran allí para inmiscuirse en sus pensamientos privados sobre la injusticia del mundo.

Vadzim llevaba de servicio desde las cuatro de la mañana. Siempre se proponía hacer nada más y nada menos que su deber. Caminaba penosamente a lo largo de la valla, volvía y marcaba el horario con la punta de un lápiz.

La puerta de la cabaña estaba bloqueada de nuevo por la nieve, lo que le hizo refunfuñar y maldecir. La abrió de un empujón y comenzó su ronda. La

nieve crujía bajo sus botas. A veces crujía, a veces no hacía ruido y a veces chirriaba. Vadzim se preguntaba por qué. Pero no por mucho tiempo.

No era el tipo de especulaciones que se permitía. La nieve chirriante era una cosa como otra cualquiera.

La central nuclear en ruinas asomaba en la penumbra. Ahora parecía una visión del fin del mundo, la civilización en ruinas, los humanos de nuevo en estado de salvajismo, comiéndose unos a otros, vestidos con pieles de animales. Escupió y siguió adelante.

Bien, había cumplido con su deber. Aquí no había nada, nada que vigilar. Se dio la vuelta y empezó a caminar hacia la cabaña, contento de haberse ahorrado un par de tragos de vodka.

Y entonces lo vio. Otro perro muerto. Yacía justo al lado del camino, casi cubierto de nieve. Vadzim sintió su habitual encadenamiento de emociones.

Maldición, tendré que enterrarlo.

Perro estúpido.

Pobre perro.

La cabaña y su vodka le llamaban.

Pero este perro tenía algo diferente. Dio unos pasos hacia él y sus botas se hundieron en la nieve profunda del sendero. Y entonces se detuvo.

El perro podría no estar muerto.

El perro podría no ser un perro...

Pero no.

Perro o no, debe estar muerto. Más de la mitad estaba enterrada en la nieve. Caminó lentamente hacia el cuerpo. Si era un lobo, ¿habría recompensa? ¿Podría alegar que estaba a punto de atacar y que él lo había matado? Que lo había estrangulado con sus propias manos. El tipo de cosa que su viejo padre podría haber hecho, en la guerra. Podría haber una foto en el periódico...

Cuanto más se acercaba, menos parecía un lobo, y Vadzim se sintió aliviado y decepcionado a la vez. Llegó al cuerpo y lo pinchó suavemente con el dedo del pie. Esperaba que estuviera congelado. Pero aún estaba blando. Metió la mano en el pelaje. Aún estaba caliente. Pero sintió los huesos debajo y

supo que el animal había muerto de hambre. Y entonces el perro -si es que era un perro- abrió los ojos, que eran a la vez maravillosos y terribles, uno azul hielo y otro marrón intenso, y la lengua salió y lamió la mano mugrienta de Vadzim. Y con este pequeño acto de afecto, Vadzim se perdió y se salvó.

—Ah, —dijo—, así que no estás muerto. Y una vez, creo, fuiste poderoso. Déjame ver si me queda un poco de salchicha para ti.

Con eso, levantó al perro y lo llevó a través de la nieve hasta el escaso calor de su cabaña.

CAPÍTULO 46

UN AMIGO, Y ESPERANZA

Durante todos estos años, Nataliya ha estado sola. No era, por supuesto, la soledad de una anciana que vive en una casa en el bosque con la única compañía de sus gallinas, despertada por la noche por el aullido de los lobos. Era la soledad de la ciudad, la soledad de alguien rodeado de una humanidad palpitante, bulliciosa y ajetreada, como una roca negra en el mar agitado.

Su madre y el farmacéutico se habían mudado a una ciudad lejana. Nataliya la llamaba y hablaba con ella cada pocas semanas. Pero después de los primeros saludos y "qué tal", parecía que ya no les quedaba mucho que decirse. Y ese era el único contacto humano real que tenía, aparte de con sus alumnos.

Una tarde estaba en la sala de profesores, sorbiendo furtivamente su sopa. Normalmente comía en su aula, marcando los deberes, pero hoy había sido uno de esos días en los que hacían malos olores.

No, eso no es del todo correcto.

Empezaron con un olor muy malo, producido por el ácido butírico, quizá de todos los hedores el peor, y el objetivo era hacer uno agradable. En cuanto Nataliya desenroscó el tapón de la botellita marrón, el hedor se derramó, llenando el aula con su oscuro y fétido aliento. Los niños retrocedieron, riendo y con arcadas, como ella sabía que harían.

—¡Señorita, huele peor que el retrete después de que Andrei haya estado allí!, —balbuceó uno.

Siempre era muy divertido, pero la magia del experimento llegaba cuando mezclaba el ácido con unas gotas de alcohol etílico transparente en un vaso de cristal, transformando en un instante lo asqueroso en fragante, y el hedor profundo y putrefacto se convertía en el encantador olor de las gotas de pera. Fue un momento que cautivó incluso a los niños más traviesos, haciéndoles jadear de asombro ante la belleza de un universo en el que son posibles alteraciones tan gloriosas.

Sin embargo, algo del hedor anterior siempre permanecía en el aula y ni siquiera Nataliya podía comer su almuerzo al alcance de sus repulsivos dedos marrones.

La mayor parte del personal comía en el comedor escolar, que tenía la ventaja de ser muy barato, aunque había que tener una gran tolerancia a la carne hervida con col hervida seguida de un pudin de ruibarbo hervido. Pero había

algunos otros profesores almorzando en la sala de profesores, marcando libros o charlando sobre las telenovelas.

—¿Qué es ese tufo?, —dijo una voz, interrumpiendo los pensamientos de Nataliya.

Se volvió y vio que la voz pertenecía a una joven profesora que no llevaba mucho tiempo en la escuela. Nataliya no había oído bien su nombre cuando el director la había presentado al personal. ¿Quizá era Tanya?

Nataliya se quedó con la mirada perdida, antes de recordar el experimento. El desagradable olor a producto químico debió de quedarse pegado a ella, como la niebla moja el pelo. Se sonrojó un poco e intentó explicarse.

—Nosotros, en la clase de Química...

—No digas más. La química no es divertida sin olores. —Tanya señaló el espacio en el sofá junto a Nataliya—. ¿Puedo?

—Si puedes soportar el olor.

—Oh, me acostumbraré. —Luego añadió en un susurro escénico—. No es tan malo como el viejo Kámenev.

El señor Kámenev era el jefe adjunto, una figura famosa por su caspa y sus uñas sucias.

Tanya tenía unos modales ligeros y agradables, y era capaz de hacer que incluso Nataliya se sintiera casi a gusto. Charlaron de poco, siendo Tanya la que más hablaba. Pero en algún momento, Nataliya mencionó su infancia en Pripyat.

Y luego, sin querer, habló de su pequeña Zoya. Con el paso de los años, sus recuerdos se habían vuelto vagos, como si ya no recordara los sucesos, sino

que recordara el recuerdo, recordara que una vez había recordado. . . Pero ahora estaba de vuelta en el pisito, de vuelta jugando con Zoya, de vuelta en el autobús, viendo cómo la bolita de pelusa se hacía cada vez más pequeña. Pronto las lágrimas corrieron por sus mejillas, sintió los brazos de Tanya a su alrededor y, por primera vez en mucho tiempo, sintió que no estaba completamente sola.

Los demás profesores levantaron brevemente la vista, asombrados. Nataliya era de hielo. No, no de hielo, sino de cristal. Duro y perfecto. Pero tampoco de cristal, porque el cristal es transparente y Nataliya era impenetrable. Estaban avergonzados pero también preocupados, y mostraron su preocupación intentando ignorar el espectáculo de una mujer llorando y otra consolándola.

Poco a poco, los demás profesores se fueron a sus clases, dejando a las dos mujeres solas para hablar.

Una semana después, Tanya le entregó a Nataliya una página arrancada de un periódico.

—Leí esto, —dijo—. Y pensé en ti y en tu perrito. Me contaste que los soldados habían vuelto para matar a los perros, gatos y animales de granja que habían dejado atrás. ¿Pero sabías que el ejército no se llevó a todos los perros? Muchos escaparon y vivieron en el bosque. Pues bien, ahora la mayoría de ellos, y sus hijos e hijas, nietos y nietas, viven en los alrededores de la antigua central nuclear. Los guardias cuidan de ellos, les dan de comer sobras. De todos modos, esta organización benéfica envía veterinarios para que los revisen, les pongan vacunas, los esterilicen para que no sigan reproduciéndose.

Nataliya no escuchaba los balbuceos de Tanya. Estaba leyendo febrilmente el artículo, con las palabras girando y borrosas ante sus ojos. Había fotografías de la central nuclear y sus alrededores.

Perros de todas las formas y tamaños, soldados, guardias y trabajadores de la central.

Buscó un destello de pelaje blanco, aquel hermoso rostro de zorro. . .

¿Era posible? ¿Podría su Zoya . . . ?

Nataliya calculó rápidamente en su cabeza. De repente, el corazón le pesó tanto como el plutonio utilizado para alimentar el viejo reactor de Chernóbil.

Habían pasado veintidós años. Ningún perro podía vivir tanto tiempo. Ni con la radiación, ni con las otras cosas que había leído en el artículo. Los animales salvajes de los bosques: los osos, los linces, los... los lobos.

Tenía que mantenerse fiel a su creencia en la ciencia, a su fe en la verdad objetiva. El mundo es como es, no como queremos que sea. Su hermosa Zoya había muerto hacía mucho tiempo, un cachorro asustado y solo en el bosque.

—¿Nataliya? ¿Nataliya?

Miró a Tanya, su. . . amiga.

—¿Sí?

—Deberías unirte a la caridad. Trabajar con ellos. Dicen que necesitan científicos que ayuden a controlar la radiactividad. Te lo pensarás, ¿verdad?

—Sí.

CAPÍTULO 47

EL REGRESO

Y así fue como, seis meses más tarde, en una húmeda tarde de primavera, Nataliya Taranova estaba sentada en un jeep mientras éste rebotaba por las carreteras llenas de baches y roderas que conducían a la central nuclear de Chernóbil a través del nuevo desierto de bosques y matorrales.

El jeep era conducido por su guía y ayudante, Otto, un antiguo oficial del ejército que ganaba mucho dinero llevando a los visitantes de excursión por las ciudades y pueblos desiertos de la zona contaminada.

Había otros cuatro pasajeros: Anton y Yana, una pareja de veteranos de mediana edad, y dos jóvenes voluntarios, Evgeni y Kurt. Anton y Yana tenían hijos adultos y parecían despreocupados por los bajos pero aún detectables niveles de radiación en la zona. Evgeni y Kurt eran lo bastante jóvenes como para creerse indestructibles. Otto les había asegurado que, mientras evitaran los puntos calientes, no les pasaría nada.

En la frontera de la zona restringida fueron controlados por soldados, que miraron sus papeles, se encogieron de hombros y les hicieron señas para que siguieran adelante.

—Algunos se preocupan más por los perros que por las personas, —refunfuñó uno de ellos.

Decidieron atravesar la zona desierta, en lugar de tomar la carretera buena que lleva directamente a la planta, porque pensaron que podrían encontrarse con algunos perros callejeros por el camino.

—Tal vez veamos un lobo o dos, —dijo Otto por encima del hombro mientras conducía.

—¿En serio?, —dijo Nataliya.

La idea la llenó de emoción. Quizá su Zoya había huido con los lobos...

Se asomó a los árboles, tratando de vislumbrar aquel imposible pelaje blanco. El bosque era de un verde vibrante. Nataliya vio zonas de nuevo crecimiento forestal que veinte años atrás habían sido campos de trigo o cebada. Había pequeños asentamientos desolados junto a la carretera, uno de los cuales había sido en otro tiempo el refugio de una perra madre y sus dos cachorros. La

casa estaba aún más deteriorada y un abedul crecía a través de un agujero en el tejado.

Vio a un par de zorros que caminaban cautelosamente por el arcén, pero ningún perro. Ni lobos.

Al cabo de un rato, la carretera bordeó una zona del bosque muy distinta de la anterior. La transición fue sorprendentemente brusca. En un momento el bosque estaba verde y vivo, y al siguiente los árboles habían adquirido el color de la sangre seca.

—El bosque rojo, —dijo Otto —. Estaba cubierto por la nube venenosa de la planta. Tiene la radiación más alta de todo el desdichado lugar. Compruébalo con tu máquina.

Nataliya sacó su contador Geiger, lo encendió y apuntó a los árboles. La aguja parpadeó.

Otto soltó una pequeña carcajada —. Aquí estamos bastante seguros, pero diez minutos ahí dentro y tendrías una dosis lo bastante grande como para asegurarte de que tus bebés salieran con dos cabezas. Si vivieras lo suficiente para tenerlas.

Nataliya no podía apartar los ojos del bosque rojo. Ni siquiera un pájaro lo sobrevolaba. En otros lugares les molestaban las nubes zumbantes de mosquitos y jejenes, pero aquí el aire estaba muerto. Y aquel cambio repentino, de la vida verde y bullente a la silenciosa muerte roja, la hizo pensar en su propia vida. La felicidad y la esperanza de la infancia, y luego la larga y lenta nada de la edad adulta.

El jeep siguió avanzando. La conversación murió. Incluso Evgeni y Kurt, que habían parloteado y reído la mayor parte del camino desde Kiev, se sumieron en un silencio deprimente.

Tan repentinamente como había empezado, el bosque rojo terminó. Más allá del alcance de la herrumbrosa penumbra, todos sintieron que se les levantaba el ánimo.

Y entonces llegaron a Pripyat.

Nataliya intentó recordar su vida allí, pero sólo tenía flashes. Había un parque infantil donde había jugado con los otros niños, los columpios rotos ahora, las cadenas colgando sin asiento. Un tobogán oxidado, como los huesos fosilizados de una bestia prehistórica. Otros elementos del parque, ahora irreconocibles, podrían haber sido un tiovivo o una estructura para trepar.

Ni siquiera recordaba exactamente dónde estaba su piso. ¿En aquella calle lateral? ¿O por ésta? Pensó en mamá y papá e intentó recordarlos como eran cuando vivían aquí, cuando aún eran jóvenes.

Veinte minutos después, llegaron a la central nuclear.

Lo sorprendente era que uno de los reactores seguía funcionando, seguía produciendo electricidad. Todavía había técnicos e ingenieros trabajando allí, casi como si el desastre que había derrumbado un gran imperio nunca hubiera ocurrido.

Casi.

La vista estaba dominada por el enorme armazón de acero y hormigón erigido sobre las ruinas del reactor número 4. Para Nataliya, el armazón parecía a la vez un edificio y un edificio. Para Nataliya, el armazón resultaba impresionante y, a la vez, extrañamente destartalado, como si sus diferentes secciones hubieran sido reutilizadas de otros edificios monumentales, levantadas y arrojadas aquí por alguna grúa monstruosa. La única parte de la estructura original que quedaba visible era una imponente chimenea metálica, como el brazo levantado de un ahogado engullido por las olas.

—Lo llaman el sarcófago, —dijo su guía.

Kurt parecía desconcertado —. ¿El qué?

—Sarcófago. Ataúd, —respondió Otto sombríamente —. Tumba.

El jeep se detuvo y bajaron. Nataliya agitó su contador Geiger en dirección al sarcófago.

—¿Nos vamos a freír?, —preguntó Kurt, sonriendo ampliamente. No era un joven feo, pensó Nataliya. Pelo oscuro y desordenado. Chaqueta de cuero.

Vaqueros del oeste.

—Es seguro, —dijo —. Ni siquiera hay suficiente radiación para un bronceado.

—Manos a la obra entonces, —dijo Yana, que era la líder oficial del equipo.

Nataliya miró a su alrededor. Era extrañamente difícil hacerse una idea de la central nuclear. Además de la gran mole del sarcófago, había otros edificios, algunos abandonados, otros aún en uso. El emplazamiento estaba rodeado por una mezcla de muros de hormigón gris y altas vallas de alambre, con pequeñas carreteras de entrada y salida, cada una de ellas vigilada por un puesto de control. Unos cuantos obreros y guardias deambulaban por allí. La mayoría de los trabajadores estarían en el lejano edificio de hormigón del reactor número 2.

Y había perros, vagando sin rumbo por las vallas o tumbados al sol.

Nataliya los contó: uno, dos, tres... hasta siete. Seguramente había muchos más fuera de la vista. Todos eran mestizos, y era imposible determinar su ascendencia exacta. Supuso que la mayoría de los perros mimados, los perros falderos, los hermosos, habían muerto prematuramente, dejando sólo a los perros de la calle, los supervivientes natos, para seguir adelante. Buscó de nuevo un destello blanco, sabiendo que era inútil.

—Vamos, señoras y señores, —dijo Yana —. Sé que nuestro físico nos dice que es seguro, pero no quiero tener que pasar aquí más tiempo del estrictamente necesario. Tenemos un trabajo que hacer.

El plan consistía en instalar una estación de trabajo, con una tienda para que los veterinarios realizaran exámenes, inoculaciones y procedimientos quirúrgicos menores. Sus pacientes tendrían que permanecer en un recinto durante un par de días, para dejar que cicatrizasen sus heridas.

Nataliya iba a comprobar los niveles de contaminación de cada perro, pasando su contador Geiger por ellos.

pero Kurt y Evgeni tenían que atraparlos primero.

Tenían cebos y palos largos con un lazo en el extremo, para pasarlos por encima de la cabeza del perro.

Yana y Anton montaron rápidamente el refugio de lona y la mesa de operaciones portátil. Se pusieron batas, gorros y guantes de goma, y se rociaron mutuamente con antiséptico. Esto iba a ser rápido, sucio y un poco brutal.

Nataliya oyó risas y gritos, y vio a Kurt y Evgeni persiguiendo a un chucho grande, feo y tuerto. Kurt intentó acorralarlo hacia Evgeni y su lazo, pero el perro se alejaba pesadamente, como un rinoceronte en miniatura. Hubo un par de embestidas, un choque cómico, una caída, y Nataliya tuvo que esconder la boca detrás de la mano. Finalmente, el perro hizo una pausa para agarrar un trozo de carne que le habían puesto, y Evgeni lo atrapó.

—Oye, físico, ¿por qué no dejas de reírte y echas una mano a los trabajadores de verdad?, —jadeó Kurt.

Y así lo hizo Nataliya. Fue un trabajo estimulante. Los perros sólo eran semitímidos y la mayoría gruñía furiosamente cuando los atrapaban. Lo más difícil venía después de la captura, cuando había que ponerles bozal. A ningún perro le gusta el bozal, y menos a un perro medio salvaje.

Kurt y Evgeni iban por su tercer viaje y tenían mucha práctica en mantener las manos alejadas de las mandíbulas. Nataliya era menos hábil, y un gran perro negro la agarró de la manga y bien podría haberla acercado y hundido los dientes en su brazo si el material no se hubiera rasgado.

—¡Qué suerte has tenido, físico!, —dijo Kurt—. Aunque supongo que se puede hacer ciencia con un solo brazo.

—Un brazo es mejor que ningún cerebro, —replicó ella, con una rápida sonrisa.

Los tres llevaron un flujo constante de perros a la tienda. Los veterinarios los examinaron, los vacunaron contra la rabia y otras enfermedades y, cuando lo consideraron oportuno, los castraron con unos cuantos golpes hábiles y prácticos.

Nataliya comprendió por qué era necesario: si los perros seguían reproduciéndose, la miseria de sus vidas sería eterna. Sin embargo, la tristeza se apoderó de su corazón. Por suerte, había mucho que hacer para que la tristeza persistiera. Al fin y al cabo, para eso se había unido a la expedición.

No sólo por eso... Una pequeña parte de ella aún tenía la esperanza de ver a un perro blanco muy viejo, con un ojo azul y otro marrón.

Al final del día, todos estaban agotados, y el viaje de vuelta a su hotel en una pequeña ciudad más allá de la zona de exclusión transcurrió en un agradable silencio. Los soldados del puesto de control en el límite de la zona enjuagaron sus botas, se quitaron el mono y lo metieron en un saco de plástico negro. Nataliya midió la radiación. La aguja de su contador parpadeó.

—¿Me crecerá una segunda cabeza?, —dijo Kurt—. Eso sería muy útil. Nunca he tenido tanta hambre.

—Cero coma dos rads, —dijo Nataliya—. Recibes una dosis mayor volando a diez mil metros en un avión.

—¿Eh?

—La atmósfera filtra la mayor parte de la radiación interestelar. Pero cuanto más alto vas, más fina es, y más recibes.

—Suerte que entonces sólo vuelan los oligarcas y los millonarios, ¡eh!.

Nataliya rió con los demás. Se sentía extrañamente contenta. No había encontrado a su querida Zoya, pero había encontrado amistad, trabajo, risas y, si no felicidad, sí el indicio de que la felicidad no era un sueño imposible.

CAPÍTULO 48

DOS RELATOS

El segundo día fue muy parecido al primero. Nataliya hizo un control radiológico de los perros que capturaron: menos que el día anterior, ya que los desconfiados habían huido y los perezosos habían sido todos recogidos el primer día. Entre medias, ayudó a Yana y Anton en la operación.

Los perros del día anterior parecían un poco tristes y compungidos, lamiéndose desconsoladamente las cicatrices de la operación.

—No te preocupes, —dijo Yana al ver su preocupación—. Se pondrán bien. Estos perros son duros. Para sobrevivir tanto tiempo, en estas condiciones . . . Bueno, son como superperros.

Los perros no parecían muy super. Algunos estaban sarnosos, con manchas de piel desnuda. La mayoría parecían flacos y hambrientos. Nataliya admiraba la frialdad y la calma con que trabajaban los veterinarios, a pesar del lamentable estado de muchos de los animales. Tres perros viejos estaban demasiado enfermos para ser salvados, y Nataliya los sostuvo mientras Anton los dormía suavemente con una inyección.

—Es un buen final, —dijo Anton con dulzura mientras Nataliya se secaba los ojos—. Les dimos una última comida y se fueron a dormir abrazados a una persona bondadosa.

El tercer día fue el último. Nataliya no tenía mucho que hacer. Los veterinarios revisaron a los perros castrados y los dejaron libres, de vuelta a su vida de vagabundeo y búsqueda de comida. Kurt y Evgeni empezaron a limpiar. Algunos trabajadores y guardias se acercaron para hablar.

—¡Eh, físico!, —gritó Kurt, tras una de estas charlas—. Este tipo dice que cree que puede haber un viejo chucho que anda por el lado más alejado de la central. En algún lugar más allá del reactor número 2. ¿Te apetece darte una vuelta por allí y echar un vistazo? .

—Claro, —se encogió de hombros.

—Avísanos si encuentras algo e iremos a cogerlo.

A Nataliya le gustó la idea de dar un último paseo por el yacimiento, bajo el agradable y débil sol primaveral. Sentía que había lecciones que debía intentar aprender de su grandeza caída, de su majestuosidad ominosa y decrépita. Dejó que su mente vagara a lo largo y ancho, remontándose a su pasado, rozando la vieja tristeza y el dolor.

Al observar el metal y el hormigón manchado de la vieja planta, no le impresionó su fealdad, sino algo más. Por el hecho de que aquí había ocurrido algo terrible, un suceso que había traído tanta ruina y dolor, muerte y pérdida. Y, sin embargo, lo terrible, al final, no había ganado. La vida había continuado. Los trabajadores trabajaban, la gente vivía, jugaba, aprendía, luchaba y reñía: todas las cosas que la gente ha hecho siempre.

Habíamos resistido.

«—He soportado», pensó.

Ya estaba lejos del campamento y de los demás. Se cruzó con uno de los caminos de entrada al recinto. Había una barrera y una pequeña cabaña de madera para la guardia. La cabaña tenía una chimenea de la que salía un fino chorro de humo.

De la cabaña también salía otra cosa. Una voz.

—Perro estúpido. No sé por qué te aguanto. No me mires así. Sé cuál es tu juego. Conozco tus trucos. Eres sucio, maloliente y desagradecido, ¿verdad? Sí, lo eres. Ven aquí y dale un abrazo a tu tío Vadzim, eh, gran tonto.

Nataliya sonrió. Las palabras podían ser duras, pero la voz, aunque áspera, era amistosa y casi cariñosa. Era evidente que se trataba de uno de los perros de los que se había hecho amigo un guardia en particular. Yana había hablado de estos animales relativamente afortunados. De todos los perros de la planta, eran los que menos necesitaban salvación. Nataliya pensó que sería mejor dejar solos al hombre y a su perro y volver para ayudar a recoger el campamento.

Empezó a alejarse, con paso ligero y buen humor. El viaje había sido un éxito. Había sonreído, reído y hecho amigos, y el mundo era un lugar mejor por el trabajo que había realizado.

Detrás de ella oyó un ladrido, profundo y resonante, y volvió a sonreír, pensando en el perro y su dueño, charlando sin saber que oían sus tonterías. Y entonces la voz volvió a alzarse.

—Fea como el pecado, ¿verdad? Pero tienes un nombre bonito. No es el nombre para un viejo lobo como tú, eh. El nombre para una perra bonita. Pero tus ojos siguen siendo bonitos, ¿no es así, eh, eh. Mi Zoya.

Nataliya se detuvo, luego se tambaleó. Fue como si todos los huesos de su cuerpo se disolvieran y sus piernas se doblaran bajo ella. Se desplomó en el suelo.

Era imposible.

Era ridículo.

Locura sobre locura.

Estaba soñando, eso era todo. Y sólo por un segundo, se preguntó si despertaría en su cama, pero la cama estaría en el piso de Pripyat. Su hermosa Zoya estaría acurrucada encima de las mantas, y se levantarían, y comenzaría el adiestramiento que demostraría a papá lo inteligente y maravillosa perra que era.

—¡Jovencita! Jovencita!

Abrió los ojos y vio una cara que le transmitió el sueño del hogar.

Era su papá, que venía a despertarla.

Excepto por la ráfaga caliente de aliento a ajo. Y entonces vio que no era papá, sino un hombre de bigote erizado y ojos no poco amables. Se inclinaba sobre ella, le levantaba la cabeza y le acariciaba la mano.

Y oyó detrás de él un resoplido y un jadeo.

—Atrás, Zoya, payaso, —llamó el guardia de seguridad por encima del hombro.

—Este no es un trabajo para un viejo lobo.

Entonces, asomando por encima del hombro del hombre, apareció otra cabeza. Una cabeza grande. Una cabeza feroz. Y, por el hocico gris, uno viejo.

Pero los ojos.

Uno azul.

Uno marrón.

—Siempre entrometida, ¿no es así, Zoya? Bueno, hay un momento y un lugar. Jovencita, ¿estás bien? ¿Necesitas al médico? Tenemos uno en el sitio . . .

—No, —dijo ella y se sentó—. Quiero decir, sí.

No podía apartar los ojos del perro. Vio que tenía un grueso collar alrededor de la garganta. Y en el collar había una pequeña placa redonda de latón con su nombre. Estiró la mano para tocarla.

—Tenga cuidado, señorita. Parece inofensivo, pobre bestia, pero es medio lobo...

Pero Nataliya ya había cogido la etiqueta con la mano y la había girado para poder leer el nombre.

Zoya.

Su Zoya.

No, no su Zoya. Este perro, a pesar de los ojos, no era su Zoya. Pero la placa, con la luna creciente y la estrella... Miró asombrada al hombre.

—¿Cómo?, —murmuró—. ¿Cómo...? Este perro... Él... Yo tenía una Zoya.

—Este...

—Cálmese, señorita. Creo que necesitamos a la doctora, después de todo. Puede que no sea la mejor doctora del mundo -me trató de mis pies malos, y puedo decirte que la cura fue peor que la enfermedad-, pero es mejor que nada.

—No, estoy bien, —dijo Nataliya, todavía mirando al perro grande, todavía tratando de poner un poco de orden en la ventisca de pensamientos en su cabeza.

—Vale, señorita, usted manda. Mire, estoy preparando té. Venga a mi palacio y le serviré una taza. Parece que hay una historia que contar. Más de una historia, creo. Empezaré yo. Luego tú.

La historia del guardia y el perro era buena. Vadzim contó que estaba "triste, muy triste" la noche en que el viejo y cansado perro lobo se le acercó. Él mismo era un viejo lobo cansado. No tenía mucho por lo que vivir. Pero el viejo perro necesitaba un amigo.

—Él me necesitaba y yo le necesitaba a él. Solo, ya ves. Sin nadie con quien hablar. Y a mí me gusta hablar. O me gustaba. En los viejos tiempos. Y ahora también. No tenía nada. Y luego tuve algo. Hace dos inviernos, eso fue. Le di calor y se comió casi toda mi cena. Ha seguido comiéndose la mayor parte de mi cena. ¿No es así, bestia, monstruo, glotón? Vaga por aquí y por allá, pero siempre vuelve a mi pequeña cabaña. Aquí cada mañana cuando llego. Pero tú... . . ¿Cuál es tu historia?

—Primero necesito saber lo de la etiqueta con el nombre. Tuve un pequeño cachorro. En Pripyat. Zoya. Y luego el desastre. Nosotros. . . Tuve que

dejarla. —Ella tocó el disco de latón—. Esta era su etiqueta. La reconocería en cualquier parte. No sólo el nombre. La luna creciente y la estrella.

—Estaba alrededor de su cuello cuando lo encontré. El collar estaba medio podrido pero le hice uno nuevo. Usé mi propio cinturón. Cortado en tiras, luego entretejido, como ves. Durante un mes mis pantalones se caían a menos que los sostuviera. Entonces conseguí esta excelente cuerda, que funciona tan bien como un cinturón, y ahora todos están felices. Pero sí, aquí hay una historia, una gran historia. Creo que puedo contártela.

Vadzim había tenido fama de buen contador de cuentos y ahora se superaba a sí mismo. Lo contó mientras Nataliya se sentaba en un taburete de su cabaña y sorbía el té dulce, y mientras el perro, esta nueva Zoya, se sentaba y la miraba a la cara, sus ojos brillando con sus diferentes luces, su larga lengua meneándose. Y al cabo de un rato, el perro dio dos pasos hacia Nataliya y apoyó su cabeza grande y pesada en su regazo.

—Érase una vez un cachorro, muy querido y mimado, no lo dudo. Y este cachorro se vio envuelto en el fin del mundo, o eso parecía, y se quedó solo en el bosque. ¿Quién sabe qué aventuras vivió allí? Pero seguro que lo cuidaron, porque ese collar de cachorrito no habría durado mucho, ¿verdad? En absoluto. Así que alguien lo encontró en el bosque y lo cuidó. ¿Quién pudo ser? No había nadie en el bosque, salvo Baba Yaga, o las brujas menores, que pueden aparecer y desaparecer, y esconderse de los soldados, y que no temen a los lobos. Y como sabes, no todas las brujas son malvadas, aunque todas sean. . . peligrosas.

Y así, esa cachorrita creció hasta convertirse en una buena dama.

—Y en algún momento de nuestra historia, este perro dama fina cayó en con un viejo lobo rufián. Y este tipo feo de aquí es la consecuencia. Pero aún debe haber habido una persona bondadosa velando por ellos, nuestra bruja, tal vez, sí, ¿quién más? Porque de alguna manera ese collar pasó a nuestro amigo aquí. No sé cómo. Para eso necesitarías el caldero mágico de Baba Yaga, que muestra todo lo que ha pasado y todo lo que pasará. Pero supongo que tu bonita Zoya tuvo una vida larga, buena y feliz, y que a una edad muy avanzada falleció.

Y entonces esa persona, o bruja si era bruja, que la había amado todos esos años cogió su collar y se lo puso a ésta.

La cabeza del viejo perro seguía apoyada en el regazo de Nataliya, pero sus orejas estaban alertas, y ella no pudo evitar pensar que estaba escuchando la historia de Vadzim, igual que ella.

—Después de eso —continuó Vadzim, creciéndose en su papel de narrador—, hay una laguna en la historia. Cuando vino a mí era tan salvaje como cualquier lobo, así que puedes soñar tus propios sueños de lobo para él. Quién sabe, quizás con su fuerza de lobo y su cerebro de perro, era el rey de los lobos y cazaba con ellos en el bosque. ¿Y tal vez una noche la manada de lobos quiso comerse a algún leñador solitario, pero nuestro perro lobo no se lo permitió y le echaron? ¿O tal vez se hizo demasiado viejo para las costumbres de los lobos? Y así vagó, y finalmente vino a mí, y aquí está. Y podrías pensar que la historia es sólo un cuento de hadas, pero hay verdades en ella. Porque este perro es mitad lobo, y sin embargo fue domesticado y enseñado a amar a la gente. Y ahora, si te sientes un poco mejor, puedes contarme tu historia.

Y así lo hizo. Y al contar su historia, Nataliya la comprendió por primera vez. No la comprendió como se comprende una complicada ecuación o un difícil problema de mecánica cuántica, sino como se comprende un poema o una pieza musical, sabiendo que es como es y que no podría ser de otra manera.

—Y entonces vine aquí, a este lugar, y te encontré, —terminó.

No estaba del todo claro si el "tú" era el viejo guardia, o el viejo perro. Los ojos de Vadzim estaban cerrados, su respiración era lenta y constante, y Nataliya vio que estaba dormido.

Oyó voces fuera de la cabaña y se dio cuenta de que la llamaban por su nombre. La cabeza del perro no se había movido en todo este tiempo de su regazo y volvió a mirar la etiqueta con su nombre. La acarició y le dio la vuelta. En el reverso, que ella creía en blanco, vio que había algo escrito. No era el grabado profesional del anverso, sino una mano que, con un punzón u otra herramienta afilada, arañaba la superficie deslustrada. Era difícil distinguir lo

que ponía en la oscuridad de la cabaña, así que echó la mano hacia atrás y empujó la puerta para que entrara la luz. No muy lejos vio a Kurt y Evgeni, que habían venido a buscarla. Saludó y sonrió. En un minuto estaban en la puerta.

—¿Quién es este viejo tan bueno?, —preguntó Kurt, refiriéndose al perro y no a Vadzim.

—Misha, —dijo ella—. Se llama Misha.

CAPÍTULO 49

NATALIYA VUELVE A SER NATASHA

Nataliya estaba sentada en un banco de un parque de Kiev. Las hojas habían empezado a girar y la luz que se filtraba a través de ellas era dorada. Llevaba una cuerda de plomo enrollada en las manos. Misha caminaba metódicamente de un árbol a otro, marcando el olor de cada uno. Ya era un perro muy viejo y sus días de saltar habían pasado, pero le encantaba pasear y hacer pis.

Nadie sabía a ciencia cierta cuántos años tenía. Yana había dicho: "Creo que más de diez, menos de dieciocho". Kurt, típico, añadió: "Deberíamos cortarlo por la mitad y contar los anillos".

Cuando había contado la historia al resto del equipo, se habían mostrado escépticos, por supuesto. Pero la etiqueta con el nombre parecía decisiva. Y nadie discutió cuando Nataliya dijo que o se llevaba a Misha de vuelta con ella a Kiev, o se quedaba allí mismo.

Naturalmente, Vadzim lamentó perder a su compañero, pero comprendió que era lo mejor, sobre todo cuando Yana le explicó que un perro tan frágil y anciano necesitaría un costoso tratamiento veterinario. Dos botellas de vodka de expedición y la promesa de Nataliya de que Vadzim podría venir de visita en cualquier momento allanaron el camino.

—Quizá me establezca con otro de estos perros de Chernóbil, —dijo.

Misha fue tratado por los veterinarios. Lo desparasitaron, lo vacunaron y lo durmieron el tiempo suficiente para hacerle una revisión dental y extraerle un diente malo. Una vez recogido el campamento y despedido por un lloroso Vadzim, Misha soportó el viaje de vuelta a Kiev. Ya había creado un vínculo con Nataliya y se había apoyado en ella durante todo el trayecto. Pero gruñía por el hocico si alguno de los otros se acercaba demasiado.

—No le quites el bozal y no le dejes dormir en tu cama, —advirtió Yana.

—No, a menos que quieras despertarte en el vientre de la bestia, —dijo Kurt.

—Claro, —respondió ella, pero nadie la creyó. Y aquella noche, por primera vez desde que tenía siete años, Nataliya durmió con un perro en su cama. Se despertó dos veces por la noche, y cada vez vio que Misha, aunque acurrucado en la postura del sueño, la observaba. La primera vez se sobresaltó y se inquietó, pero luego se tranquilizó, sabiendo en el fondo que el perro la observaba con amor. La segunda vez que abrió los ojos y vio que seguía

mirándola, le tendió la mano. Misha le lamió los dedos y aquella noche su vínculo se hizo inquebrantable.

Ahora Nataliya tenía un alma gemela. No era su Zoya y, sin embargo, en cierto sentido, lo era. Misha podía ser un poco cascarrabias y gruñón. A veces, el lobo que había en él cobraba vida cuando ambos se peleaban por un palo o una pelota. Pero también era leal y devoto, y examinaba de cerca a cualquiera que se atreviera a hablar con su nuevo alfa, esperando el primer signo de hostilidad. Entonces, un gruñido y un colmillo al descubierto no tardaban en ahuyentarlos, aunque sólo se tratara de alguien que preguntaba por el camino al metro o de un compañero de paseo en el parque.

Nataliya sabía que su tiempo juntos no duraría mucho. Pero eso lo hacía aún más valioso. Y cada día, la mujer y el perro estaban más cerca.

Nataliya observó a Misha mientras olfateaba su camino por el parque, y pensó en todo lo que debía de haber visto y experimentado, y en todo lo que su madre, Zoya, debía de haber soportado, y sintió una profunda sensación de que las cosas estaban bien. Era casi como si hasta ese momento, cuando había mirado hacia delante, sólo hubiera visto trampas, obstáculos y campos minados. Por eso no había avanzado, sino que se había limitado a arrastrar los pies de un lado a otro. Ahora las cosas eran diferentes. Ya no veía los fosos llenos de estacas afiladas, ni las altas alambradas, ni los pantanos con arenas movedizas y serpientes.

El bosque rojo había llegado a su fin.

Pero eso no quería decir que el camino estuviera despejado. Había un espacio verde, pero los remolinos de niebla le impedían ver...

—¡Katya, ven! Ven aquí, niña!

Nataliya levantó la vista de su ensoñación. Un hombre con el pelo empenachado y gafas estaba llamando a su perro. Cuando lo vio, sintió un pequeño sobresalto de emoción. El perro era un samoyedo blanco y esponjoso, apenas más que un cachorro, y tenía la energía desbordante y el entusiasmo amistoso de un cachorro. Galopaba hacia Misha, ignorando las llamadas de su dueña.

Durante un segundo de locura, Nataliya supo con absoluta convicción que se trataba de su Zoya, que había vuelto a ella después de tantos años.

Luego sacudió la cabeza y supo que se trataba simplemente de otra perrita, muy parecida a la suya.

—¿Es su perro?, —preguntó el hombre, persiguiendo torpemente al cachorro.

—¿Es amistoso? Mi pequeña Katya . . . no ha aprendido . . . es demasiado . . . —Nataliya encontró al hombre extrañamente cómico.

—No, no es muy amistoso, —dijo, esforzándose por mantener la cara seria—. Es en parte lobo. Probablemente se comerá a tu Katya.

—¡Oh, no! Oh, por favor... —El hombre galopó con sus largas patas de insecto hacia su cachorro, tratando de alcanzarla antes de que se pusiera a tiro de las fauces salvajes del lobo.

Nataliya se sintió malvada de repente y cedió—. Estoy de broma, —gritó.

—No come perritos. Prefiere a las personas.

El hombre se detuvo en seco y la miró. Luego sonrió.

—Vale, me has pillado. Lo siento, soy nuevo con los perros. Soy nuevo con los perros. No sé muy bien lo que hago.

—Tu Katya estará bien con mi Misha. No es especialmente amigable, pero hace mucho que no come nada que no haya salido de una lata.

Para entonces Katya había llegado hasta Misha, donde jugueteaba delante de él, con la cola en alto y las orejas gachas. El viejo Misha la miró y dio un salto. No fue el relámpago de sus días de gloria, sino más bien una laboriosa embestida.

El hombre jadeó y gritó: "¡No!" y, por un segundo, Nataliya pensó que Misha la había traicionado y que, después de todo, el lobo seguía vivo en él.

Pero entonces vio que el salto de Misha había sido una respuesta de buen humor a la invitación del joven perro a jugar. Los dos estaban bailando: ella con pies ligeros y ágiles, él pesado y lento, pero un baile al fin y al cabo.

Nataliya miró al hombre, que ahora lucía una amplia sonrisa. Tenía los ojos grises y el tipo de cara que sólo se puede describir con la inadecuada palabra "agradable". Sí, una cara agradable. Parecía amable, preocupado y un poco desamparado.

Luego volvió a mirar a Nataliya y dijo, señalando el banco—. Er, um, ¿puedo sentarme?.

Nataliya se encogió de hombros y él se sentó, con las piernas torpes y desgarbadas, como si se las hubiera pedido prestadas a una cría de jirafa.

—Parece que lo sabes todo sobre perros, —dijo con admiración—. ¿De todo? No. ¿De algo? Sí. Más que tú, supongo. —Dijo esto con una pequeña sonrisa, para suavizar el golpe.

—Sí, sí. Bueno, es mi hermana, ya ves. Es muy guapa... —Entonces él la miró, y Nataliya pensó por un instante que iba a decir "como tú", pero continuó, tartamudeando un poco—. Y tiene muchísimos admiradores, y un tipo pensó que la enamoraría si le regalaba un perro. Pero ella odia a los perros... No, no los odia, eso es demasiado fuerte... No puede ser molestada con ellos. Eso es

todo. Y dijo que iba a sacarlo a la calle, así que le dije... Bueno, puedes ver lo que dije. Oh, pero sólo estoy balbuceando como un idiota. Por favor, déjame presentarme. Soy Ludo.

Extendió la mano y Nataliya la tomó.

—Encantada de conocerte, —dijo.

Y lo fue. Le gustaba este hombre desventurado y nervioso. Charlaron un rato. Era periodista, dijo. Escribía sobre arte y cultura. Y estaba escribiendo un libro, una novela.

—Ah, lo contrario de mí, —dijo Nataliya—. Yo soy científica. Prefiero la verdad a todas esas tonterías.

Y entonces tuvieron una discusión muy entretenida sobre la verdad y la ficción y el arte y la belleza, mientras los dos perros, viejo y joven, jugaban en la hierba.

Por fin, Katya volvió corriendo junto a su amo, con Misha persiguiéndola, claramente enamorado de su nueva amiga.

—Es una samoyedo, ¿verdad?, —preguntó Nataliya.

—Creo que sí. Tal vez con algo más. ¿Quién sabe?

Katya estaba de repente muy interesada en Nataliya, tal vez detectando que su amo también podría estar interesado. Y tal vez incluso que esta nueva humana podría estar interesada a su vez. Puso sus patas delanteras sobre las rodillas de Nataliya.

—Nunca me has dicho tu nombre..., —dijo Ludo, mirándola a la cara. Y ella sintió su escrutinio, el de la perrita y el del hombre que hablaba suavemente, con sus manos suaves y sus uñas limpias. Y cuando volvió a mirar a Katya, vio que uno de sus ojos era azul y el otro marrón.

—Natasha, —dijo, y entonces, sin quererlo, soltó una de sus raras y preciosas sonrisas, y fue como si se hubieran abierto las cortinas, dejando entrar la gloriosa luz de la mañana en una habitación a oscuras.

CAPÍTULO 50

CONOCERÁS A LOS ÁNGELES

CUANDO VENGAN

Misha yacía dormido, o medio dormido, sobre la fina alfombra, junto al viejo y gran radiador de hierro del pasillo. Lo prefería aquí a la mullida cama que le habían preparado en el salón. Aquí podía vigilar a la manada sin miedo a ser

flanqueado o atacado por la espalda. Había estado a la deriva, sus patas hacían pequeños movimientos repentinos, pequeños ecos de los grandes saltos que llenaban sus sueños.

Recuperó brevemente la conciencia. Sus orejas se agitaron y su nariz olfateó. Percibió a los otros cuatro miembros de su manada durmiendo en el dormitorio. El macho y la hembra y, compartiendo su cama, el esponjoso samoyedo blanco, que ya no era un cachorro pero aún era lo bastante joven como para jugar y provocarle. Y luego el nuevo cachorro, suave y rosado, en una cuna en la esquina.

El trabajo de Misha consistía en protegerlos de los terrores de la noche: el lince al acecho, el oso descarriado, los lobos exploradores de manadas enemigas.

Todo iba bien. Todo iba bien.

Y así, poco a poco, volvió a caer en ese sueño inquieto, y pronto estaba merodeando por el bosque, el verde de los árboles vivos, la sangre oxidada de los muertos, y luego una vez más en el verde. Era la noche más profunda y, sin embargo, podía ver con claridad: ver los esbeltos troncos plateados del abedul, ver los largos dedos esmeralda de las hojas del fresno y la quietud épica del haya. Caminar le resultaba doloroso, pero el bosque nocturno aliviaba sus viejas caderas y sus doloridos hombros, por lo que rompió primero a trotar y luego a correr con fluidez.

No era la huida aterrorizada de un enemigo, ni la ansiosa persecución de una presa. Era una alegre carrera por amor al movimiento. Al principio corría solo, con su respiración jadeante como único sonido en la noche. Entonces sintió el golpeteo de unas patas a su lado y supo que era su hermano.

Pero se trataba de un Bratan diferente: sus patas traseras retorcidas estaban enteras y corría como Bratan nunca había corrido antes, saltando como un corzo. Y entonces Misha oyó una pisada más delicada a su otro lado y se volvió para ver a Saluki, que por una vez iba lo bastante despacio como para que él pudiera seguirle el ritmo. Detrás de él sintió el pulso de cientos de patas

que repiqueteaban sobre la hojarasca y supo que eran todos ellos: los perros y lobos que había conocido y amado, sus amigos, sus aliados, sus hijos.

Miró por encima de su hombro y allí, en medio de la manada, distinguió la gran figura del viejo Shepherd, que de algún modo le seguía el ritmo, y a Terrier correteando entre sus piernas, y a Laika, Scrag y Shorty con ellos.

Cada perro, cada lobo, venía con un recuerdo. Un recuerdo de cazar y correr y esconderse y comer y jugar y conspirar y amar y odiar.

Junto al sendero sintió o vislumbró otras presencias: un gran caballo de tiro gris, con las crines y la cola agitándose mientras se encabritaba; un osezno, ansioso por jugar; Baba Yaga, la bruja del bosque, que permanecía inmóvil, tan plateada como la corteza del abedul, con una sonrisa en su rostro delineado; el viejo y cansado Vadzim, con el bigote gris como el humo del bosque, que asentía con la cabeza mientras la manada pasaba atronando.

Misha los vio a todos, pero no se detuvo. Ladró y la manada respondió a su llamada, y llenaron el bosque de canciones.

Misha era incansable, sus pies cada vez más ligeros sobre la tierra seca. Y así, poco a poco, fue dejando atrás a los demás perros y lobos, y se fueron alejando en la interminable noche del bosque, hasta que sólo quedaron Bratan con él, y Saluki. Y entonces, con una elegante inclinación de cabeza, Saluki se alejó en silencio. Misha sintió que un poco de su alma se iba con ella, pero no pudo detenerse, y ahora eran Misha y su hermano, tan cerca que sus flancos se tocaban mientras corrían.

Poco a poco Misha comprendió hacia dónde se dirigían, que no era hacia delante sino hacia atrás, y pronto sintió la presencia de ella, delante. Misha y Bratan irrumpieron en el claro iluminado por las estrellas, donde Madre les esperaba, tranquila y blanca como la luna, y por fin los hermanos dejaron de correr. Hubo un momento de alegría extática cuando se encontraron, y cuando las tres caras se juntaron, Misha vio que él y Bratan eran cachorros de nuevo, y de alguna manera Madre también era una pequeña bola de pelusa blanca, ligera

como un reloj de diente de león. Se apartó de ellos y Misha la siguió, y el claro los envolvió y encerró.

Y, en el sueño, ahora estaban envueltos en la suave blancura de una cama. Se retorcían bajo las sábanas. Entonces Misha asomó la nariz y contempló el rostro sonriente y feliz de la muchacha.

—Ahora, amor mío, cariño mío, —dijo la chica—, tenemos que dormir, porque mañana tengo que enseñarte todos los trucos. —Y él se bañó en su amor y se fundió al fin en el calor como un copo de nieve en la lengua.

AGRADECIMIENTOS ESPECIALES

Muchas gracias al grupo Los Gatos Guerreros 🐾 [Fans] 💝 en discord, por dar la motivación de terminar Dogs of the deadlands.

Pero especialmente agradecimientos a mi amigo @Lex_is_dumb quien fue el que me motivo a continuar con esta historia.

Les deseo una buena danza a todos ellos.